
3 1761 06743867 1


NUÑEZ DE ARCE
POESÍAS
COMPLETA
T. ROD

POESÍAS COMPLETAS

DE

NUÑEZ DE ARCE





—¡Volcad la losa que os cierra!
Vástagos de imperial rama,
varones que honráis la fama,
antiguas y excelsas glorias
de vuestras urnas mortuorias
Salid, que el César os llama.—

NUÑEZ DE ARCE. MISERERE.

POESÍAS COMPLETAS

DE

NUÑEZ DE ARCE

CUARTA EDICIÓN

aumentada, corregida

é ilustrada por grandes láminas foto-grabadas

IMPRENTA NACIONAL

SEVILLA

1907


LIBRARY
NOV 14 1972
UNIVERSITY OF TORONTO



PARTE PRIMERA

POESÍAS

¡TREINTA AÑOS!

¡Treinta años! Quién me diría
que tuviese al cabo de ellos,
si no blancos mis cabellos
el alma apagada y fría?
Un día tras otro día
mi existencia han consumido,
y hoy asombrado, aturdido,
mi memoria se derrama
por el ancho panorama
de los años que he vivido

Y aparecen ante mí
fugitivas y ligeras
las venturosas quimeras
que desvanecerse vi:
la inocencia que perdí,
y aquel vago sentimiento
que animó mi pensamiento
cuando eran mis alegrías
las mágicas armonías
del mar, del bosque y del viento.

Han sido para mi daño
en la vida que disfruto
un siglo cada minuto,
una eternidad cada año.
El dolor y el desengaño
forman parte de mí mismo,
y el torpe materialismo
de esta edad indiferente
cubre de sombras mi frente
y abre á mis piés un abismo.

Sacude el mar su melena
de crespas olas rugiendo,
y con pavoroso estruendo
los aires asorda y llena.
Pero una playa de arena
su audaz cólera contiene....
¡Ay! ¿Quién habrá que refrene
el tormentoso oceano
que en el pensamiento humano
ni fondo ni orillas tiene?

¡La razón!... Tanto se encumbra,
tan locamente camina,
que ya no es luz que ilumina
sino hoguera que deslumbra.
Al horror nos acostumbra,
siembra de ruinas el suelo,
y en su inextinguible anhelo
álzase hasta Dios atea
con la sacrílega idea
de derribarle del cielo.

He visto tronos volcados,
instituciones caidas,
y tras recias sacudidas
pueblos y reyes cansados.
Propios y ajenos cuidados
muévenme continua guerra,
y mi espíritu se aterra
cuando, perdida la calma,
siento rugir en el alma
la tempestad de la tierra.

Cuando pienso en lo que fuí,
hondas heridas renuevo,
y me parece que llevo
la muerte dentro de mí.
No veo lo que antes ví,
no siento lo que he sentido,
no responde ni un latido
del corazón si á él acudo,
llamo al cielo y está mudo,
busco mi fe y la he perdido.

Infeliz generación
que vas, con loco ardimiento,
nutriendo tu entendimiento
á expensas del corazón.
Díme, ¿no es cierto que son
vivas tus penas y ardientes?
¿No es verdad que te arrepientes.
presa de terrores graves,
de los misterios que sabes
y de las dudas que sientes?

¡Yo sí! Feliz si lograra,
después de mis desengaños,
lanzar hácia atrás los años
que el destino me depara.
Pero, ¡ay! el tiempo no pára,
ni tuerce su curso el río,
ni vuelve al nido vacío
el ave muerta en la selva,
¡ni quiere el cielo que vuelva
la esperanza al pecho mio!

4 de Agosto de 1864.



LA DUDA.

A MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO POETA

DON ANTONIO HURTADO.

Desde esta soledad en donde vivo,
y en la cual de los hombres olvidado
ni cartas ni periódicos recibo;
donde reposo en apacible calma,
lejos, lejos del mundo que ha gastado
con la del cuerpo la salud del alma;
antes de que el torrente desbordado
de la ambición, con ímpetu violento
me arrebate otra vez; desde la orilla
donde yace encallada mi barquilla,
libre ya de las ondas y del viento,
como recuerdo de amistad te escribo.

¡Ay! Aunque salvo del peligro, siento
la inquietud angustiosa del cautivo,
que, rompiendo su férrea ligadura
traspasa fatigado á la ventura
montes, llanos y selvas, fugitivo.
El rumor apagado que levantan
las hojas secas que á su paso mueve,
las avecillas que en el árbol cantan,
el aire que en las ramas se cimbrea
con movimiento reposado y leve,
el río que entre guijas serpentea,
la luz del día, la callada sombra
de la serena noche, el eco, el ruido,
la misma soledad ¡todo le asombra!
Y cuando ya de caminar rendido
sobre la yerta piedra se reclina
y le sorprende el sueño y le domina,
oye en torno de sí, medio dormido,
vago y siniestro són. Despierta, calla,
y fija su atención despavorido;
la oscuridad le ofusca, se incorpora
y el rumor le persigue.—¡Es el latido
de su azorado corazón que estalla!—

Y entonces ¡ay! desesperado llora.
Porque es la libertad don tan querido,
que en el humano espíritu batalla,
más que el placer de conseguirla, el miedo
de volverla á perder.

Yo que no puedo
recordar sin espanto la agonía,
la dura y azarosa incertidumbre
en que mi triste corazón gemía
sometido á penosa servidumbre,
cuando, arista á merced del torbellino,
sin elección ni voluntad seguía
los secretos impulsos del destino,
y en ese pavoroso desconcierto
de la social contienda, consumía
la paz del alma, la esperanza mía,
hoy que la tempestad arrojó al puerto
mi navecilla rota y quebrantada,
temo ¡infeliz de mí! que otra oleada
la vuelva al mar donde mi calma ha muerto.

Para vencer su furia desatada
¿qué soy yo? ¿qué es el hombre? Sombra leve,
partícula de polvo en el desierto.
Cuando el *simoun* de la pasión le mueve,
busca el átomo al átomo, y la arena
es nube, es huracán, es cataclismo.
Gigante mole los espacios llena,
bajo su peso el mundo se conmueve,
oscurece la luz, llega al abismo
y al sumo Dios que la formó se atreve.
Vértigo arrollador todo lo arrasa;
pero después que el torbellino pasa
y se apacigua y duerme la tormenta,
¿qué queda? Polvo mísero y liviano
que el ala frágil del insecto aventa,
que se pierde en la palma de la mano.
¡Oh grata soledad, yo te bendigo,
tú que al náufrago, al triste, al pobre grano
de desligada arena das abrigo!

Muchas veces, Antonio, devorado
por ese afán oculto que no sabe
la mente descifrar, me he preguntado,
— cuestión á un tiempo inoportuna y grave —

¿qué busco? ¿á dónde voy? ¿por qué he nacido
en esta Edad sin fe? — Yo soy un ave
que llegó sola y sin amor al nido.
A este nido social en que vegeta,
mayor de edad, la ciega muchedumbre,
al infortunio y al error sujeta
entre miseria y sangre y podredumbre.
Contémplala, si puedes, tú que al cielo
con tus radiantes alas de poeta
tal vez quisiste remontar el vuelo,
y si éste el mundo que soñaste ha sido,
nunca el encanto de tu dicha acabe....
¡Ay! pero tú también eras un ave
que llegó sola y sin amor al nido.

Desde la altura de mi siglo, tiendo
alguna vez con ánimo atrevido,
mi vista á lo pasado, y removiendo
los deshechos escombros de la historia,
en el febril anhelo que me agita
sus ruinas vuelvo á alzar en mi memoria
Y al través de las capas seculares
que el aluvión del tiempo deposita
sobre columnas, pórticos y altares;
del polvo inanimado con que cubre
la loca vanidad del polvo vivo,
que arrebata á su paso fugitivo,
como el viento las hojas en Octubre;
mudo de admiración y de respeto
busco la antigüedad — roto esqueleto
que entre la densa lobreguez asoma —
y ofrecen á mi absorta fantasía
sus dioses Grecia, sus guerreros Roma,
sus mártires la fe cristiana y pía,
el patriotismo su grandeza austera,
sus monstruos la insaciable tiranía,
sus vengadores la virtud severa.
Y llevado en las alas del deseo
que anima mi ilusión, á veces creo
volver á aquella Edad. — En la espesura
del bosque, en el murmullo de la fuente,
en el claro lucero que fulgura,
en el escollo de la mar rugiente,
en la espuma, en el átomo, en la nada,
Apolo centellea, alza su frente

de luminoso lauro coronada.
Por él la luna que entre sombras gira,
la luz que en rayos de color se parte,
la ola que bulle, el viento que suspira,
todo es Dios, todo es himno, todo es arte.
¡Ay! ¿No es verdad que en tus eternas horas
de desaliento y decepción, recuerdas
esa dorada Edad, y que te inspira
el coro de sus musas voladoras,
que murmuran y gimen en las cuerdas
de la ya rota y olvidada lira?
Aunque las llames, no vendrán: ¡han muerto!
la voz del interés grosera y ruda
anuncia que el Parnaso está desierto
y la naturaleza triste y muda.

Que en este siglo de sarcasmo y duda
sólo una musa vive. Musa ciega,
implacable, brutal. ¡Demonio acaso
que con los hombres y los dioses juega!
La Musa del análisis, que armada
del árido escalpelo, á cada paso
nos precipita en el oscuro abismo
ó nos asoma al borde de la nada.
¿No la ves? ¿No la sientes en tí mismo?
¿Quién no lleva esa víbora enroscada
dentro del corazón? ¡Ay! cuando llena
de noble ardor la juventud florida
quiere surcar la atmósfera serena,
quiere aspirar las auras de la vida,
esa Musa fatal y tentadora
en el libro, en la cátedra, en la escena
se apodera del alma y la devora.
¡Si á veces imagino que envenena
la leche maternal! En nuestros lares,
en el retiro, en el regazo tierno
del amor, hasta al pié de los altares
nos persigue ese aborto del infierno.

¡Cuántas noches de horror, conmigo á solas,
ha sacudido con su soplo ardiente
los tristes pensamientos de mi mente
como sacude el huracán las olas!
¡Cuántas, ay, revolcándome en el lecho,
he golpeado con furor mi frente,

he desgarrado sin piedad mi pecho,
y entre visiones lúgubres y extrañas,
su diente de reptil, áspero y frio,
he sentido clavarse en mis entrañas!
¡Noches de soledad, noches de hastío
en que, lleno de angustia y sobresalto,
se agitaba mi sér en el vacío
de fe, de luz, y de esperanza falto!
¿Y quién mantiene viva la esperanza
si donde quiera que la vista alcanza
ve escombros nada más? Por entre ruinas
la humanidad desorientada avanza;
hechos, leyes, costumbres y doctrinas
como edificio envejecido y roto
desplomándose van; sordo y profundo
no sé qué irresistible terremoto
moral, conmueve en su cimiento el mundo.

Ruedan los tronos, ruedan los altares:
reyes, naciones, génios y colosos
pasan como las ondas de los mares
empujadas por vientos borrascosos.
Todo tiembla en redor, todo vacila.
Hasta la misma religión sagrada
es moribunda lámpara que oscila
sobre el sepulcro de la edad pasada.
Y cual turbia corriente alborotada,
libre del ancho cauce que la encierra,
la duda audaz, la asoladora duda
como una inundación cubre la tierra.
—¡Es que el manto de Dios ya no la escuda!—
No la defiende el varonil denuedo
de la fe inexpugnable y de las leyes,
y el dios de los incrédulos, el miedo,
rige á su voluntad pueblos y reyes.
Él los rumores bélicos propala,
él organiza innúmeras legiones
que buscan la ocasión, no la justicia.
Mas ¿qué podrán hacer? No se apuntala
con lanzas, bayonetas ni cañones,
el templo secular que se desquicia.
En medio de este caos, como un arcano
impenetrable, pavoroso, oscuro,
yérguese altivo el pensamiento humano
de su grandeza y majestad seguro.

Y semejante al árbol carcomido
por incansable y destructor gusano,
que, cuando tiene el corazón roido,
desenvuelve su copa más lozano,
al través del social desasosiego
cruza la tierra en su corcel de fuego,
hasta los cielos atrevido sube,
pone en la luz su vencedora mano,
el rayo arranca á la irritada nube
y horada con su acento el oceano.
¡Mas, ay, del árbol que frondoso crece
sostenido no más por su corteza!
Tal vez la brisa que las flores mece
derribará en el polvo su grandeza.

—¡Tal vez! ¿Lo sabes tú? ¿Quién el misterio
logra profundizar? Esta sombría
turbación, esta lóbrega tristeza
que invade sin cesar nuestro hemisferio,
¿es acaso el crepúsculo del día
que se extingue, ó la aurora del que empieza?
¿Es ¡ay! renacimiento ó agonía?
Lo ignoras como yo. ¡Nadie lo sabe!
Sólo sé que la dulce poesía
va enmudeciendo, y cuando calla el ave,
es que su oscuridad la noche envía.
Oigo el desacordado clamoreo
que alza doquier la muchedumbre inquieta,
sin freno, sin antorcha que la guíe;
ando entre ruinas, y espantado veo
cómo al sordo compás de la piqueta
la embrutecida indiferencia ríe.

—También en Roma, torpe y descreida,
la copa llena de espumoso y rico
licor, gozábase desprevenida,
hasta que de improviso por la herida
que abrió en su cuello el hacha de Alarico
escapósele el vino con la vida.—
Todo el cercano cataclismo advierte
pero en esta ansiedad que nos devora
ninguno habrá que á descifrar acierte
la gran trasformación que se elabora.

¿Y qué más da? Resurrección ó muerte,
vespertino crepúsculo ó aurora,

los que siguen llorando su camino
por medio de esta confusión horrenda,
con inseguro paso y rumbo incierto,
¿dónde levantarán su débil tienda
que no la arranque el raudo torbellino
ni la envuelva la arena del desierto?
En otro tiempo el ánimo doliente,
atormentado por la duda humana,
postrábase sumiso y penitente
en el regazo de la fe cristiana,
y allí, bajo la bóveda sombria
del templo, el corazón desesperado
se humillaba en el polvo y renacía.
Cristo en la cruz del Gólgota clavado
extendia sus brazos, compasivo,
al dolor sublimado en la plegaria,
y para el pobre y triste fugitivo
del mundo, era la celda solitaria
puerto de salvación, sepulcro vivo,
anulación del cuerpo voluntaria.

¡Ay! En aquella paz santa y profunda
todo era austero, reposado, grave.
La elevación de la gigante nave,
la luz entrecortada y moribunda,
la sencilla oración de un pueblo inmenso
uniéndose á los cánticos del coro,
la armonía del órgano sonoro,
las blancas nubes de quemado incienso,
el frio y duro pavimento, fosa
común, perpétuamente renovada,
de la cual cada tumba, cada losa
es doble puerta que limita y cierra
por debajo el silencio de la nada,
por encima el tumulto de la tierra;
aquella majestad, aquel olvido
del siglo, aquel recuerdo de la muerte,
parecian decir con infinita
dulzura al corazón desfallecido;
al espiritu ciego, al alma inerte:
Ego sum via, et veritas et vita (1)
Aquí en su pequeñez el hombre es fuerte.—
Mas ¿dónde iremos ya? Torpes y oscuros

(1) Joan, XIV, 6.

planes hallaron en el claustro abrigo,
y Dios airado desató el castigo
y con el rayo derribó sus muros.
¿Dónde posar la fatigada frente?
¿Dónde volver los afligidos ojos,
cuando ha dejado el corazón creyente
prendidos en los ásperos abrojos
su fe piadosa y su interés mundano?
¿Dónde?

¡En tí, soledad! Yo te bendigo,
porque al náufrago, al triste, al pobre grano
de desligada arena das abrigo.

San Gervasio de Casolas (Barcelona), 20 de Abril de 1868.

EN EL MONASTERIO DE PIEDRA.

(ARAGÓN).

Venga el ateo y fije sus miradas
en las raudas cascadas
que caen con el estrépito del trueno
en ese bosque que oscurece el día,
de rústica armonía
y de perfumes y de sombras lleno;

en la gruta titánica que arredra
con sus monstruos de piedra,
su oculto lago y despeñado río:
que ante tantas grandezas el ateo
dirá asombrado: —¡Creo,
creo en tu excelsa majestad, Dios mío!

Arpa es la creación, que en la tranquila
inmensidad oscila
con ritmo eterno y cántico sonoro.
Y no hay murmullo, ni rumor, ni acento
en tierra, mar y viento,
que del himno inmortal no forme coro.

El insecto entre el césped escondido,
el pájaro en su nido,
el trueno en las entrañas de la nube,
hasta la flor que en los sepulcros brota,
todo exhala su nota
que en acordado són al cielo sube.

Nunca del hombre la soberbia ciega,
que á enloquecerle llega,
podrá alcanzar, en su insaciable anhelo,
ese poder augusto y soberano
que enfrena el Oceano
y hace girar los astros en el cielo.

En vano, golpeándose la frente
se agitará impotente
en su orgullo satánico y maldito;
siempre, desesperado Prometeo,
le acosará el deseo,
¡ay! que, como el dolor, es infinito.

Julio de 1872.

A DARWIN.

I.

¡Gloria al genio inmortal! Gloria al profundo
Darwin, que de este mundo
penetra el hondo y pavoroso arcano!
¡Que, removiendo lo pasado incierto,
sagaz ha descubierto
el abolengo del linaje humano!

II.

Puede el necio exclamar en su locura.
—¡Yo soy de Dios hechura!—
y con tan alto origen darse tono.
¿Quién, que estime su crédito y su nombre,
no sabe que es el hombre
la natural trasformación del mono?

III.

Con meditada calma y paso á paso,
cual reclamaba el caso,
llegó á tal perfección un mono viejo:
y la vivaz materia por sí sola
le suprimió la cola,
le ensanchó el cráneo y le afeitó el pellejo.

IV.

Esa invisible fuerza creadora,
siempre viva y sonora,
música, verbo, pensamiento alado;
ese trémulo acento en que la idea
palpita y centellea
como el soplo de Dios en lo creado;

V.

(hablo de Dios, porque lo exige el metro,
más tu perdón impetro
¡oh formidable secta darwiniana!)
Ese sonido, como el sol fecundo,
que vibra en todo el mundo
y resplandece en la palabra humana;

VI.

esa voz, llena de poder y encanto,
ese misterio santo,
lazo de amor, espíritu de vida,
ha sido el grito de la bestia hirsuta,
en la cóncava gruta
de los ásperos bosques escondida.

VII.

¡Ay! Si es verdad lo que la ciencia enseña,
¿por qué se agita y sueña
el hombre, de su paz fiero enemigo?
¿A qué aspira? ¿Qué anhela? ¿Qué es en suma,
el genio que le abruma?
¿Fuerza ó debilidad? ¿Premio ó castigo?

VIII.

Honor, virtud, ardientes devaneos,
imposibles deseos,
loca ambición, estéril esperanza;
horrible tempestad que eternamente
perturbas nuestra mente,
con acentos de amor ó de venganza

IX.

conciencia del deber que nos oprimes,
ilusiones sublimes
que á más alta región tendeis el vuelo:
¿qué sois? ¿A dónde vais? ¿Por qué os sentimos?
¿Por qué crimen perdimos
la inocencia brutal de nuestro abuelo?

X.

Ajeno á todo inexcrutable arcano,
nuestro Adan cuadrumano
en las selvas perdido y en los montes,
de fijo no estudiaba ni entendía
esta filosofía
que abre al dolor tan vastos horizontes.

XI.

Independiente y libre en la espesura,
no sufrió la amargura
que nos quema y devora las entrañas.
Dábanle el bosque entretejidas frondas,
el río claras ondas,
aire sutil y puro las montañas;

XII.

la tierra, á su elección, como en tributo
dulce y sabroso fruto,
música el viento susurrante y vago;
su luz fecunda el sol esplendoroso,
la noche su reposo
y limpio espejo el cristalino lago.

XIII.

En su pelliza natural envuelto,
gozaba alegre y suelto
de su querida libertad salvaje.
Aún no grababa figurines Francia,
y en su rústica estancia
lo que la vida le duraba el traje.

XIV.

Desconoció la púrpura y la seda,
no inventó la moneda
para adorarla envilecido y ciego.
Ni se dejó coger, como un idiota,
por una infame sota
en la red del amor ó en la del juego.

XV.

No turbaron su paz ni su apetito
este anhelo infinito,
esta pena tan honda como aguda.
¡Ay! ni á pedazos le arrancó del alma
su candorosa calma,
el demonio implacable de la duda.

XVI.

Y en esas lentas y nocturnas horas,
negras, abrumadoras,
en que la angustia nos desgarra el pecho,
con tu mirada impenetrable y triste,
nunca te apareciste
¡oh desesperación! junto á su lecho.

XVII.

No buscó los laureles del poeta,
ni en su ambición inquieta
alzó sobre cadáveres un trono.
No le acosó remordimiento alguno.
No fué rey, ni tribuno,
ni siquiera elector!... ¡Dichoso mono!

XVIII.

En la copa de un árbol suspendido
y con la cola asido,
extraño á los halagos de la fama,
sin pensar en la tierra ni en el cielo,
nuestro inocente abuelo
la vida se pasó de rama en rama.

XIX.

Tal vez enardecida y juguetona,
alguna virgen mona
prendióle astuta en sus amantes lazos,
y más fiel que su nieta pervertida,
ni le amargó la vida,
ni le hirió el corazón con sus abrazos.

XX.

Y allí, bajo la bóveda azulada,
en la verde enramada,
á la sonora margen de los ríos,
adormecidos con los trinos suaves
de las canoras aves,
ocultas en los árboles sombríos;

XXI.

allí, donde la gran Naturaleza
descubre la belleza
de su seno inmortal, siempre fecundo,
en deliquios ardientes y amorosos,
los dos tiernos esposos
engendraron al árbitro del mundo.

XXII.

¡Al árbitro del mundo!.... ¡Qué sarcasmo!
Perdido el entusiasmo,
sin esperanza en Dios, sin fe en sí mismo,
cuando le borre su divino emblema,
esa ciencia blasfema,
como la piedra rodará al abismo.

XXIII.

Caerá de sus altares el Derecho
por el turbión deshecho;
la Libertad sucumbirá arrollada.
Que cuando el alma humana se oscurece.
sólo prospera y crece
la fuerza audaz, de crímenes cargada.

XXIV.

¡Ay, si al romper su religioso yugo,
gusta el pueblo del jugo
que en esa ciencia pérfida se esconde!
¡Ay, si olvidando la celeste esfera,
el hijo de la fiera
sólo á su instinto natural responde!

XXV.

¡Ay, si recuerda que en la selva umbría
la bestia no tenía
ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades!
Entonces la revuelta muchedumbre
quizás, Europa, alumbre
con el voraz incendio tus ciudades.

XXVI.

¡Batid gozosos las sangrientas manos,
déspotas y tiranos!
Ya entre el tumulto vuestra faz asoma.
Que el hombre á la razón dobla su frente
mas sólo el hierro ardiente
la hambrienta rabia de las fieras doma.

24 de Diciembre de 1872.

LAS ARPAS MUDAS.

La virgen poesía,
huyendo de los hombres,
se pierde en las profundas
tinieblas de la noche.
Las arpas enmudecen,
y el eco no responde
sino á los broncos gritos
de cien revoluciones.

¡Ay, cuando la tormenta
cierne sus negras alas,
la tímida avecilla
se oculta y tiembla y calla!
¿Qué valen sus gorjeos
ante la voz airada
del trueno, que retumba
en valles y en montañas?

¡Qué cambio y qué contraste!
Ayer llenaba el mundo
la inspiración sublime
de Schiller, Byron y Hugo.
Hoy sobre nuestras almas,
que envileció el tumulto,
parece que gravita
la losa de un sepulcro.

Miraban nuestros padres
el despertar de un siglo:
nosotros á sus hondas
angustias asistimos.
En su entusiamo ardiente
su cántico era un himno.
El nuestro, ¡oh desventura!
el nuestro es un gemido.

Cuando despues de aquella
sangrienta sacudida,
que derribó en el polvo
la sociedad antigua,
con su potente mano
la santa poesía
logró sacar ileso
á Dios de entre las ruinas;

cuando en estéril roca,
entre el rumor confuso
del mar, agonizaba
en su aislamiento augusto
el águila altanera,
tan grande en su infortunio,
que de sus corvas garras
tuvo suspenso el mundo;

entonces, como el germen
oculto que despierta,
y rompe vigoroso
la cárcel que lo encierra,
sobre las viejas ruinas
brotaron por doquiera
la religión, la gloria,
la libertad, la ciencia.

¡Siempre el dolor fecunda
La tierra, nuestra madre,
sufre el agudo arado
que sus entrañas abre;
el mar tiene sus roncas
y oscuras tempestades,
su duda el pensamiento,
la religión sus mártires.

Todo lo grande surge
de este combate eterno,
como la luz del choque
del pedernal y el hierro.
¡Felices nuestros padres,
que entonces recogieron
la mies, antes regada
con llanto, sangre y cieno!

¿Es raro que el poeta
alzase himnos de gloria
al Dios que renacía
de entre sus aras rotas?
¿Es raro que cantase
la alborozada Europa
al nuevo sol, naciendo
de la impalpable sombra

Pero hoy, ¿qué alegre canto
entonarán las musas?
La llama del incendio
nuestro camino alumbra.
La libertad seguida
de alborotadas turbas
arrastra por el fango
sus blancas vestiduras.

El entusiasmo espira
en lecho de dolores:
atónita y turbada
la fe su venda rompe,
y caen de sus altares,
bajo insensatos golpes,
la patria, la familia,
los reyes y los dioses.

¡Todo se anubla, todo
choca, todo está herido!
Pide estragado el arte
su inspiración al vicio,
y entre el alegre estruendo
de infames regocijos,
la sociedad oscila
sobre el oscuro abismo.

¡Poetas! Hasta tanto
que la borrasca pase,
colguemos nuestras arpas
de los llorosos sáuces.
Tal vez cuando la tierra
nuestros despojos guarde,
el viento las sacuda
y vibren, giman, canten.

Tal vez cuando del tiempo
se amanse la corriente,
nuestros felices hijos
piadosos las descuelgen.
¡Quién sabe! Aunque las densas
tinieblas nos envuelven,
no eres eterna ¡oh noche!
¡dolor, no duras siempre!

Junio, de 1873.

A VOLTAIRE.

Eres ariete formidable: nada
resiste á tu satánica ironía.
Al través del sepulcro todavía
resuena tu estridente carcajada.

Cayó bajo tu sátira acerada
cuanto la humana estupidez creía,
y hoy la razón no más sirve de guía
á la prole de Adán regenerada.

Ya sólo influye en su inmortal destino
la libre religión de las ideas;
ya la fe miserable á tierra vino;

ya el Cristo se desploma; ya las teas
alumbran los misterios del camino;
ya venciste, Voltaire. ¡Maldito seas!

Julio de 1873.

MISERERE.

Es de noche: el monasterio
que alzó Felipe Segundo
para admiración del mundo
y ostentación de su imperio,
yace envuelto en el misterio
y en las tinieblas sumido.
De nuestro poder, ya hundido,
último resto glorioso,
parece que está el coloso
al pié del monte, rendido.

El viento del Guadarrama
deja sus antros oscuros,
y estrellándose en los muros
del templo, se agita y brama.
Fugaz y rojiza llama
surca el ancho firmamento,
y á veces, como un lamento,
resuena el lúgubre són
con que llama á la oración
la campana del convento.

La iglesia, triste y sombría,
en honda calma reposa,
tan helada y silenciosa
como una tumba vacía.
Colgada lámpara envía
su incierta luz á lo lejos,
y á sus trémulos reflejos
llegan, huyen, se levantan
esas mil sombras que espantan
á los niños y á los viejos.

De pronto, claro y distinto,
la regia cripta conmueve
ruido extraño, que aunque leve,
llena el mortuorio recinto.
Es que el César Carlos Quinto,
con mano firme y segura
entreabre su sepultura,
y haciendo una horrible mueca,
su faz carcomida y seca
asoma por la hendidura.

Golpea su descarnada
frente con tenaz empeño,
como quien sale de un sueño
sin acordarse de nada.
Recorre con su mirada
aquel lugar solitario,
alza el mármol funerario,
y arrebatado y resuelto
salta del sepulcro, envuelto
en su andrajoso sudario.

—¡Hola! —grita en són de guerra
con aquella voz concisa,
que oyó en el siglo, sumisa
y amedrentada la tierra.
—¡Volcad la losa que os cierra!
Vástagos de imperial rama,
varones que honrais la fama,
antiguas y excelsas glorias,
de vuestras urnas mortuorias
salid, que el César os llama.—

Contestando á estos conjuros,
un clamor confuso y hondo
parece brotar del fondo
de aquellos mármoles duros.
Surgen vapores impuros
de los sepulcros ya abiertos:
la serie de reyes muertos
después á salir empieza,
y es de notar la tristeza,
el gesto despavorido
de los que han envilecido
la corona en su cabeza.

Grave, solemne, pausado,
se alza Felipe Segundo,
en su lucha con el mundo
vencido, mas nó domado.
Su hijo se despierta al lado,
y detrás del rey devoto,
aquel que humillado y roto
vió desmoronarse á España,
cual granítica montaña,
á impulsos del terremoto.

Luégo el monarca enfermizo,
de infausta y negra memoria,
en cuya Edad, nuestra gloria
como nieve se deshizo.
Bajo el poder de su hechizo
se estremece todavía.
¡Ay, qué terrible armonía,
qué oscuro enlace se nota
entre aquel mísero idiota
y su exhausta monarquía!

Con terrífica sorpresa
y en silencioso concierto,
todos los reyes que han muerto
van saliendo de su huesa.
La ya apagada pavesa
cobra los vitales bríos,
y se aglomeran sombríos
aquellos yertos despojos,
aquellas cuencas sin ojos,
aquellos cráneos vacíos.

De los monarcas en pos,
respondiendo al llamamiento,
cual si llegara el momento
del santo juicio de Dios,
acuden de dos en dos
por claustros y corredores,
príncipes, grandes señores,
prelados, frailes, guerreros,
favoritos, consejeros,
teólogos é inquisidores.

¡Qué es mirar como serpea
por su semblante amarillo
el fosforescente brillo
que la podredumbre crea!
¡Qué espíritu no flaquea
con mil terrores secretos,
viendo aquellos esqueletos,
que ante el César, que los nombra,
se deslizan por la sombra
mudos, absortos, inquietos!

¡Cuántas altas potestades,
cuántas grandezas pasadas,

cuántas invictas espadas,
cuántas firmes voluntades
en aquellas soledades
muestran sus restos livianos!
¡Cuántos cráneos soberanos,
que el genio habitara en vida,
convertidos en guarida
de miserables gusanos!

Desde el triste panteón
en que se agolpa y hacina,
hácia el templo se encamina
la fúnebre procesión.
Marcha con pausado són
tras del rey que la congrega,
y cuando á la iglesia llega,
inunda la altiva nave
un resplandor tibio y suave,
que ni deslumbra ni ciega.

Guardando el regio decoro,
como en los siglos pasados,
reyes, príncipes, prelados
toman asiento en el coro.
Despues en tropel sonoro
por el templo se derrama,
rindiendo culto á la fama
con que llena las historias,
aquel haz de muertas glorias,
que el César convoca y llama.

Por mandato soberano
de Carlos, que el cetro ostenta,
llega al órgano y se sienta
un viejo esqueleto humano.
La seca y huesosa mano
en el gran teclado imprime,
y la música sublime
que á inmensos raudales brota,
parece que en cada nota
reza y llora, canta y gime.

Uniendo al acorde santo
su voz, los muertos despojos
caen ante el ara de hinojos
y á Dios elevan su canto.

Honda expresión del quebranto,
aquel eco de la tumba
crece, se dilata, zumba,
y al paso che va creciendo,
resuena con el estruendo
de un mundo que se derrumba:

« Fuimos las ondas de un río
« caudaloso y desbordado.
« Hoy la fuente se ha secado,
« hoy el cauce está vacío.
« Ya ¡oh Dios! nuestro poderío
« se extingue, se apaga y muere.
« *¡Miserere!*

« ¡Maldito, maldito sea
« aquel portentoso invento
« que dió vida al pensamiento
« y alas de luz á la idea!
« El verbo animado ondea
« y como el rayo nos hiere.
« *¡Miserere!*

« ¡Maldito el hilo fecundo
« que á los pueblos eslabona,
« y busca, y cuenta, y pregona
« las pulsaciones del mundo!
« Ya en el silencio profundo
« ninguna injusticia muere.
« *¡Miserere!*

« Ya no vive cada raza
« en solitario destierro,
« ya con vínculo de hierro
« la humana especie se enlaza.
« Ya el aislamiento rechaza,
« ya la libertad prefiere,
« *¡Miserere!*

« Rígido y brutal azote
« con desacordado empuje
« sobre las espaldas cruje
« del rey y del sacerdote.
« Ya nada existe que embote
« el golpe ¡oh Dios! que nos hiere.
« *¡Miserere!*

« Mas ¡ay! que en su audacia loca,
« tambien el orgullo humano
« pone en los cielos su mano
« y á tí, Señor, te provoca.
« Mientras blasfeme su boca,
« ni paz ni ventura espere.
« *¡Miserere!*

« No en la tormenta enemiga:
« no en el insondable abismo:
« el mundo lleva en sí mismo
« el rayo que le castiga.
« Sin compasión ni fatiga
« hoy nos mata: pero muere.
« *¡Miserere!*

« Grande y caudaloso río,
« que corres precipitado,
« ve que el nuestro se ha secado
« y tiene el cauce vacío.
« ¡No prevalezca el impío,
« ni la iniquidad prospere!
« *¡Miserere!* »

Súbito, con sordo ruido
cruje el órgano y estalla,
la luz se amortigua, y calla
el concurso dolorido.
Al disiparse el sonido
del grave y solemne canto
llega á su colmo el espanto
de las mudas calaveras,
y de sus órbitas hueras
desciende abundoso llanto.

A medida que decrece
la luz misteriosa y vaga,
todo murmullo se apaga
y el cuadro se desvanece.
Con el alba que aparece
el cortejo se evapora,
y mientras la blanca aurora
esparce su lumbre escasa,
á lo lejos silba y pasa
la rauda locomotora.

25 de Junio de 1873.

Á LA MUERTE

DE

DON ANTONIO RIOS ROSAS.

¡Cayó como la piedra en la laguna
con rudo golpe en la insondable fosa!
Ya no levantará tormenta alguna
su elocuencia, vibrando en la tribuna,
como el rayo terrible y luminosa.

¡Triste destino de la gloria humana
tan costosa, tan mísera y tan vana!
¡Ayer grandeza, y entusiasmo, y ruido;
hoy tributo de lágrimas; mañana
hondo silencio, y soledad, y olvido!

En la infinita sed que nos aqueja,
¿qué es nuestra vida? El sueño de un momento,
onda que pasa, sombra que se aleja,
ave tímida y muda que no deja
ni el rastro de sus alas en el viento.

¡Cuántas, cuántas memorias arrebata
nuestra viviente y rauda catarata!
¿Qué es el mártir? ¿Qué el genio? ¿Qué el tirano
en el torrente del linaje humano,
que al través de los tiempos se dilata?

La secular encina, siempre verde,
de sus marchitos frutos se despoja
sin que nadie, mirándola, recuerde
ni el seco ramo, ni la inútil hoja
que en su invisible crecimiento pierde.

¡Todo es misterio, vértigo y locura!
La vida frágil, el renombre incierto,
y la tremenda eternidad oscura....
Sólo podemos dar á los que han muerto,
con fe piadosa, honrada sepultura.

Él la tendrá con lágrimas regada.
¿Cómo olvidar tan pronto, patria mía,
la imperiosa atracción de su mirada,
su voz, su ardiente voz, rígida espada
que al chocar y al herir resplandecía?

A veces imagino que aún le veo
erguirse reposado y pensativo,
y á un tiempo mismo Tácito y Tirteo
arrostrar el contrario clamoreo,
cuanto más acosado más altivo.

Con fuerza potentísima y secreta
brotaban de su espíritu fecundo
el dardo agudo, la alusión discreta,
la cólera inspirada del poeta
y la sentencia del varón profundo.

En el peligro, enérgico y valiente,
jamás cedió su varonil denuedo,
ni se dejó arrastrar por la corriente;
nunca dobló su poderosa frente
ante los vanos ídolos del miedo.

Noble y robusto vástago de aquella
viril generación, que al mundo vino
cuando, impulsado por su infausta estrella,
marcó en España su iracunda huella
el rayo de la guerra y del destino;

cuando de su letargo despertaba
la nación de Lepanto y de Pavía,
y en lid ardiente, inextinguible y brava,
mostró con su tesón que no quería
vivir sin honra, ni morir esclava.

Nacida entre el tumulto y el fracaso
de una lucha titánica y suprema,
esa generación que hácia su ocaso
dirige el triste y vacilante paso,
es el himno triunfal de aquel poema.

Arrojada y resuelta cual ninguna,
como engendrada en tan heróico empeño,
templóla en sus rigores la fortuna,
la ronca tempestad meció su cuna
y el eco del cañon le arrulló el sueño.

Siempre en la brecha y siempre enardecida
sin temor al destierro ni al verdugo,
con estóico desprecio de la vida
rompió, lidiando, el ominoso yugo
que soportaba España envilecida.



Arrolla cuanto encuentra en la llanura
con ímpetu feroz la onda revuelta:
el puente secular, la torre esbelta
el molino, la casa y la espesura.

De su entusiasta afán en los extremos
amasó con la sangre de sus venas
la libertad que á su valor debemos.
¡Hoy nosotros, sus hijos, no tenemos
ni esperanza, ni fe, ni patria apenas!

El genio nacional, antes dormido
en la profunda noche del olvido,
llenó los aires con su voz sonora,
como el alegre pájaro en el nido
cuando le llama la rosada aurora.

¡Qué espontáneo y feliz renacimiento!
¡Qué pléyada de artistas y escritores!
En la luz, en las ondas, en el viento
hallaba inspiración el pensamiento,
gloria el soldado y el pintor colores.

¡Larra, Pacheco, Rivas, Espronceda,
Olózaga, Donoso, Avellaneda,
y cien nombres, orgullo de la historia,
ya son polvo no más! ¡Ya su memoria
sólo en el pueblo que ilustraron queda!

¡Su memoria mortal, que se derrumba
al impulso del siglo! Eco postrero
de su apagada voz, sordo retumba
en el helado mármol de la tumba,
y se pierde en los ámbitos ligero.

Cuando, vertiendo silencioso llanto,
vuelvo á mi Edad la vista atribulada,
siento á la vez indignación y espanto.
¡Cómo pensar, generación menguada,
que en pocos lustros descendieras tanto!

Nuestros padres con ánimo sereno
hallaron en los campos de pelea
algo fecundo, provechoso y bueno.
Nosotros, sumergidos en el cieno,
no encontramos un hombre ni una idea.

Su aliento generoso y esforzado,
de Cádiz á las cumbres del Pirene
avivó el fuego del honor sagrado.
Hoy la estéril república no tiene
ni un cantor, ni un artista, ni un soldado.

Ni nos defiende ya, ni el golpe embota,
partido en mil pedazos nuestro escudo.
El vulgo, el necio vulgo nos azota:
yace el arte decrépito, está mudo
el genio, el arpa destemplada y rota.

Alguien con torpe y mentiroso halago,
en busca del aplauso apetecido,
agitó el fondo del impuro lago,
¡ay! y el vapor del fango removido
sólo engendra la peste y el estrago.

Tú dormirás en paz ¡oh varón fuerte!
con el sol de la patria que declina.
Y es venturosa y envidiable suerte
reposar en los brazos de la muerte,
cuando todo es dolor, vergüenza y ruina.

Tú de este triste y borrascoso drama
sacaste el puro corazón ileso.
Otros, que el pueblo alborotado aclama,
no dormirán tranquilos bajo el peso,
bajo el terrible peso de su fama.

5 de Noviembre de 1873.

A EMILIO CASTELAR.

¡Ya triunfó la república! Han vencido.
Tras prolongada y mísera agonía
lanzó á tus plantas el postrer gemido
nuestra sacra y gloriosa monarquía.
No vino á tierra como el cedro erguido
que el huracán y el rayo desafía:
cayó como la mustia y débil hoja
de que en Octubre el árbol se despoja.

¡Ay! ¿Esta sociedad que desespera,
logrará acaso tiempos más felices,
porque haya muerto, sin luchar siquiera,
la tradición excelsa que maldices?
¿Se desplomó quizás porque tuviera
podrido el tronco y secas las raíces?
¿Fué su impensada y rápida caída,
torpe venganza ó pena merecida?

Si al paso que se extingue y desvanece
como el último rayo vespertino,
renace el orden y la paz florece,
es que cumplió la ley de su destino.
Pero si la tormenta se embravece,
si nos arrolla el raudo torbellino,
si no se aclara el porvenir incierto,
entonces es que asesinada ha muerto.

Mientras el cielo mi conciencia guarde,
jamás se apartará de mi memoria
aquella triste y vergonzosa tarde,
baldón eterno de la patria historia,
en que un Senado imbécil ó cobarde
vendió sin fruto y entregó sin gloria,
cediendo á los estímulos del miedo
el trono secular de Recaredo.

No nació la república, gloriosa,
formidable y potente en lid reñida,
ni cual del casto cáliz de la rosa
la pura esencia en ondas esparcida.
Brotó de aquella tarde ignominiosa
como brota la sangre de la herida,
y como en medio de mortales dudas
nació de un beso la traición de Judas.

¡Oh! ¡Quién tuviese la robusta vena
de aquel ilustre historiador romano,
que en libros inmortales encadena
los fieros monstruos del linaje humano!
Mi pluma entonces... ¡pero no! La pena
que envilece al león, honra al gusano:
nunca la ruin bajeza ha merecido
censura eterna, sino eterno olvido.

Tal vez ceñida de fulgentes galas
forjóse tu ilusión que en pleno día
la república, austera como Palas,
del cerebro del pueblo surgiría.
Tal vez pensaste que al tender sus alas
paz y ventura y luz derramaría,
siendo para tu fama ¡oh nuevo Orfeo!
la honrada encarnación de tu deseo.

Si el llanto no te ciega, en torno mira:
ya tu inspirada voz no la conmueve,
ya su templanza se convierte en ira,
ya revienta el volcán bajo la nieve.
Ya ha arrebatado tu sonora lira
la desgreñada Musa de la plebe;
ya suena en vez de tu rotunda estrofa,
brutal insulto y sanguinaria mofa.

Ya con sordo fragor se precipita
y mueve á Dios desesperada guerra,
la santa cruz de los sepulcros quita,
vuelca las aras y los templos cierra.
Ya con furor satánico medita,
no sólo echar á Cristo de la tierra,
sino dejar en su insensato anhelo
mudo y vacío y solitario el cielo.

¡Inútil presunción! Cuando mañana
se agoste, como yerba, el poderío
de esta generación soberbia y vana
que lanza á Dios su imbécil desafío;
cuando de su grandeza soberana
quede el polvo no más, árido y frío,
¡tú, redentora cruz! ¡tú, santo leño,
sobre las tumbas guardarás su sueño!

¡Valor, Emilio! El pueblo se desborda
y nuestra gloria secular destruye.
¡Ya no existe el ejército! ¡Ya es horda
la que fué hueste, y se desmanda y huye!
La anarquía los ámbitos asorda,
la honrada libertad se prostituye,
y óyense los aullidos de la hiena
en Alcoy, en Montilla, en Cartagena.

Tu voz, que siempre condenó la saña
de la turba feroz, de nuevo estalle,
y vibre como el trueno en la montaña
y el bronce de los templos en el valle.
La triste España, nuestra madre España
se desangra entre el cieno de la calle;
ebrio el desorden la denosta y hiere.
Agonizando está. ¡Sálvala, ó muere!

23 de Diciembre de 1873.

TRISTEZAS.

Cuando recuerdo la piedad sincera
con que en mi edad primera
entraba en nuestras viejas catedrales,
donde postrado ante la cruz de hinojos
alzaba á Dios mis ojos,
soñando en las venturas celestiales·

hoy que mi frente atónito golpeo
y con febril deseo
busco los restos de mi fe perdida,
por hallarla otra vez, radiante y bella
como en la edad aquella,
¡desgraciado de mí! diera la vida.

¡Con qué profundo amor, niño inocente,
prosternaba mi frente
en las losas del templo sacrosanto!
Llenábase mi joven fantasía
de luz, de poesía,
de mudo asombro, de terrible espanto.

Aquellas altas bóvedas que al cielo
levantaban mi anhelo;
aquella majestad solemne y grave;
aquel pausado canto, parecido
á un doliente gemido,
que retumbaba en la espaciosa nave;

las marmóreas y austeras esculturas
de antiguas sepulturas,
aspiración del arte á lo infinito;
la luz que por los vidrios de colores
sus tibios resplandores
quebraba en los pilares de granito;

haces de donde en curva fugitiva,
para formar la ojiva,
cada ramal subiendo se separa,
cual del rumor de multitud que ruega,
cuando á los cielos llega,
surge cada oración distinta y clara;

en el gótico altar inmoble y fijo
el santo Crucifijo,
que extiende sin vigor sus brazos yertos,
siempre en la sorda lucha de la vida,
tan áspera y reñida,
para el dolor y la humildad abiertos;

el místico clamor de la campana
que sobre el alma humana
de las caladas torres se despeña,
y anuncia y lleva en sus aladas notas
mil promesas ignotas
al triste corazón que sufre ó sueña;

todo elevaba mi ánimo intranquilo
á más sereno asilo:
religión, arte, soledad, misterio....
todo en el templo secular hacía
vibrar el alma mía,
como vibran las cuerdas de un salterio.

Y á esta voz interior que sólo entiende
quien crédulo se enciende
en fervoroso y celestial cariño,
envuelta en sus flotantes vestiduras
volaba á las alturas,
virgen sin mancha, mi oración de niño.

Su ráuda, viva y luminosa huella
como fugaz centella
traspasaba el espacio, y ante el puro
resplandor de sus alas de querube,
rasgábase la nube
que me ocultaba el inmortal seguro.

¡Oh anhelo de esta vida transitoria!
¡Oh perdurable gloria!
¡Oh sed inextinguible del deseo!
¡Oh cielo, que antes para mí tenías
fulgores y armonías,
y hoy tan oscuro y desolado veo!

Ya no templas mis íntimos pesares,
ya al pié de tus altares
como en mis años de candor no acudo.

Para llegar á tí perdí el camino,
y errante peregrino
entre tinieblas desespero y dudo.

Voy espantado sin saber por dónde;
grito, y nadie responde
á mi angustiada voz; alzo los ojos
y á penetrar la lobreguez no alcanzo;
medrosamente avanzo,
y me hieren el alma los abrojos.

Hijo del siglo, en vano me resisto
á su impiedad ¡oh Cristo!
Su grandeza satánica me oprime.
Siglo de maravilla y de asombros,
levanta sobre escombros
un Dios sin esperanza, un Dios que gime

y ese Dios no eres tú! No tu serena
faz, de consuelos llena,
alumbra y guía nuestro incierto paso.
Es otro Dios incógnito y sombrío
su cielo es el Vacío,
sacerdote el Error, ley el Acaso.

¡Ay! No recuerda el ánimo suspenso
un siglo más inmenso,
más rebelde á tu voz, más atrevido;
entre nubes de fuego alza su frente,
como Luzbel, potente;
pero también, como Luzbel, caido.

Á medida que marcha y que investiga,
es mayor su fatiga,
es su noche más honda y más oscura,
y pasma, al ver lo que padece y sabe,
cómo en su seno cabe
tanta grandeza y tanta desventura.

Como la nave sin timón y rota,
que el ronco mar azota,
incendia el rayo y la borrasca mece
en piélago ignorado y proceloso,
nuestro siglo-coloso
con la luz que le abrasa, resplandece.

¡Y está la playa mística tan lejos!...
á los tristes reflejos
del sol poniente se colora y brilla.
El huracán arrecia, el bajel arde,
y es tarde, es ¡ay! muy tarde
para alcanzar la sosegada orilla.

¿Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno,
á todo yugo ajeno,
que al impulso del vértigo se entrega,
y al través de intricadas espesuras,
desbocado y á oscuras
avanza sin cesar y nunca llega.

¡Llegar! ¿Adónde?... El pensamiento humano
en vano lucha; en vano
su ley oculta y misteriosa infringe.
En la lumbre del sol sus alas quema,
y no aclara el problema,
ni penetra el enigma de la Esfinge.

¡Sálvanos, Cristo, sálvanos, si es cierto
que tu poder no ha muerto!
Salva á esta sociedad desventurada,
que bajo el peso de su orgullo mismo
rueda al profundo abismo,
acaso más enferma que culpada.

La ciencia audaz, cuando de tí se aleja.
en nuestras almas deja
el germen de recónditos dolores,
como al tender el vuelo hácia la altura,
deja su larva impura
el insecto en el cáliz de las flores.

Si en esta confusión honda y sombría
es, Señor, todavía
raudal de vida tu palabra santa,
dí á nuestra fe desalentada, incierta:
—¡Anímate y despierta!—
como dijiste á Lázaro:—¡Levanta!—

30 de Junio de 1874.

LA INUNDACIÓN.

ANTES.

Todo respira paz: la fértil vega,
el cielo trasparente, el bosque umbrío
y el viento que en las márgenes del río
sus alas bate y con las ramas juega.
Abre sus cáuces el Segura, y riega
los campos secos por tenaz estío,
do redoblando su fecundo brío
el ribereño á su labor se entrega.
Al través de la copa embalsamada
de los verdes naranjos, su dichosa
casa, que dora el sol, cerca divisa.
¡Cuán feliz es! Alegran su jornada
el dulce canto de la amante esposa
y de sus hijos la inocente risa.

DESPUÉS.

¡Ay, todo inspira horror! La noche oscura
tendió su manto, y en la sombra envuelta
su audaz corriente alborotada y suelta,
extiende hasta los montes el Segura.
Arrolla cuanto encuentra en la llanura
con ímpetu feroz la onda revuelta:
el puente secular, la torre esbelta,
el molino, la casa y la espesura.
Hallando el valle á su soberbia estrecho,
no respetó el torrente embravecido
el templo augusto, ni la humilde choza,
y el labrador, en lágrimas deshecho,
sin amores, sin hijos y sin nido,
sobre las ruinas de su hogar solloza.

5 de Noviembre de 1879.

Á LA PATRIA.

HIMNO CON MOTIVO DE LA PAZ.

Dorando la alta cumbre
la ansiada aurora llega,
y ante la viva lumbre
que el ancho espacio anega,
cobarde se repliega
la densa oscuridad.
Ya baña el horizonte
la luz que Dios envía:
ya mar, y valle, y monte
colora el nuevo día.
Ya todo es alegría.
¡Poetas, despertad!

La paz tiende su manto
desde el Pirene á Gades:
alzad el himno santo
en campos y en ciudades,
y admire á las edades
vuestro inmortal clamor.
Ascienda en ráudo vuelo
la voz de la alabanza,
como cóndor que al cielo
intrépido se lanza.
Cantad á la esperanza:
yo cantaré al dolor.

No es que al deber ajeno
desdeñe la ventura
que de tu herido seno
las penas templa y cura.
Alma tan seca y dura
no alienta ¡oh Patria! en mí
Acaso al ver hollada
tu majestad suprema,
¿no fué mi lira espada?
mi voz ¿no fué anatema?
Aún mis mejillas quema
llanto que vertí.

¿Soy el poeta, acaso,
de las felices horas,
que calla en el ocaso
y canta en las auroras?
¿No estalla, cuando lloras,
mi ardiente indignación?
Pero hoy que conseguiste
cobrar el bien perdido,
y espléndida, aunque triste,
la paz ha renacido,
canto al dolor, que ha sido
tu santa redención.

Enigma de la Historia
y escándalo del mundo,
de tu pasada gloria
so el árbol infecundo,
yacías en profundo
letargo secular.
Del fanatismo esclava,
en noche eterna y fría,
tan sólo iluminaba
tu mísera agonía,
la lámpara que ardía
delante del altar.

Perdida en tu camino
y á oscuras tu conciencia,
el arte sin destino,
sin libertad la ciencia,
tu antigua omnipotencia
no renació jamás.
Pirámide ostentosa
alzada en el desierto,
do incógnita reposa
la vanidad de un muerto,
¡oh patria! tu famosa
grandeza era no más.

Llamando con su espada
de súbito á tu puerta,
gritó la inesperada
catástrofe: — ¡Despierta! —
y el águila su abierta
garra en tu pecho hincó.

¡Oh asombro! Bajo el fiero
dolor de la ancha herida
tus músculos de acero
cobraron nueva vida:
rugiste enfurecida,
y el águila tembló.

Perdona si la austera
verdad acato y digo:
dolor que regenera
es premio y no castigo.
Confieso que contigo
inexorable fué.
Cuando te vió á la falda
del monte, soñolienta,
tendió sobre tu espalda
su azote y la tormenta:
te exasperó la afrenta,
y te pusiste en pié.

Ardieron tus hogares,
y con mortal quebranto
corrió la sangre á mares
mezclada con tu llanto.
¡Cuánto sufriste, y cuánto
duró tu adversidad!
Pero pasó el torrente,
el sol doró tus ruinas,
y excelsa, refulgente,
aunque ciñendo espinas,
apareció en Oriente
tu augusta libertad.

¡Ah! Desde entonces luchas
con la traidora hiena,
y su rugido escuchas
impávida y serena.
Tres veces en la arena
domaste su furor.
Cuando tus ansias cesen,
y en tiempos más felices
honrados hijos besen
tus santas cicatrices,
verás como bendices
los frutos del dolor.

Él con potente mano
labra, organiza y crea
cuando en el yunque humano
con hondo afan golpea
para forjar la idea
que es vida, es verbo, es luz.
Los que dichosos duermen
no sueñan con el cielo:
siempre el dolor fué germen
de algun gigante anhelo,
y Dios, bajando al suelo,
lo consagró en la Cruz.

18 de Marzo de 1876.

ELEGÍA

Á LA MEMORIA DEL INSIGNE HISTORIADOR

Y POETA PORTUGUÉS

ALEJANDRO HERCULANO.

Si es cierto que la pena compartida
llega á calmarse, porque el llanto ajeno
es para el triste bálsamo de vida;

si es verdad ¡ay! que el afligido seno,
cuando piedad encuentra y blando abrigo,
más reposado late y más sereno;

permite ¡oh Portugal! que un pueblo amigo,
ante la humilde tumba de Herculano,
mostrándote su amor, llore contigo.

—

¡Ya no existe el poeta! Pero en vano
querrá la muerte oscurecer la gloria
del más insigne genio lusitano.

Él con su ciencia engrandeció la Historia,
él exaltó la santa poesía,
y él impondrá á los siglos su memoria.

Cantor de vigorosa fantasía,
pulsó inspirado el *Arpa del Creyente*
y amó la libertad. ¡Quién no ama el día!

No dobló al yugo del temor su frente,
ni la lisonja vil manchó su labio,
ni abatió al débil, ni ensalzó al potente.

De la austera verdad en desagravio,
se opuso á la invasión de la mentira
con fe de artista y convicción de sabio.

Enérgico y tenaz, pero sin ira,
combatió en pró de su fecunda idea
con la voz, con la espada y con la lira.

Harto ya de luchar, buscó en la aldea
la dulce calma, el apacible encanto
que perdió en el fragor de la pelea,

y hoy en rústico y pobre camposanto
sus restos guarda honrada sepultura,
que el pueblo portugués riega con llanto.

—

¡Feliz el alma que al romper su oscura
cárcel, de eterno lauro coronada,
vuelve al seno de Dios intacta y pura!

Ejemplo sea á nuestra Edad menguada,
en que más de un ingenio peregrino
en el fango del mundo se degrada,

y contrariando su inmortal destino,
como ramera sin pudor, ofrece
al éxito brutal su estro divino.

¡Ah! grande podrá ser, mas no merece
loa ni encomio el pensamiento humano
que se humilla, y se arrastra, y se envilece.

¿Quién al águila audaz, que el soberano
vuelo remonta, comparar podría
con el reptil inmundo del pantano?

—

¡Oh religión del arte! ¡Oh Poesía!
¡Comunión de las almas cuando llevas
la paz, el bien y la razón por guía!

¡Cuando contra la infamia te sublevas,
y con no usada majestad, el vuelo
hasta el principio de la luz elevas!

Pliega tus alas en señal de duelo,
y ante esa pobre tumba deposita
tu más preciada flor: ¡la fe en el cielo!

Rinde esa flor, que nunca se marchita,
¡ay: á quien solo, sí, mas nó olvidado,
duerme á la sombra de la cruz bendita.

A quien fué por tu númen exaltado,
de rica inspiración raudal fecundo
y tu apóstol al par que tu soldado.

Rompe el silencio lóbrego y profundo
que cubre el polvo desligado y frío
del que llevaba en su cerebro un mundo.

¡Ay! ya ese mundo estéril y sombrío
no animarán los sueños de la vida:
¡ya no le animarán! ¡Está vacío!

Mas bastan á su fama esclarecida
las altas creaciones del poeta,
do su gran alma nos dejó esculpida.

—

¡Cuán bien nos pinta la inquietud secreta
del sacerdote que consigo mismo
combate sin cesar como un atleta! (1)

¡que ama y lucha á la vez con heroismo,
y ve rodar sin gloria ni esperanza
su patria y su virtud hácia el abismo!

Cuando esparciendo el odio y la matanza,
la morisma feroz salva el Estrecho
y cual torrente incontrastable avanza

ante el imperio gótico deshecho,
la pasión insensata que le oprime,
con sacrílego ardor le abrasa el pecho.

Y llora, y tiembla, y se retuerce, y gime,
y sólo á costa de la inútil vida
de sus perpétuos votos se redime.

¡Cayó en el campo del honor! La herida
anticipó su fin; pero él llevaba
la muerte en sus entrañas escondida.

(1) La novela *Eurico el Presbítero.*

¡Ay! ¿En qué corazón, rugiente y brava,
no estalla, en horas de incurable duelo,
la rebelión de la materia esclava?

¿A quién, alguna vez, con hondo anhelo
la sed de lo imposible no le acosa?
¿Quién no ha soñado en escalar el cielo?

—

Surge después la imagen luminosa
del arquitecto Alfonso, que en su extrema
y ciega ancianidad, aún no reposa. (1)

Le designó la voluntad suprema
para labrar maravilloso templo,
y es forzoso que acabe su poema.

De su viril constancia ante el ejemplo,
¡con cuánta angustia, de la Edad presente,
la vergonzosa indecisión contemplo!

Incrédula, dudosa, indiferente,
lidia sin fe, sin convicción se agita,
y no acierta á explicarse lo que siente.

Ya con sordo fragor se precipita,
como el alud del monte, ya asustada
los hierros del esclavo solicita.

Sigue rebelde ó sierva su jornada,
y más que al ruego, al látigo obedece
¡ay! cuando nó vencida, fatigada.

—

Ante ésa sociedad que desfallece,
del inspirado artista la figura
¡cuán excelsa á mis ojos resplandece!

Lleno de genio, edificar procura
alta y extensa bóveda, que sea
terror y pasmo de la Edad futura.

Acariciando su arriesgada idea,
cual padre cariñoso, con tranquila
majestad se consagra á su tarea.

El pueblo se estremece y horripila
al comprender su temerario empeño,
y él mismo alguna vez duda y vacila.

(1) La narración histórica titulada *La Bóveda.*

—¿No pudiera, en verdad, ser el diseño
de la atrevida y portentosa nave,
la irrealizable concepción de un sueño?

¿Acierta? ¿Se equivoca? ¡Quién lo sabe!—
Todos son juicios, cálculos y asombros.
Pero él decide, resignado y grave,

enterrar su vergüenza en los escombros,
y si decreta Dios la infausta ruina,
recibirla impertérrito en sus hombros.

¡Dichoso ciego á quien la fe ilumina!
Su ardor redobla en la animosa empresa
y la admirable fábrica termina.

Derríbase, por fin, la selva espesa
de cimbras y pilares, y el espanto
es en todos mayor que la sorpresa.

Quedó desierto el templo sacrosanto,
y el noble viejo en éxtasis divino,
con sus ojos sin luz, mas nó sin llanto,

solo, abstinente, orando de contino,
vivió esperando hasta el tercero día
la catástrofe horrenda que no vino.

Y la imponente nave todavía,
inmóvil cual granítica montaña,
el furor de los siglos desafía.

—

¡Oh anciano ilustre, tu sublime hazaña,
de la dura labor á que se entrega
nuestra razón, el simbolismo entraña!

Aunque cansada del trabajo y ciega,
obediente á las leyes que la rigen,
sin cesar edifica, y no sosiega.

Dóciles á su voz desde su origen,
los pueblos con ruidosa incertidumbre
el monumento de su gloria erigen.

Teme á veces la ignara muchedumbre
que la nave espaciosa venga al suelo,
vencida por su inmensa pesadumbre;

mas la razón serena y sin recelo
sabe bien que en sus ejes de diamante
segura está la bóveda del cielo.

No caerá, nó, porque el varón constante
deseche el miedo, y con afán profundo
en alas de la ciencia se levante.

¡Ah! si hubiese cedido al infecundo
pavor que nuestras almas encadena,
Colón no hubiera descubierto un mundo.

—

La duda nuestros ímpetus refrena,
abre anchuroso cáuce al egoismo,
y sólo funda en movediza arena.

¡Pero, no es fácil resistir! Yo mismo,
que deploro su mal, mis horas paso
incierto entre los cielos y el abismo.

Herido á un tiempo por el brillo escaso
de un moribundo sol, que lentamente
va cayendo en las sombras del Ocaso,

y por la tibia aurora que en Oriente
empieza á despuntar, tambien vacilo,
y apenas sé dónde posar mi frente.

¡Ay! ¿Quién puede, con ánimo tranquilo,
dar la triste y postrera despedida
al dulce hogar que le sirvió de asilo?

¡Mas basta ya de indecisión! La vida
se engrandece al calor de otras ideas
que nos muestran la tierra prometida,

y en ciudades, y en campos, y en aldeas
resuena el coro universal que canta
á la naciente luz: —¡Bendita seas!

Tu fulgor, que los orbes abrillanta,
sólo á la negra noche, engendradora
de monstruos y de crímenes, espanta.

—

¡Quién pudiera á los rayos de esa auror[a]
los seres convocar que de Herculano
forjó la fantasía soñadora!

Pero no abrigo el pensamiento vano
de animar las figuras colosales
que con diestro cincel labró su mano.

Las místicas angustias, las mortales
ánsias, los rencorosos extravíos,
que él presenta patéticos y reales,

rebosarían de los versos míos,
si en ellos contenerlos intentara,
cual de sus cáuces los hinchados ríos.

—

Mas no tan sólo en la región que avara
las ficciones y fábulas encierra,
se abrió camino su razón preclara.

Como rayo de sol que se soterra
por ocultos resquicios, é ilumina
los recónditos senos de la tierra,

el negro cráter, la profunda mina
y la gruta de abrojos resguardada
que conoce no más fiera dañina,

así del vate la sagaz mirada
penetró, fulgurando, en los oscuros
y hondos abismos de la Edad pasada.

Y descifrando en los ciclópeos muros
de tan lóbregos antros, los inciertos
signos para allegar datos seguros,

buscaba en los sepulcros entreabiertos
de los tiempos antiguos, la memoria
casi perdida de los siglos muertos.

Si cuando, atormentado por la gloria,
con animoso espíritu escribía
del pueblo portugués la épica historia,

la fanática y torpe hipocresía,
medrosa de la luz, no hubiese roto
su pluma de oro, en que irradiaba el día;

si en medio del frenético alboroto
de envidiosas calumnias, él no hubiera
hecho de enmudecer solemne voto;

el monumento que con fe sincera
quiso alzar á la patria su erudito
y vasto ingenio, perdurable fuera.

Fuera como esas moles de granito
en que pueblos gigantes que no existen,
sus ya ignorados fastos han escrito.

¿Dó sus glorias están? ¿En qué consisten?
¿Qué resta de ellos en el mundo? Nada:
las pirámides sólo, que aún resisten.

—

Esa Historia, entre tantas celebrada,
del egregio Herculano obra maestra,
¡ay! quedará por siempre inacabada.

Pero tan raras perfecciones muestra,
que es, y será en los siglos venideros,
gloria de Portugal.... ¡y también nuestra!

¿Por ventura los débiles linderos
que la discordia entre nosotros puso,
han roto nuestros vínculos primeros?

Hermanos son el español y el luso,
un mismo origen su destino enlaza,
y Dios la misma cuna les dispuso.

Mas aunque fuesen de enemiga raza,
la generosa tierra en que han crecido
con maternal orgullo los abraza.

¿Á quién importa el rumbo que han seguido?
Dos águilas serán de opuesta zona,
que en el mismo peñón hacen su nido.

Ese sol que les sirve de corona,
con torrentes de luz sus campos baña
y sus frutos idénticos sazona.

Juntos pueblan los términos de España,
y parten ambos con igual derecho
el mar, el río, el llano y la montaña.

Cuando algun invasor, hallando estrecho
el mundo á su ambición, con ellos cierra,
la misma espada les traspasa el pecho.

El mismo hogar defienden en la guerra,
el mismo sentimiento los inspira,
cúbrelos al morir la misma tierra,

y tan unidos la razón los mira,
como los fuertes dedos de una mano
y las cuerdas vibrantes de una lira.

¡Ay! cuando luchan con rencor tirano,
pregunta Dios al vencedor impío:
—¡Caín, Caín, qué hiciste de tu hermano!—

Juntos mostraron su indomable brío
en lid reñida, infatigable y fiera,
contra un poder despótico y sombrío.

Y juntos alzarán, cuando Dios quiera
poner fin á su mútua desventura,
una patria, una ley y una bandera.

—

Por eso ante la humilde sepultura
que guarda al más insigne de tus hijos,
España ¡oh Portugal! su llanto apura,

y en ti sus nobles pensamientos fijos,
acude ansiosa á consolar tus penas;
pero no á compartir tus regocijos.

Podrá el recelo ruin, si no le enfrenas,
hacer que el odio entre nosotros cunda,
y no luzcan jamás horas serenas;

podrá impedir nuestra unidad fecunda;
mas no evitar que de mi patria el llanto
con el que tú derrames se confunda.
¡No lo conseguirá! ¡No puede tanto!

Diciembre de 1877.

AL DOLOR.

I.

Tú nos recoges al nacer, y en vano
es luchar contra tí. Nunca vencido,
la vida universal siempre ha gemido
sujeta al férreo yugo de tu mano.
¡Ay! si en la inmensidad tu soberano
poder, sobreponiéndose al olvido,
el llanto condensase que ha vertido
desde su origen el linaje humano;
si la lóbrega nube reventara
y bajo su espantosa pesadumbre
en lluvia torrencial se desatara,
tocando el mundo en su postrero día,
el diluvio de lágrimas, la cumbre
de los más altos montes, cubriría.

II.

¿Quién escapa de tí? ¿Quién tu castigo
evita? ¿Quién se esconde á tu mirada?
Desde que el hombre emprende su jornada
de la cuna al sepulcro, va contigo.
Mas no con torpe lengua te maldigo
¡oh Dolor! cuya fuerza incontrastada,
como Dios sacó un mundo de la nada,
sacas del mal la luz que adoro y sigo.
Fuerte artista que labras tu escultura,
el bloque humano sin piedad golpeas
y el bien arrancas de su entraña dura.
Chispas de tu cincel son las ideas
con que iluminas nuestra noche obscura
cuando tus obras inmortales creas.



PARTE SEGUNDA.

POEMAS

RAIMUNDO LULIO.

A UN AMIGO DE LA INFANCIA.

Acoge cariñoso,
Como sencilla ofrenda que tributo
A nuestro antiguo afecto,
Mis pobres cantos de *Raimundo Lulio.*

Esta doliente historia
Encierra un grave pensamiento, oscuro
Quizás, porque mi musa
Ni engrandecerle ni aclararle supo.

De la atrevida Ciencia
Que huye de Dios, y en su rebelde orgullo
Con sus fulgores sólo
Quiere llenar los cielos y los mundos;

De esa Ciencia á que rinde
La vanidad del hombre ciego culto,
Y que persigue siempre
Con sacrílego afán y ardor impuro;

Por quien, obedeciendo
De su apetito al indomable impulso,
Mancha las sacras aras,
Y á Dios disputa su poder augusto:

En Blanca, en esa hermosa
Blanca, sueño y delirio de Raimundo
El símbolo terrible,
El triste emblema presentar procuro.

¡Ay! cuando devorado
Por insaciable sed, loco y convulso
Piensa alcanzar el hombre
De su soberbia el anhelado fruto,

¿Qué encuentra? Eterna duda,
Eterno hastío entre el placer oculto,
Y bajo regias galas
La horrible podredumbre del sepulcro.

Mas no porque condene
Esos, que errores de la Ciencia juzgo,
Para extirparlos pido
El auxilio sangriento del verdugo.

Impuestas por la fuerza,
O por la vil superstición del vulgo,
Odiosas me serían
La verdad y la fe que ansioso busco.

Hijo soy de mi siglo,
Y no puedo olvidar que por el triunfo
De la conciencia humana,
Desde mis años juveniles lucho.

Por bárbaro rechazo
De la brutal intolerancia el yugo,
Y quiero en campo abierto
Libremente lidiar con el absurdo.

CANTO I.

PROFANACIÓN.

Como el radiante sol cuando declina,
La vida con sus últimos reflejos
Nuestros yertos recuerdos ilumina,

Y vemos todos, al llegar á viejos,
El muerto bien que la memoria guarda
Más rico de color cuanto más lejos.

Hoy que la edad me postra y acobarda,
Mi pasada ilusión cruza furtiva,
A través de los años más gallarda.

¡Oh visión misteriosa y fugitiva,
Que remontaste apresurada el vuelo
Al centro de la luz eterna y viva!

¡Oh Blanca mía! ¡oh Blanca de Castelo,
A mis ojos tan casta y luminosa
Como las mismas vírgenes del cielo!

Resplandecían en tu faz hermosa
El ampo de la nieve immaculada
Y el matiz perfumado de la rosa.

Y era tanto el poder de tu mirada,
Tan intensa su luz, que sus destellos
Penetraron en mí como una espada.

Coronaban tu frente los cabellos
Como rayos de sol entretejidos,
Para que el alma se prendiera en ellos

Y estaban mis potencias y sentidos
Suspensos del aliento de tu boca,
Tierno regazo de ósculos dormidos.

Te ví y te amé con la pasión más loca
Que puede contener el alma humana
Cuando en la altura de sus sueños toca.

¡Cuántas veces al pié de tu ventana,
Siempre cerrada para mí, llorando
Me sorprendió la luz de la mañana!

Jamás tu acento melodioso y blando
Dió forma á una promesa lisonjera,
Y entre el cariño y el temor luchando,

A un tiempo mismo generosa y fiera,
Parecían decir á mi deseo
Tus ojos: ¡Nunca! — y tu silencio: ¡Espera!

¡Ay, qué terrible incertidumbre! Creo
Que es menor la ansiedad, menor la duda
Con que el fallo mortal aguarda el reo.

Mas siempre, siempre en la contienda ruda
De mi invencible amor, sombra querida,
Te hallé á mi ruego impenetrable y muda.

¡Qué miserable vida fué mi vida!
Brotaban los sollozos de mi pecho
Como estalla la llama comprimida.

Y de noche, agitándome en el lecho,
De día, persiguiéndote incesante
Con la torpe insistencia del despecho,

Cuanto menos querido, más amante,
Miraba trascurrir, ardiendo en ira,
Como un siglo de angustias cada instante.

¡Qué solitario y tétrico suspira
El corazón que osado se levanta
Y en su delirio á lo imposible aspira!

La esperanza del hombre es arpa santa:
Pulsa la fe sus cuerdas, y sublime
En medio del dolor, preludia y canta.

Mas si con mano bárbara le oprime
El vil recelo, estéril y cobarde,
En medio del placer, se rompe y gime.

Haciendo de mi amor público alarde,
Por las calles de Palma te seguía
Una tarde de Abril. ¡Qué hermosa tarde!

El sol su excelsa majestad hundía
En el seno del mar, con sus fulgores
Arrebolando el término del día,

Y llenaban el aire esos rumores
Que despiertan, abriendo su capullo
A los besos del céfiro, las flores.

De las palomas el sentido arrullo,
El sonoro bullir de las corrientes,
Del viento y de las hojas el murmullo,

Todo inspiraba al corazón ardientes
Y tenaces deseos; todo amaba,
Auras y flores, pájaros y fuentes.

En árabe corcel, que levantaba
Nubes de polvo al estampar su huella,
Y el duro freno indómito tascaba,

En pos de tí, que pudorosa y bella
Recatabas la faz, con paso lento
Iba yo á impulsos de mi negra estrella.

Súbito, arrebatado pensamiento
Turbó mi juicio, y removió las heces
De mi amargo pesar y mi tormento:

Recordé con furor tus esquiveces,
Sentí en el corazón la mordedura
De la sospecha ruin, una y mil veces,

Y descompuesto, ciego en mi locura,
Al inquieto corcel piqué la espuela,
Para alcanzar por fuerza mi ventura.

Tú, como el ave que azorada vuela
Lanzaste un grito de terror, el grito
De la honrada virtud que se rebela.

Sin duda el hondo torcedor maldito
Que excitaba mi afán y mis enojos
Debiste ver en mi semblante escrito,

Porque cayendo atónita de hinojos,
Rígida y sin color como una muerta
Volviste á mí los espantados ojos.

La calle estaba, por tu mal, desierta,
Y ya creía en mi febril anhelo
El triunfo fácil y la dicha cierta,

Cuando de pronto, alzándote del suelo,
Hácia una iglesia gótica cercana
Avanzaste veloz, clamando al cielo.

Muda de asombro y confusión la anciana
Que te seguía, penetró contigo
En la augusta basílica cristiana,

Y yo ¡insensato! — con horror lo digo —
Provocando de Dios el justo fallo
Al bruto indócil apliqué el castigo;

Hizo sonar su endurecido callo
En las losas del atrio, y de repente
Dentro del templo me encontré á caballo.

Lo que entonces pasó, no habrá quien cuente:
Sé que al verme llegar pálido y fiero
Corrió sordo rumor entre la gente;

Que trastornado yo, pero altanero,
En torno las miradas revolvía,
Acariciando el puño de mi acero,

Y que con pompa abrumadora y fría
Un helado cadáver en la cumbre
Del enlutado túmulo yacía.

De los blandones la rojiza lumbre
Reverberando en los bordados de oro;
El pasmo de la absorta muchedumbre;

De la terrible música el sonoro
Raudal, que con los rezos confundido,
Inundaba la nave desde el coro;

El ronco *Miserere*, ese gemido
De nuestra vanidad, que brilla apenas
Para perderse en el eterno olvido;

Todo, mezclado con mis propias penas
Condenaba mi intento temerario
Y el calor apagaba de mis venas.

Me pareció que de su oscuro osario
Alzábanse los muertos con estruendo,
Envueltos en fúnebre sudario.

Helóseme la sangre, y revolviendo
Con ímpetu el rendal, gané la puerta,
De mi conciencia amedrentada huyendo,
Lívido el rostro y la mirada incierta.

CANTO II.

INSOMNIO.

Mi caballo, sintiendo el acicate
Y no la brida, abandonada y suelta,
Salió escapado con furioso embate.

La atropellada multitud, envuelta
En el espeso polvo del camino,
Me apostrofaba enérgica y resuelta.

Pero yo, como el raudo torbellino
Que á través de los bosques se abre paso,
Avanzaba frenético y sin tino.

Falto de aliento, de vigor escaso,
Iba como la seca y móvil hoja
Al impulso del viento y del acaso.

Poco á poco el temor y la congoja
Fueron cediendo; recobré el estribo,
Con mano firme aseguré la floja

Y descuidada rienda, erguíme altivo,
Y lentamente hácia el paterno techo
Retrocedí cansado y pensativo.

Arrojéme sin fuerzas en el lecho,
Y con furor reconcentrado y rudo
Herí mi frente, desgarré mi pecho.

Como si atara mi garganta un nudo
Pugnaba por gritar y no podía,
Porque el dolor que se desborda es mudo.

¡Noche de insomnio, noche de agonía,
Que vives, ¡ay! en mi memoria impresa
Con indelebles rasgos todavía!

¡Aún tiemblo de pavor! Al hacer presa
La calentura en mí, formas extrañas
Se destacaron de la sombra espesa.

Híbridos monstruos, fieras alimañas,
Trasgos y espectros espantosos, hijos
Del fuego abrasador de mis entrañas,

Al par deslumbradores y prolijos
Revolaban en torno de mi frente,
Con sus ojos de luz, siempre en mí fijos.

Y en el círculo tú, resplandeciente
Como la estrella matutina, muda
Como el pudor, como el amor ardiente,

Mostrándote á mi afán, medio desnuda
Confuso el rostro, palpitante el seno
Cual la virtud que desfallece y duda,

Con blando halago, de promesas lleno,
Como nunca gozaron los mortales,
Soltabas, ¡ay! á mi pasión el freno.

Yo, rompiendo los diáfanos cendales
Que te envolvían, con hambrientos ojos,
Devoraba tus formas virginales,

Y esclavo de mis lúbricos antojos,
Vencido por el lánguido embeleso
De tu húmeda pupila y labios rojos,

De mi amante ilusión en el exceso,
Extático y dichoso hubiera dado
Mi eternidad de gloria por un beso.

¡Por un beso no más! Desesperado,
Atropellando la medrosa hueste
De monstruos que giraban á mi lado,

Quise alcanzarte, aparición celeste,
Y las manos tendí con desvarío
Para rasgar tu inmaculada veste;

Pero hallé un esqueleto hórrido y frío
Que al deshacerse en mis convulsos brazos
Exclamaba llorando: — ¡Ay, amor mío!

Y bajo la opresión de estos abrazos
De muerte, de estos punzadores goces,
Mi corazón saltaba hecho pedazos.

Y otra vez, dando incomprensibles voces,
Volvían los abortos del mareo
A perseguirme airados y veloces.

Y otra vez, ofreciéndote en trofeo
A mi imposible amor, te descubría
Más cerca y más radiante mi deseo....

¿Cuánto duró la fiebre? No sabría
Decirlo: sé que sonrosada y bella
Calmó mi ardor la claridad del día.

¡Ay! á juzgar por la profunda huella
Que el dolor dejó en mí, duró las horas
De mi edad juvenil la noche aquella.

Huyeron las visiones tentadoras
A la naciente luz, con manso ruido
Batió el sueño sus alas bienhechoras;

Y como el gladiador, que ya rendido,
El postrer golpe resignado espera,
Cerré los ojos y perdí el sentido.

Ya el sol en la mitad de su carrera,
Desparramaba sobre el ancho mundo
Su fúlgida y dorada cabellera,

Cuando saliendo yo de mi profundo
Letargo, alcéme triste y macilento
Como vuelve á la vida el moribundo.

En medio de mi vago aturdimiento
Recordé tus ofensas, tan contrito
Como espantado de mi loco intento,

Y buscando el perdón de mi delito
Estos versos tracé, que de buen grado
Hubiera con mis lágrimas escrito:

«¡Oh Blanca! Cierto que la culpa mía
Es grande: ni la oculto ni la niego.
Pero vencido por mi humilde ruego
Dios al mismo Luzbel perdonaría.

Injusta pena por demás sería
La que impusieses, cuando ve el más ciego
Que aviva tu desdén mi amante fuego
Y es causa tu rigor de mi porfía.

¡Oh mi vida! ¡Oh mi luz! ¡Oh mi esperanza!
Ahógame entre tus brazos, si á moverte
Mi fervorosa súplica no alcanza.

Que yo al morir bendeciré mi suerte,
Pues será compasión y no venganza
Darme en tu seno cándido la muerte».

Berenguer de Pedralves, mi criado,
Animoso y resuelto, halló camino
De entrar en tu mansión, sin ser notado.

Encomendé mi carta á su buen tino,
Y tal maña se dió, que en plazo breve
Con la respuesta inesperada vino.

Quien sienta y sufra como yo, quien pruebe
La esquiva condición de un pecho ingrato
Para el amor de endurecida nieve,

Ese quizás comprenda el arrebato
Con que tu carta abrí, sin que acertara
A entender su enigmático relato:

«Mísera y desdichada criatura,
Lamento vuestro error, y le perdono.
Mas ¿quién me guardará de vuestro enconc
Si en la casa de Dios no estoy segura?

Nada vale la efímera hermosura
Con que, sin pretenderlo, os aprisiono.
Dejad que se marchite en su abandono,
Y alzad los ojos á mayor altura.

Pero si con mi ruego no os obligo,
Rompiendo para siempre nuestros lazos,
A separaros del amor terreno;

Si es para vos piedad y no castigo
Hallar la muerte en mis crispados brazos,
Venid, que acaso dormirá en mi seno».

Era la cita misteriosa y rara;
Mas cuando la pasión nos precipita,
¿Quién en vanos escrúpulos repara?

— A un tiempo mismo — murmuré — me incita
Y me desprecia. La razón no acierto;
Pero ¿qué importa? Acudiré á la cita. —

Y cuando en mi amoroso desconcierto
Esto decía, lúgubre y lejana
En los aires vibró, doblando á muerto,
La penetrante voz de una campana.

CANTO III.

LA CITA.

La negra noche su enlutado manto
Por la serena atmósfera tendía
Con inefable y misterioso encanto.

¡Cuánta tristeza y cuánta poesía
En el herido corazón despierta
Ese adios melancólico del día!

La luz crepuscular pálida y yerta
Que pasa, se amortigua y desvanece
Como recuerdo de esperanza muerta;

La muda sombra que impalpable crece.
Y á semejanza del dolor humano
Todo lo apaga y todo lo oscurece;



Cediendo á un movimiento repentino,
corre á su lado, estática se queda
contemplando en silencio á la rapaza,
y una caricia compasiva enlaza
el vil harapo á la opulenta seda.

Aquel silencio, de la muerte hermano,
Que extingue los latidos de la vida
En la selva, en la cumbre y en el llano:

Aquel suave silencio que convida
Al sueño; aquella soledad suprema,
A la paz del sepulcro parecida:

El fulgor de la luna, casto emblema
Del doméstico hogar puro y honrado,
Que alumbra y da calor, pero no quema;

El infinito espacio, tachonado
De innúmeras estrellas, que el camino
Señalan de otra patria al desdichado,

Y son el jeroglífico divino
Que en la bóveda inmensa Dios imprime
Para enseñar al hombre su destino:

Todo es en tí patético y sublime,
¡Oh noche augusta! para el alma inquieta
Que duda y ama, que medita y gime.

Esperé, pues, con la ansiedad secreta
Del que sueña en cercanas alegrías,
A que la lobreguez fuese completa,

Y dando suelta á las pasiones mías
Perdíme, entonces, de temor ajeno,
Por calles solitarias y sombrías.

Insensible mi espíritu sereno
A los siniestros cuentos y consejas
Que inventa el vulgo, de aprensiones lleno,

Altivo, con la capa hasta las cejas
Y la mano en el pomo de la espada,
Palpitando de amor llegué á tus rejas.

Tú aguardabas allí, triste, callada,
Inmóvil, como estatua misteriosa
En su lecho de piedra incorporada;

Y al verme, con palabra recelosa,
Tenue como el suspiro comprimido
Que del deshecho corazón rebosa,

— ¡Cuán desgraciada soy! ¡Habeis venido! —
Dijiste, alzando la mirada al cielo
Y arrancando del alma hondo gemido.

— ¿Tánto me aborreceis, que os causa duel
Mi presencia — exclamé — cuando en el mund
Cifro en vos, sólo en vos, todo mi anhelo? —

— Quizás os pese y lo lloreis, Raimundo —
Respondiste con voz solemne y grave
Como el último adiós del moribundo.

Llegué á tu puerta, rechinó la llave,
Abrió y entré. Lo que en aquel momento
Pasó dentro de mí, nadie lo sabe.

La rápida explosión de mi contento
Tan ruda fué, que atónito y confuso
Detuve el paso hasta cobrar aliento.

¡Con qué placer mi corazón iluso
Vió entonces acortarse la distancia
Que tu rigor entre nosotros puso!

Sobrecogido penetré en tu estancia,
En aquella mansión tranquila y pura
Como los castos sueños de la infancia.

De una lámpara de oro la insegura
Y vacilante luz, con noble empleo
Alumbraba de lleno tu hermosura.

¡Ay! á despecho de la edad, aún veo
Tu imagen melancólica y esbelta
Como jamás la sospechó el deseo.

En níveo traje desceñido, envuelta,
Por tu gallarda espalda descendía
La cabellera destrenzada y suelta.

Tu mirada, fijándose en la mía,
Intensa como el rayo y penetrante
La sangre de mis venas encendía.

Tímida, ruborosa y anhelante,
Con la impresión de la inquietud y el miedo
Retratada en tu angélico semblante,

Me viste aparecer, y con el dedo
Mostrándome un sitial, por vez primera
Tu labio me llamó, quedo, muy quedo.

Y al pronunciar mi nombre, tu voz era
Como arrullo de tórtola que anida
Y al tierno esposo enamorada espera.

De impaciencia y temor el alma henchida
Obediente moví la débil planta
Y á tus piés me postré, luz de mi vida.

A tus piés me postré; pero con tanta
Agitación, que demudado y frío
Sentí ahogarse la voz en mi garganta:

Hasta que al fin como el hinchado río
Que se desborda y precipita ciego,
Estalló sordamente el amor mío.

Y estalló con sus cláusulas de fuego,
Con su expresión incoherente y rota
Por el halago, y la pasión, y el ruego;

Con ese dulce cántico que brota
Al fecundo calor de una mirada,
Y lleva una ilusión en cada nota;

Con esa breve frase entrecortada
Que al morir en los labios, adivina
El corazón de la mujer amada,

Música de las almas, peregrina,
Que con suspiros trémulos empieza
Y con vibrantes ósculos termina.

No sé lo que te dijo mi terneza
Entonces: sé que al escuchar mi acento
Doblaste blandamente la cabeza;

Sé que en tu irresistible arrobamiento,
Más de una vez, á tu pesar, sin duda,
Se confundió tu aliento con mi aliento;

Sé que en aquella prueba áspera y ruda,
Tú, en amorosas lides inexperta,
Debiste al cielo demandar ayuda:

Sé — y al profundizar mi herida abierta
Aún abundantes lágrimas derramo —
Que conmovida, fascinada, incierta,

Como pobre avecilla que al reclamo
Acude presurosa, me dijiste
En mis brazos cayendo: — ¡Te amo! ¡Te amo! —

¿Qué más pude escuchar? ¿Ni quién resiste
Al grato influjo de la voz querida,
A un tiempo mismo apasionada y triste?

Dentro de mí se engrandeció la vida,
Y ante mis ojos fulguró cercana
La dicha ansiada y nunca conseguida.

Y te abracé con fuerza sobrehumana,
Y mis labios ardientes dejé impresos
¡Ay! en los tuyos de encendida grana.

Y sentí penetrar aquellos besos
Que arrebataba á tu inocencia esquiva,
Cual plomo derretido, hasta mis huesos.

Ya, redoblando mis esfuerzos, iba
A vencer tu virtud lánguida y yerta,
Cuando de pronto, sacudiendo altiva

La noble frente, de rubor cubierta,
Me rechazaste pálida y convulsa
Exclamando: — ¡Jamás! ¡Primero muerta! —

Como es ciego el amor que nos impulsa,
Tomé por la postrera llamarada
Del pudor vacilante tu repulsa.

Y te busqué otra vez, y acongojada
Reprimiste otra vez mi atrevimiento,
Diciéndome con voz ronca y ahogada:

— ¡Soy débil, perdonadme! En vano intento
Sofocar mi pasión, que ya no puede
Permanecer oculta. ¡Harto lo siento!

Dios no permite que en la sombra quede
Comprimido este afán que me consume:
El alma mía á sus impulsos cede.

Y cual la violeta que presume
De modesta y humilde, aunque se esconda
Revela dónde está con su perfume,

Es inútil querer que no responda
Al fuego inextinguible en que me abraso,
Mi agitación desordenada y honda.

Sabedlo, pues; ¡pero olvidadme! ¿Acaso
Debo pensar en el amor terreno,
Yo, moribunda y triste ave de paso?

Esto soy, esto ansiais, éste es el seno
Dónde la muerte os pareciera hermosa.
Ved lo que guarda. ¡Podredumbre y cieno! —

Y con mano alterada y temblorosa
Descubriste tu pecho, carcomido
Por repugnante llaga cancerosa.

—¡Ay!—dijiste cayendo sin sentido
Al contemplar mi horror:—¿Me amábais tanto
Que á robarme la vida habeis venido?—

Yo, mudo de estupor, con el espanto
Pintándose en mi faz desencajada,
Pudiendo apénas reprimir el llanto,

Ví deshacerse en polvo, en humo, en nada
Mis ensueños, mi gloria, mi alegría,
El encanto del alma enamorada.

Y sentí, bajo el golpe que me hería,
Vacío el corazón, vacío el mundo,
Hasta la misma inmensidad vacía.

Trastornóse mi vida en un segundo,
Y como aquel á quien del sueño arranca
Dolor extraño, insólito, profundo,

Dando á mi exaltación salida franca,
¡Blanca!—gemí desesperado, al verte
Caer cual ave herida:—¡Blanca, Blanca!

¡Oye mi ruego! ¡Unamos nuestra suerte!
Mas, ay! que sólo al llamamiento mío
Contestaba el silencio de la muerte.

En mi airado y frenético extravío,
De Dios y de los hombres olvidado
Cogí en mis brazos tu cadáver frío,

Le estreché con furor, y arrebatado
Besé tu boca lívida, aún caliente,
Como nido recien abandonado.

Y así hubiera seguido eternamente
Abrazado á tus míseros despojos,
Ajeno á todo, á todo indiferente,

Helado el corazón, turbios los ojos,
Si no hubiera sentido de improviso
Rumor de gente y ruido de cerrojos.

Piadoso el cielo con aquel aviso
Quizás volverme la razón perdida
Y poner fin á mis angustias quiso.

Otra vez, en señal de despedida,
Posé mis labios en tu faz serena,
Y en aquel beso te dejé mi vida.

Salí. La noche trasparente, llena
De reposo, insultaba mi tormento
Y parecía escarnecer mi pena.

Templó mi fiebre abrasadora el viento
Bullicioso y sutil, y más tranquilo
Dijo en la soledad mi pensamiento:

—¡Mundo engañoso, adiós! Rompióse el hilo
Que me ligaba á tí, y en su regazo
La religión me prestará un asilo.

Unió la muerte con estrecho lazo
Nuestras almas ¡oh Blanca de Castelo!
Mi senda es fatigosa; pero el plazo
Breve y seguro. ¡Espérame en el cielo!

IDILIO.

I.

¡Oh recuerdos, y encantos, y alegrías
De los pasados días!
¡Oh gratos sueños de color de rosa!
¡Oh dorada ilusión de alas abiertas,
Que á la vida despiertas
En nuestra breve primavera hermosa!

II.

¡Volved, volved á mí! Tended el vuelo
Y bajadme del cielo
La imagen de mi amor, casto y bendito.
Lucid al sol las juveniles galas,
Y vuestras leves alas
Refresquen, ay! mi corazón marchito.

III.

Era á principios del ardiente Julio.
Harta de Marco Tulio,
Ovidio y Plato, *Anquises* y *Medea,*
Rompiendo su enojosa disciplina,
La turba estudiantina
Regresaba con júbilo á su aldea.

IV.

¡Hace ya tanto tiempo! era yo mozo
Negro y sedoso bozo
Mi sonrosado labio sombreaba.
Emprendí cuando todos mi camino
Galopando sin tino.
¡Mi bondadosa madre me esperaba!

V.

¿Y nadie más? ¡Ay! sí. Mi compañera
Alegre y hechicera
En los mejores años de la vida;
La inseparable amiga de mi infancia,
Flor de inmortal fragancia
Que llevo en mis recuerdos escondida.

VI.

Niña de corazón sencillo y puro,
En el rincón oscuro
De humilde pueblo se crió conmigo.
Encontróse al nacer huérfana y sola;
Pero mi hogar prestóla
Blando regazo y paternal abrigo.

VII.

No alteró nuestra dicha sombra alguna:
En nuestra honrada cuna
Nos durmió un mismo beso, un mismo canto.
Juntos como dos pájaros crecimos,
Y juntos compartímos
La pena, el gozo, la inquietud y el llanto.

VIII.

¡Cuán hondo surco en mi memoria labra!
La primera palabra
Que balbució su labio fué mi nombre.
Yo la enseñé con fraternal cariño
Las plegarias del niño,
Que suele á veces olvidar el hombre.

IX.

Desde el alba hasta el término del día
La gente nos veía
Vagar sin rumbo en infantil concierto.
Siempre andábamos juntos! Siempre unidos
Buscábamos los nidos
En los frondosos árboles del huerto.

X.

¡Cuántas veces con sustos y congojas
Entre las verdes hojas
Crujir sentímos la insegura rama,
Y antes de aprovecharnos del aviso,
Hallámos de improviso
Lecho impensado en la mullida grama!

XI.

¡Cuántas veces corriendo descuidados
Por viñas y sembrados
Nos postró la fatiga del camino,

Y á la luz del crepúsculo, ya escasa,
Volvíamos á casa
En el carro de miés de algún vecino!

XII.

Rápidas al pasar y halagadoras
Las no contadas horas
Nos hallaban tranquilos y risueños.
Hasta cuando la noche negra y fría
Piadosa nos rendía,
Juntos los dos jugábamos en sueños.

XIII.

El tiempo deslizóse dulcemente
Como mansa corriente
Que cruza el hondo valle, limpia y clara.
Pero ya tuve edad, y como es uso,
Mi buen padre dispuso
Que mis graves estudios empezara.

XIV.

¡Conservaré el recuerdo mientras viva!
Sin pena á dejar iba
Por vez primera los paternos lares:
Mi amante madre preparaba inquieta
La estudiantil maleta,
Y sin querer llorar, lloraba á mares.

XV.

Mi padre enternecido, aunque severo,
Ensillaba el overo
Que ya esperaba indócil á la puerta.
La hermosa niña, casi adolescente,
Inclinaba la frente,
Callada y sin color como una muerta.

XVI.

En confusión ruidosa, pero grata,
La loca cabalgata
De otros muchachos, á buscarme vino.
Rayaba apenas la rosada aurora.
—¡Vamos, Juan, que ya es hora!—
Gritó la turba y prosiguió el camino.

XVII.

Mi madre entonces con abrazo estrecho
Me atrajo hácia su pecho,
Devorándome á besos trastornada.
Y mi padre decía, ahogado en llanto:
—¡Mujer, no es para tanto!
¡Siempre has de ser así! Lloras por nada.—

XVIII.

Puse fin á la triste despedida,
Monté, tendí la brida
Y seguí en pos del bullicioso bando.
Aún escuché gritar:—¡Que escribas, hijo!—
La niña nada dijo,
Mas se abrazó á mi madre sollozando.

XIX.

¡Fué terrible y patético el momento!
Yo, hasta entonces contento,
Conmovido lloré, perdí la calma.
La ansiada libertad me sonreía;
Pero ¡ay de mí! sentía
Que en aquel pobre hogar dejaba el alma.

XX.

Pocos meses después, de amor henchido,
Tornaba al patrio nido,
Fija en su santa paz mi única idea.
¡Oh ventura! á los últimos reflejos
Del sol, y ya no lejos,
Alcancé á ver la torre de mi aldea.

XXI.

Doblaba lentamente la campana;
Ancha franja de grana
Teñía el cielo de matices rojos;
Sepultábase el sol en el ocaso...
¡Ay! yo detuve el paso,
Y el llanto del placer cegó mis ojos.

XXII.

No tardé en reponerme, y ya sereno
Solté á mi potro el freno,
Dejándole correr á su albedrío.

Volaba envuelto en nube polvorosa;
Pero una voz gozosa
Me contuvo diciendo: —¡Ay, hijo mio!—

XXIII.

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
De la Virgen bendita,
Que sobre loma desigual descuella,
Dándole gracias, por mi vuelta, al cielo,
Con impaciente anhelo
Me aguardaba mi madre, y ¡también *ella!*

XXIV.

Quedéme al verla extático y absorto.
Roto había en tan corto
Plazo el botón de rosa su clausura,
Hiriéndome de pronto como un rayo,
Aquella flor de Mayo
En todo el esplendor de su hermosura.

XXV

Ella estaba encendida, yo confuso.
Por fin mi madre puso
Término á mi ansiedad apasionada:
Observó nuestro tímido embarazo,
Y con amante abrazo
Nos oprimió á los dos enajenada.

XXVI.

En la santa explosión de su alegría
Sus besos repartía
Entre nosotros, anhelante y loca;
Y con afán mi corazón sediento
Aspiraba el aliento
De la púdica virgen en su boca.

XXVII

Mezquino y débil el lenguaje humano
Pretendería en vano
Pintar nuestra emoción intensa y viva.
No es posible decir lo que sentímos;
Pero al lugar volvimos,
Yo cabizbajo y ella pensativa.

XXVIII.

Mas, ¡ay! mi encanto se deshizo en breve.
Duró lo que la nieve
Que no llega á cuajar en la llanura.
¡Un instante no más! Sólo un instante
Animó su semblante
Fugitivo destello de ternura.

XXIX.

No acertaba á explicarme su mudanza:
La ingénua confianza
De la edad infantil trocó en desvío,
Y los alegres juegos que animaron
Nuestra niñez, pasaron
Como pasan las ondas por un río.

XXX.

Apuré la amargura hasta las heces:
A veces grave, á veces
Adusta, y pronta siempre en sus enojos,
Me hablaba sin razón con gesto esquivo,
Y sin ningún motivo
Se llenaban de lágrimas sus ojos.

XXXI.

Desde el alba hasta el término del dia
Ya nadie nos veia
Vagar sin rumbo en fraternal concierto.
Ya no andábamos juntos, ni ya unidos
Buscábamos los nidos
En los frondosos árboles del huerto.

XXXI.

Ya no me acompañaba, y yo, alterado,
Pasaba por su lado,
Tranquilo en la apariencia y satisfecho.
Era oponer la indiferencia al dolo;
Mas al quedarme solo
Se me saltaba el corazón del pecho.

XXXIII.

Entonces ¡ay de mí! pensando en *ella*
Dirigía mi huella
Hácia las ruinas del feudal castillo,

Que sobre estéril y ondulada mota
        Alza su frente rota
Sin almenas, sin puente ni rastrillo.

XXXIV.

Elévase fantástica y disforme
        Aquella mole enorme
Que muestra de los siglos el estrago:
Crece en las hendiduras de la piedra
        La trepadora hiedra
Y al pié del muro el triste jaramago

XXXV.

Sólo las bulliciosas golondrinas
        Turban de aquellas ruinas
La paz solemne con sesgado vuelo,
Y alguna alondra al ascender inquieta,
        Símbolo del poeta,
Que cuando canta se remonta al cielo.

XXXVI.

En muda calma y soledad medrosa
        Parece que reposa
Aquel gigante por la edad rendido.
Hasta un arroyo, que á sus plantas corre
        Y la vetusta torre
Proyecta en su cristal, pasa sin ruido.

XXXVII.

Para vencer mi insoportable tedio,
        Y hallar algún remedio
A mis ansias prolijas y secretas,
Con brazo vigoroso y pié seguro
        Subía por el muro
Buscando apoyo en sus profundas grietas.

XXXVIII.

Agil, robusto, dueño de mí mismo,
        A través del abismo,
Alzábame hasta el fin, no sin trabajo,
Para ver en confusa perspectiva
        La inmensidad arriba
Y la tristeza del silencio abajo.

XXXIX.

Las aves que en la torre se acogían,
Al acercarme huían,
Y solo con mis penas en la altura,
De codos en el ancho parapeto,
Miraba con respeto
El cielo azul y la feraz llanura.

XL.

¡Cuántas veces mi espíritu errabundo,
Apartado del mundo
En aquel torreon del homenaje,
Con íntima y tenaz melancolía
Se engolfaba y hundía
En la infinita calma del paisaje!

XLI.

Ni aislada roca, ni escarpado monte
Del diáfano horizonte
El indeciso término cortaban:
Por todas partes se extendia el llano
Hasta el confín lejano
En que el cielo y la tierra se abrazaban.

XLII.

¡Oh tierra en que nací, noble y sencilla!
¡Oh campos de Castilla
Donde corrió mi infancia! ¡Aire sereno!
¡Fecundadora luz! ¡Pobre cultivo!...
¡Con qué placer tan vivo
Se espaciaba mi vista en vuestro seno!

XLIII.

Cual dilatado mar, la miés dorada
A trechos esmaltada
De ya escasas y mustias amapolas,
Cediendo al soplo halagador del viento
Acompasado y lento,
A los rayos del sol mueve sus olas

XLIV.

Cuadrilla de atezados segadores,
Sufriendo los rigores
Del sol canicular, el trigo abate

Que cae agavillado en los inciertos
Surcos, como los muertos
En el revuelto campo de combate.

XLV.

Corta y cambia de pronto la campiña
Alguna hojosa viña
Que en las umbrías y laderas crece,
Y entre las ondas de la miés madura,
Cual isla de verdura,
Con sus varios matices resplandece.

XLVI.

Serpean y se enlazan por los prados,
Barbechos y sembrados,
Los arroyos, las lindes y caminos,
Y donde apenas la mirada alcanzan,
Cierran la lontananza
Espesos bosques de perennes pinos.

XLVII.

Por angostos atajos y veredas,
Los carros de anchas ruedas
Pesadamente y sin cesar transitan,
Y sentados encima de los haces,
Rapazas y rapaces
Con incansable ardor cantan ó gritan.

XLVIII.

Lleno de majestad y de reposo
El Duero caudaloso
A través de los campos se dilata:
Refleja en su corriente el sol de estío,
Y el sosegado río
Cinta parece de bruñida plata.

XLIX.

Ya oculta de improviso una alameda
Su marcha mansa y leda;
Ya le obstruye la presa de un molino,
Y como potro á quien el freno exalta,
Párase, el dique salta
Y sigue apresurado su camino.

L.

En las tendidas vegas y en las lomas,
Cual nidos de palomas,
Se agrupan en desorden las aldeas,
Y en la atmósfera azul pura y tranquila,
Ligeramente oscila
El humo de las negras chimeneas.

LI.

En las cercanas éras reina el gozo.
Con íntimo alborozo
Contempla el dueño la creciente hacina,
Y mientras un zagal apura el jarro,
Otro descarga el carro
Que bajo el peso de la miés rechina.

LII

Otro en el trillo de aguzadas puntas,
Que poderosas yuntas
Mueven en rueda, con afán trabaja,
Y cual premio debido á su fatiga
Desgránase la espiga,
Y salta rota la reseca paja.

LIII.

Jna pesada tarde en que el bochorno
Como el vapor de un horno
Caldeaba la tierra, embebecido
Y suspenso ante el vasto panorama,
Que al pié se desparrama
De la alta torre, me quedé dormido.

LIV

Ignoro el tiempo que postrado estuve.
Caliginosa nube
Encapotó el espacio, antes sereno.
Dominábame el sueño blandamente,
Hasta que de repente
Me despertó sobresaltado un trueno.

LV.

Era de noche ya. Con hondo espanto
Ví que el lóbrego manto
De las densas tinieblas me envolvía

Recordé el sitio, calculé la altura,
E insólita pavura
Deshizo como sombra mi energía.

LVI.

Quise medir la elevación del muro,
Y se perdió en lo oscuro
Del fondo impenetrable mi mirada.
Grité, volví á gritar: todo fué en vano.
Estaba mudo el llano,
Muda la inmensa bóveda enlutada.

LVII.

Mi invencible terror iba en aumento:
Convulso, sin aliento,
La señal de la cruz besé contrito.
En aquella ocasión volvíme loco,
Y empecé poco á poco
A bajar por la mole de granito.

LVIII.

¡Un siglo para mí fué cada instante!
Bregaba jadeante,
Hincando con furor en la muralla
Manos y piés, tan ciego y trastornado
Como el pobre soldado
Que por primera vez entra en batalla.

LIX.

Volaban junto á mí, tristes y graves,
Las temerosas aves
Que despertaba al descender yo mismo.
¡Ya escuchaba el murmullo del arroyo!...
Mas, ¡ay! perdí el apoyo,
Y oscilando quedé sobre el abismo.

LX.

Me así al ramaje respirando apenas.
La sangre de mis venas
Corrió con ritmo acelerado y duro.
Desvanecido, horripilado, incierto,
Y de sudor cubierto,
Buscaba en vano con mis piés el muro

LXI.

¡Aún el recuerdo abrumador me arredra!
Crujió la débil hiedra
Entre mi mano trémula y crispada.
Súbitamente atravesé el sombrío
Espacio, sentí frío,
Luégo un dolor agudo, luégo... ¡nada!

LXII.

Piadoso el cielo en mi socorro vino.
Recogióme un vecino
Al pié del muro, exánime y maltrecho.
Cuando volví de mi mortal letargo
Vertían llanto amargo
Las prendas de mi amor, junto á mi lecho.

LXIII.

—¡Vive!—mi padre alborozado dijo.
—¡Vive!—con regocijo
Mi madre repitió, mirando al cielo.
Ella en silencio se enjugó los ojos.
Postráronse de hinojos,
Y la santa oración levantó el vuelo.

LXIV.

Penosa fué mi curación y lenta.
Tan recia y violenta
Sacudida sufrí, que estuve inerte,
Postrado y sin hablar noches y dias,
Esperando las frías
Y espantosas caricias de la muerte.

LXV.

¡Cuántas veces en horas de martirio,
Cuando tenaz delirio
Mi razón y mis miembros embargaba,
Cuando la abrasadora calentura
Mi soledad oscura
De visiones terríficas poblaba,

LXVI.

Con la cedosa cabellera suelta,
Forma gentil y esbelta
Parecióme entrever en mi extravío,

Que se acercaba pálida, intranquila,
Clavando su pupila
Con honda angustia en el semblante mío!

LXVII.

¿Era ficción ó realidad? ¡Quién sabe!
¿Soñaba cuando el suave
Calor sentía de furtivo beso
Que se posaba en mí, como se posa
La leve mariposa,
Sin que la débil flor se doble al peso?

LXVIII.

¿Soñaba cuando triste ó satisfecha,
En lágrimas deshecha
O risueña y feliz, según mi estado,
Mirábala sumisa á mis menores
Caprichos y dolores,
Como un ángel de Dios siempre á mi lado?

LXIX.

No sé, ni importa ya; verdad ó sueño,
¿Qué saca el pobre leño,
Despojo inútil de la mar bravía,
Sino hacer más pesadas sus congojas,
Con recordar las hojas
Que le vistieron de verdor un día?

LXX.

Al cabo pude abandonar el lecho;
Mas ¡ay! no sin despecho.
Porque á medida que la sangre ardiente
Daba á mis miembros el vigor perdido,
Mi dulce bien querido
Recobraba su aspecto indiferent

LXXI.

Cierto día, en las horas de la siesta,
Cuando la luz molesta
Y un viento sin rumor todo lo arrasa,
Al pié tendido en la agostada alfombra,
De un árbol cuya sombra
El sol marchita, pero no traspasa.

LXXII.

Dejaba en perezoso enervamiento
Vagar mi pensamiento,
Atormentado de traidora duda.
Ella, cerca de mí, dándome enojos,
No apartaba los ojos
Del bastidor, ensimismada y muda.

LXXIII.

—¿Qué causa su cariño me enajena?—
Con indecible pena
Me preguntaba yo.—¿Por qué me trata
Con tal rigor y tan esquivo ceño?—
De mí no era ya dueño,
Y exclamé sin pensar:—¡Ingrata, ingrata!

LXXIV.

Sin duda percibió mi ahogado grito.
Miróme de hito en hito
Breves instantes, levantóse incierta
Cual si hiciese un esfuerzo sobrehumano,
Y me tendió su mano,
Que á un tiempo estaba temblorosa y yerta.

LXXV.

—¡Sufres!—me dijo con afán.—¿Qué tienes?
¿Con tan fieros desdenes
Paga tu afecto la mujer que adoras?
Tu incurable aflicción me causa miedo.
¡Ay de mí! que no puedo
Sino llorar contigo cuando lloras.—

LXXVI.

Fijéme en ella con sorpresa y pasmo.
¿No era unir el sarcasmo
A la traición? ¿Las burlas al desvío?
La indignación profunda que me ahogaba
Rompió al fin, como lava
Que se convierte en inflamado río.

LXXVII.

—¡Goza, gózate!—dije—fementida,
En enconar la herida
Que con tu injusta indiferencia has hecho.

¡Ojalá fuera fácil olvidarte!
Que por dejar de amarte
Me arrancaría el corazón del pecho.—

LXXVIII.

Yo la ví entonces fascinada y ciega
Llegar á mí, cual llega
La enamorada tórtola al reclamo.
Era débil su voz como un gemido,
Y murmuró á mi oído:
—¿Es cierto? ¡No me engañes, que te amo!

LXXIX.

Quebrante la pasión que me sofoca
La cárcel de mi boca.
¡He llorado en silencio tantos días!
¿No me roban tu amor otras mujeres?
¿Es verdad que me quieres?
¡Si me engañaras, Juan, me matarías!

LXXX.

No sabes que esta bárbara sospecha,
Como acerada flecha
Me ha traspasado el corazón. ¡Ay! ¡cuánto,
Cuánto he sufrido!...—Hablábame gozosa,
Y en su mejilla hermosa
La risa se mezclaba con el llanto.

LXXXI.

Yo la escuchaba extático.... ¡Aún la veo!
¡Aún en el alma creo
Que resuena su voz, su voz vibrante
Como el último acorde de una lira!
¡Aún me llama, aún suspira,
Apasionada siempre y siempre amante!

LXXXII.

Desbordó mi cariño cual desborda
La mar rugiente y sorda,
Y con febril ardor de que me acuso,
Quise estrecharla entre mis brazos, cuando
De súbito llegando,
Entre los dos mi madre se interpuso.

LXXXIII.

Bajé la frente de vergüenza lleno.
En el materno seno
Corrió á ocultar su rostro la doncella.
Clavó mi madre en mí sus ojos graves,
Y dijo: — Cuando acabes,
Si la mereces, Juan, vuelve por ella. —

LXXXIV.

Marché á estudiar con redoblado brío.
Ni el ocio ni el hastío
Mitigaron un punto mi ardimiento
No tuve un solo instante de desmayo.
¡El rayo, el puro rayo
De su amor me encendía el pensamiento!

LXXXV.

¡Terminé al fin!... Mas triste y abatido
Regresé al patrio nido,
Como el que nada busca ni desea.
A los fugaces últimos reflejos
Del sol, y ya no lejos,
Alcancé á ver la torre de mi aldea.

LXXXVI.

Doblaba lentamente la campana.
Ancha franja de grana
Teñía el cielo de matices rojos
Sepultábase el sol en el ocaso....
¡Ay! yo detuve el paso,
Y el llanto del dolor cegó mis ojos.

LXXXVII.

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
De la Virgen bendita
A cuyos muros me llegué temblando,
Aguardábame sola y enlutada
Mi madre idolatrada,
Que se arrojó en mis brazos sollozando

LXXXVIII.

La estreché desolado y convulsivo.
— ¡Murió! ¿para qué vivo? —
Grité con ansia inacabable y fiera.
Mi madre dijo señalando al cielo:
— Dios calmará tu duelo.
¡Es la vida tan corta!... ¡Ora y espera!

Mayo, 1877.

MARUJA.

Cerca de un pueblo, en la frondosa orilla
de caudaloso río que dilata
por ancha vega su raudal de plata,
y en medío de la paz franca y sencilla
con que nos brinda la apartada aldea,
risueño albergue, entre el follaje oscuro
de corpulentos árboles, blanquea.

Alta y segura tapia le rodea,
que cierra y guarda como fuerte muro
el cultivado predio, en que derrama
pródigo Dios sus dones paternales.
Allí de los naranjos y perales
cruje y se dobla la robusta rama
bajo el peso del fruto; allí la higuera
crece en vigoroso poderío,
cuelga la hojosa vid en la colina
y el sauce melancólico se inclina
sobre las aguas del profundo río.
Copudos olmos en abierta hilera
le dan templada sombra entrelazando
su verde y abundosa cabellera,
que el viento mueve con susurro blando,
y mientras que la joven primavera
reparte por do quier hojas y flores,
ocultos en los árboles del huerto
ofrecen los esquivos ruiseñores
al alma triste, arrobador concierto.

En el suave declive de una loma
se divisa al través de la espesura,
tan blanco, cual la cándida paloma
que en medio del vergel repliega el ala,
un palacio de esbelta arquitectura.
Por la pared el heliotropo escala
las altas rejas, esparciendo en torno
el aroma purísimo que exhala;
no lejos de la puerta de cristales
que al vestíbulo da, préstanle adorno
rojos tiestos de plantas tropicales,
y cubriendo el dintel la ardiente cepa

por las tejidas cañas y varales
que la sostienen, se retuerce y trepa.
Un grupo escultural, Venus que abraza
á Adonis moribundo, orna la fuente
que se destaca en el jardín ameno:
cáe el claro raudal de taza en taza,
dando frescura al perfumado ambiente,
hasta el ancho pilón, de peces lleno,
y por diversos cauces repartido
sigue su curso caprichoso y vago,
hasta perderse en trasparente lago
de pintorescas márgenes ceñido.
Del almo sol el vívido destello,
al traspasar el húmedo follaje
el manso lago á trechos abrillanta,
y airoso cisne de enarcado cuello,
esponjando su nítido plumaje
por las dormidas aguas se adelanta.
—El sosegado albergue, la floresta
que la serena atmósfera perfuma,
los olmos que convidan á la siesta,
el lento río, el lago sin espuma,
todo suspende el ánimo y le encanta,
hasta la leve y azulada bruma
que en las distantes cumbres se levanta.

¿Quién, huyendo los pérfidos consejos
de la torpe ambición, que al hombre acosa,
en indolente placidez la olvida,
y de sus luchas implacables, lejos,
en la quietud del campo deleitosa
deja correr sus horas sin medida,
semejante á la fuente rumorosa
que por el césped se desliza oculta?
¿Será alguna conciencia dolorida
que los rudos engaños de la vida
en calculada oscuridad sepulta?
¡Ah, no por cierto! En tan feliz asilo
vive el amor.
Pero el amor tranquilo,
santo, inefable, emanación del cielo:
no la indócil pasión que se desboca,
que nunca sacia su infecundo anhelo
y envenena y corrompe cuanto toca.
No ciego ardor que retronando pasa

como por el espacio la tormenta;
no el fuego voracísimo que abrasa,
sino la mansa lumbre que calienta.
¡La lumbre del hogar, siempre bendita!
—Arbol que brevemente se marchita
es la vida mortal. Hoja por hoja,
el huracán del mundo que le agita
de su rico ornamento le despoja,
y cuando seco y sin verdor le deja
la tímida ilusión, que en él habita,
tiende sus blancas alas, y se aleja.
¡Feliz, feliz el árbol que á cubierto
de recios y continuos aquilones,
vive seguro en escondido huerto,
y hasta que rinde el natural tributo,
crece, sin que el furor de las pasiones,
le arrebate á destiempo hojas y frutos—
Mas no sólo el pesar ama el misterio;
no sólo el corazón que sufre y gime
romper ansía el fiero cautiverio
con que la torpe multitud le oprime;
porque también en su expansión sublime
la dicha humana, que tan poco dura,
busca en la soledad, olvido y calma,
y es que en sus horas de mayor ventura
tiene tristezas íntimas el alma.

Apartados del fausto cortesano,
viven allí los condes de Viloria
en el reposo, del contento hermano;
Que Dios, premiando sus virtudes, quiso
á tanto amor anticipar la gloria
en aquel envidiable paraíso.
¡Cuán ricos de color y cuán veloces
corren para ambos los serenos días,
sin que su paz altere nube alguna!
Arranques de pasión, supremos goces,
recuerdos de placer, tiernas porfías
que el bullicio del mundo no importuna,
llenan el raudo curso de sus horas,
y cien veces, el rayo de la luna,
sus pláticas de amor encantadoras
quiebra de pronto el ardoroso trueco
de ósculos y joviales carcajadas,
porque aquellas verdes enramadas

cansado está de repetir el eco.
No hay en aquel lugar sitio ni ruta
que no guarde en su rústica belleza
cuanto le es dable ambicionar á un hombre
dulcemente querido; cada gruta
un sueño realizado, y la corteza
de cada tronco secular, un nombre.
El de ella, el de él, que en trazos caprichosos
por do quiera que van graban é imprimen,
y que imitando brazos amorosos
se buscan, y se alcanzan, y se oprimen.

Mediaba á la sazón el mes de Mayo
con su tibio calor. Atardecía.
El sol poniente con oblicuo rayo
la copa de los árboles hería,
y de sus tintas cárdenas y rojas
el trémulo vislumbre relucía
entre las tenues y movibles hojas.
¡Con qué hermosa tristeza muere el día!
Como el crónico enfermo, que presiente
cercano el fin, la luz de la esperanza
se dilata más viva y más ardiente,
así, á medida que la noche avanza,
es el aroma de la flor más suave,
más sonoro el murmullo de la fuente
y más sentido el cántico del ave.
La caricia del céfiro es tan blanda
como el beso de un niño, el soberano
disco del sol, al tramontar, se agranda
palideciendo, el cielo se colora,
medita el triste, el corazón cristiano
se reconcentra en el misterio, y ora
¡Oh, inescrutable y doloroso arcano!
para hacer más sensible la partida,
irradia siempre en su postrer instante
con su más bello resplandor la vida.

Gozando de la espléndida hermosura
de aquel ocaso, la pareja amante
por los jardines discurría, en donde
aglomeró la conyugal ternura
todas las dichas de la tierra.—El conde
ya acostumbrado al ocio de la aldea,
casi tendido en la mullida alfombra

de césped floreciente, un libro hojea,
y á pocos pasos, á la fresca sombra
de un gigante almez, nido de amores,
desde donde con grata melodía
de la postrera claridad del día
se despiden los pájaros cantores;
escuchando con vago arrobamiento
esas confusas voces interiores
con que nos adormece el sentimiento,
y junto al lago que ondulante brilla
del sol á las inciertas llamaradas,
su noble esposa está, con la sombrilla
trazando en las arenas de la orilla
signos, letras y cifras entrelazadas.

Su airosísimo cuerpo la condesa
envuelve en blanco y vaporoso traje;
cubre su seno incitador, espesa
y nívea malla de preciado encaje
de donde arranca alabastrino cuello;
el aura leve de la tarde besa
una rosa prendida en su cabello
que cae en trenzas perfumado y blondo,
y en su mirada diáfana y serena
su corazón se ve, como en el fondo
del limpio lago la menuda arena.

¡Ay! ¿en qué piensa muda y distraida
mientras con mano indiferente, raya
la húmeda tierra? El sueño de su vida
se desliza tranquilo; pero ¿acaso
hasta la misma dicha no desmaya
en medio del placer? ¿Habrá quien pueda
afirmar que en el fondo de su vaso
ninguna gota envenenada queda?
Dios la colmó de santas alegrías,
y con florido vínculo eslabona
el casto amor sus apacibles días;
no envidia, no aborrece, no ambiciona,
y olvidada del mundo, como un preso,
en su albergue escondido y solitario
es su pura conciencia un santuario,
su hogar una ilusión, su vida un beso.
Mas ¡ay! que alguna vez, cual fugitiva
nube que ofusca al sol, su ánimo embarga

una opresíon tan honda como activa,
y la invade en silencio el ansia amarga
de un deseo imposible.

De repente
suspende el conde su lectura, observa
la abstracción de su esposa, y diligente,
como quien anda á caza de un descuido,
llega á su lado. — La esponjosa hierba
de su ligero paso embota el ruido.—
— ¿Qué tiene su muger? ¿Qué pena grave
atribula su espiritu? Lo ignora.
¿No pudiera una cifra delatora
de aquel enigma descubrir la clave? —
Pero ¡oh sorpresa! acércase y advierte
en la arena sutil su nombre escrito,
y su temor en gozo se convierte,
mientras ella, arrancada de esta suerte
á sus vagos ensueños, lanza un grito.
— ¿Sientes placer en asustarme? — Exclama
de su infundado miedo aún no repuesta
y con fingida cólera la dama.—

— ¡Vaya un gusto! — Perdona si indiscreto
he querido — su esposo le contesta —
sorprender tu secreto.—¡Mi secreto!...
¿Le tengo acaso para tí? — Responde
la joven más calmada. — Mentiría
si dijese que no — replica el conde.—
— y llevo siempre la verdad por guía.
Como es tan suspicaz nada se esconde
á los cuidados del amor. ¡Ay Clara!
Tres años hace ya que al pié del ara
rendimos la cerviz al santo lazo,
y ha sido para mí tan corto el plazo
como si, todo entero, se encerrara
en el término breve de un abrazo.
¿Es por ventura extraño, que en tu cara
descubra tus más íntimos antojos,
tu inquietud más secreta y contenida,
si las mejores horas de mi vida
paso, mi bien, mirándome en tus ojos? —
Clara escuchaba á su entrañable dueño
en deleitosa languidez sumida,
como se escuchan, al través del sueño,

en el hondo silencio de la noche
las notas de acordada serenata.
Luego, con són de tiernísimo reproche
él siguió con ardor: ¿Callas, ingrata?

La condesa mostrábase indecisa;
Pero venciendo su emoción primera
prorrumpió al fin en descompuesta risa,
acaso más nerviosa que sincera,
y exclamó como en burla: —¡Vaya un tono
sentimental y trágico! Le excuso
porque mi propio amor habla en tu abono.
—¿Tienes celos quizás? — No sé — repuso
animándose el conde. —¿Por qué á veces
cual si cediera el corazón sumiso
al ansia ineludible de un deseo
que no logras vencer, cuando pareces
más feliz y contenta, de improviso
la frente inclinas y en tus ojos veo
cuajada alguna lágrima indiscreta?
¿Por qué esa agitación latente y sorda,
cuyo origen no sé, que no respeta
ni la plácida paz de este retiro,
y que á menudo, á tu pesar, desborda,
arrancando á tus penas un suspiro,
como un sollozo, acusador? — El hecho
se niega á mi razón, y temo y dudo...
¡Ay, ya no puedo más! Rómpase el nudo
que ata mi lengua y me comprime el pecho.
¿Por qué callas, por qué? —
Casi ceñudo,
elevando su mirada escrutadora
en los ojos de Clara que confusa
soportaba el agravio de la queja,
la respuesta esperó; pues ¿quién rehusa
fácil alivio al corazón que implora
cuando puede mandar? Quedó perpleja
breves instantes, ruboroso fuego
tiñó su faz, y palpitó en sus labios
talvez su confesión, tal vez un ruego
que espiró sin nacer. Pero de sabios
es mudar de opinión. Dominó luego
el generoso impulso que sentía
y prorrumpió, mostrándose enojada:
—Pesado estás, Enrique. ¿Hay tal manía?
Ni sé, ni oculto, ni sucede nada. —

En el fondo del pecho, en lo más vivo
del alma, donde el golpe que se asesta
siempre es mortal, el conde trastornado
sintió el acre dolor de la respuesta.
Como traspasa rayo fugitivo
el seno tenebroso de un nublado,
así la suspicacia, envuelta en ira,
iluminó su frente borrascosa,
y la frase brutal — ¡eso es mentira! —
retorcióse en su boca temblorosa,
mas no brotó. Con ojos perspicaces
notó la incertidumbre de su esposa,
y exclamó reprimiéndose: — ¡Mal haces,
mal haces en negar á quien te ruega,
lleno de amor, la excusa que le debes! —
¡Aún el recuerdo del pasado jueves
me persigue tenaz! La fértil vega,
que esponjaban los céfiros de Mayo,
reverdecía con pujante brío,
y bendiciendo á Dios, como el que acaba
de salir de intensísimo desmayo,
la luz, el campo, la arboleda, el río,
la balsámica brisa, todo estaba
alegre, menos tú. Me propusiste,
tal vez para aliviar tu propio hastío,
una excursión á la vecina sierra.
Cedí: tu aspecto resignado y triste
vencióme y emprendimos la jornada
con la fuerza del sol. Tú, distraida,
extraña á los rumores de la tierra,
dejabas caminar, suelta la brida,
al dócil potro, mustia y fatigada:
y yo á tu lado, sin hablar contigo
marchaba absorto, á tu abstracción creciente,
buscando sin cesar causa ó pretexto.
¡Sabe Dios, á quien tomo por testigo,
que no cruzó ni un punto por mi mente
nada contrario á tí! — Y al decir esto
miraba á su mujer severo y grave.
Escuchábale Clara con la frente
baja y el aire al parecer sereno,
si bien un soplo imperceptible y suave
levantaba el encaje de su seno. —
— Porque no es desamor ¿verdad? dí,
no es desamor la pena que te aflige.

Quizás cansada ya ve con desvío
en tan continua soledad, — me dije, —
nuestro largo y monótono reposo. —
Y con esta inquietud dentro del pecho
en silencio seguimos largo trecho,
desaminada tú, yo caviloso. —

Ya en terreno difícil y escabroso,
— el conde prosiguió, — donde el camino
por entre peñas y malezas sube,
en despoblado á sorprendernos vino
de las cimas bajando, oscura nube.
Aquel agrio lugar donde prospera
en libertad la enmarañada broza,
es tan salvaje y solo, que pudiera
servir quizás de ascético destierro
á algún humilde y santo cenobita.
No hallamos ni el refugio de una cnoz
Unicamente sobre estéril cerro,
divisamos, no lejos, una ermita.
Pero ¿Cómo trepar á aquella altura?
Por fin tras mil esfuerzos y cuidados,
nos sacaron con bien de la aventura
nuestros ágiles potros, avezados
á caminar por trochas y montañas,
y llegamos al templo de María
cuando la nube, abriendo sus entrañas,
en lluvia torrencial se deshacía.

La santa Vírgen nos prestó su ayuda
y entramos en la ermita — añadió el conde
más conmovido cada vez. — Tú muda,
te prosternaste ante el altar de hinojos. —
¡Es menester que sin piedad ahonde
en los negros abismos de mi duda
aún cuando estalle el corazón! Los ojos
casi llenos de lágrimas pusiste
en la divina imágen, y á mi oído
llegó tu voz debilitada y triste,
como el eco lejano de un gemido.
¡Ay! más desalentado que ofendido,
me pregunté confuso: — ¿Por qué trata
á quien tan solo para amarla existe,
con tan injusta prevención, la ingrata?
¿Quién causa su profundo desconsuelo

que por injuria á mi cariño tomo?—
Hirióme el alma punzador recelo,
y vacilé desconcertado, como
si sobre mí se desplomara el cielo.—

Era en el conde la emoción tan viva,
que su queja espiró como el murmullo
del céfiro en la selva, tenue y vago.
La ilustre dama le escuchaba altiva,
y en pertinaz batalla con su orgullo,
más fácil á la ofensa que al alhago,
ni una palabra pronunció siquiera
para calmar las dudas de su esposo,
que á un tiempo enternecido y receloso
trémulo prosiguió:—Cesó la lluvia,
y al través de la rústica vidriera,
cercó de pronto tu cabeza rubia
tibio rayo de sol, como si fuera
el nimbo de una Santa. ¡Oh, cuán hermosa,
ante aquel pobre altar arrodillada
te ví, clavando con filial ternura
en la reina del cielo tu mirada!
Sentí como una ráfaga piadosa
que disipaba mi mortal tristeza,
y una voz que bajando de la altura
parecía decir:—¡Quien así reza
es fiel esposa, es inocente, es pura!—

Clara no pudo más. Bajo el hechizo
de aquella blanda queja dolorida,
su tenaz resistencia se deshizo
cual témpano de hielo, que liquida
el sol primaveral.—Pues bien, confieso,
¿á qué ocultarlo?—suspiró llorosa,—
que un afán imposible, con su peso
mi paz conturba y sin cesar me oprime.—
—¡Oh!—clamó el conde impacientado:—¡dime,
dime, ángel mío, el ansia que te acosa!
¿Quién, como yo, calmártela podría?—
—De mi amor has dudado, y te castigo.
¡Hoy, no! Mañana al despuntar el día,
—respondió Clara—volverás conmigo
á la escondida ermita de la sierra,
donde los dos, con la rodilla en tierra,
elevando las almas á María

y teniendo su imagen por testigo,
haremos mutua confesión.... ¡Ingrato!
Entonces, cuando sepas mi secreto,
lamentarás tu culpa y tu arrebato.
—¿Y mañana hablarás? —¡Te lo prometo! —
—¿No pudieras hoy mismo... —¡Punto en boca! —
Exclamó la condesa jovialmente:
—y puesto que vengarme determino,
callar por hoy y obedecer te toca. —
Iba el conde á insistir; mas de repente,
suceso extraño á interrumpirle vino.

Por el sendero enarenado y raso
que en caprichosa ondulación se aleja
de aquel risueño edén, hácia la entrada,
se iba acercando con ligero paso
un guarda, conduciendo de la oreja
á una niña nerviosa y asustada
como avecilla en manos infantiles.
No el leve peso de sus ocho abriles
rendía su vigor, pero agitada
seguía la infeliz á la carrera,
dando al viento su crespa cabellera,
de su aprensor la marcha acelerada,
cual tamo que arrebata la corriente
va envuelto en el turbión. —Pierde cuidado, —
iba diciendo el rústico impaciente,
—Pues yo haré ¡vive Dios! que no te metas
otra vez, destrozándome el vallado,
á robar flores y romper macetas.
¡No volverás á tus antiguas mañas! —
¡Perdón! —gimió la niña en su extravío,
con el llanto cuajado en sus pestañas
como en la flor las gotas del rocío,
y con acento desmayado y triste,
semejante al valido de la oveja
que al sacrificio va. —¡Por fin caíste! —
dijo el guarda, cebándose en la oreja
más roja que el carmín. —Pero descuida
que llevarás el merecido pago. —

Por el rumor creciente sorprendida
salió de pronto la feliz pareja
de las frondosas márgenes del lago,
y marchando al encuentro del severo

y arriscado guardián, —¡Ola! ¡Garcia! —
el conde preguntó: —¿Por qué tan fiero
contra esa pobre estás? — Perdone usía, —
contestóle, quitándose el sombrero
en actitud humilde. — Esa mozuela
se coló en el jardín, no sé por donde,
y ha causado más daño que una nube. —
— ¡Bravo! — exclamó sin alterarse el conde:
— ¿Y eso es lo que aprendes en la escuela?
A tiempo — siguió el viejo, — la detuve,
porque si tardo más, llevaba traza
de acabar con el huerto la chiquilla. —
Aproximóse el conde á la rapaza
y acariciando la infantil mejilla,
dijo con blando y apacible tono:
—¿Serás buena, es verdad? — Sí seré buena —
la culpada exclamó de angustia llena.
—¡Pues anda! — contestóla. — Te perdono. —
— ¡Ah, la perdona! — De paciencia falto
gruñó García. — Si el señor la trata
con tanto mimo, en su segundo asalto
deja la posesión sin una mata.
— No tendré compasión si otra vez peca
— dijo el conde riendo: — Pero ahora
¿Qué podemos hacer de esa muñeca
más chica que el dedal de tu señora? —
—¡qué!—respondióle el guarda en un arranque
de bárbara energía: — ¡Casi nada!
Darle un buen remojón en el estanque. —
— ¡Jesús, qué atrocidad! — gritó indignada
la dama. — ¡Si tal haces te despido! —
¡Maltratar á una pobre criatura! —

Prestando á todo perspicaz oído,
ya de la ansiada impunidad segura,
la niña estaba con los ojos bajos
y el picaresco rostro compungido.
Tosca saya de miseros andrajos
sus delicadas formas envolvía,
como el capullo á la naciente rosa,
y animaba su cara maliciosa,
tostada por el sol de Andalucía,
con inocente y vivo centelleo
su mirada leal que todavía
no inflamó el odio ni enturbió el deseo.

¡Oh, cuán gentil con las sencillas galas
que piadosa le dió naturaleza,
parecía aquel ángel cautivado!
Más negro y más lustroso que las alas
del cuervo, relucía en su cabeza
el rebelde cabello enmarañado,
y en su labio entreabierto y encendido
bullían, retozones y traviesos,
prontos como los pájaros de un nido
á escapar en tropel, risas y besos.

Fijó la dama su atención en ella,
y al través de la saya de mendiga
rasgada y sucia, la encontró tan bella
que exclamó sin pensar. — ¡Dios te bendiga!
Un sentimiento irresistible y tierno
gana su corazón, siente que el llanto
sube á sus ojos, como el fuego interno
al cráter de un volcán. ¿Quién el encanto
resiste de aquel rostro peregrino? —
Cediendo á un movimiento repentino
corre á su lado, estática se queda
contemplando en silencio á la rapaza,
y una caricia compasiva enlaza
el vil harapo á la opulenta seda.

Bien conoció la niña que tenía
dominada á su joven protectora,
y radió su semblante de alegría.
La condesa con voz halagadora
— ¿cómo te llamas? — preguntó. — ¡Maruja! —
contestó la chicuela dulcemente,
alzando el rostro interesante y bello.
— ¡Si está más despeinada que una bruja! —
dijo Clara, atusándola el cabello
y apartando las greñas de su frente,
que apareció tan plácida y serena
como noche estival. — ¡Es muy gallarda, —
siguió, buscando el parecer del conde,
testigo complaciente de la escena.
— Y luego, vuelta hácia Maruja — ¿en dónde
vives? — la preguntó. — Cortando el guarda
la plática sabrosa, avanzó y dijo:
— ¿En dónde ha de vivir esa bigarda?
Tal vez en el pajar de algún cortijo

ó en medio de una tropa de gitanos. —
Clara miróle desabrida y seca
y exclamó interrumpiéndole: — ¿Qué es esto?
Todos, señor Andrés, somos hermanos. —
Quedó el guarda confuso y descompuesto,
y Marujilla con maligna mueca
prorrumpió restregándose las manos:
— ¡Rabia, rabia, gruñón! ¡Um! ¡Te detesto! —

¡Por Dios que estaba hermosa! Era su gesto
tan petulante y vivo, su mirada
tan maliciosa, y su rencor tan justo,
que Clara, el conde, y hasta el viejo adusto,
soltaron á la vez la carcajada.
— ¡Miren la atrevidilla, y lo que sabe! —
la señora exclamó, como enfadada.
— ¡Un arapiezo que á sus anchas cabe
debajo de una criba, tal descaro!...
Tus padres lo sabrán y ten por cierto
que no te irás sin la debida riña.—
¡Cá! Nó, no me reñirán — dijo la niña
con dolorosa ingenuidad. ¡Han muerto!...
— ¡Pobre alma mía! ¡Tan pequeña y sola!..
gritó Clara, y cogiéndola del brazo
movida á santa compasión, sentóla
con solícito afán en su regazo,
La picaruela envanecida y muda
se unió á la dama en apretado abrazo,
y en su memoria revivió, sin duda,
el amor del hogar, ese cariño
que es, de ternuras inefables lleno,
más que la leche del materno seno
fortificante y sano para el niño.

Extraña mezcla de placer y asombro
el semblante expresó de la inocente,
que con lánguida calma sobre el hombro
de la condesa reclinó la frente,
sin atreverse á respirar apénas,
por no turbar su interno regocijo,
hasta que Clara, al contemplarla, dijo
con blando acento. — Cuéntame tus penas. —

Y en esa charla interminable y rota
como niebla deshecha por el viento,

en que cada palabra es una nota
que llega al corazón, no al pensamiento;
charla con que la infancia nos domina
y muere con la edad cuando se clava
dentro del alma la primera espina;
dió principio la huérfana á su historia
como gorjea el ruiseñor su canto;
mas cuando los sucesos que evocaba
iban cobrando vida en su memoria,
pintábase en sus ojos el espanto.
Como entre sueños recordó el molino
en donde vió del sol la luz primera,
el cauce bullicioso y cristalino,
el huerto ameno y la feraz ribera
por donde alegre, entre el ramaje espeso,
suelta como una cabra triscadora,
buscaba la silvestre zarzamora
y el higo chumbo en sus espinas preso,
hasta que á punto de espirar el día,
y cansada ya, bajo el amante beso
de su indulgente madre se dormía.—
Luego habló de la noche pavorosa,
de perpetua tristeza para España,
en que la tierra, como mar furiosa,
hizo temblar el llano y la montaña.
—Para ahuyentar del enemigo impuro
las asechanzas pérfidas, rezando
Maruja estaba en su caliente lecho,
aquella noche memorable, cuando
sintió azorada vacilar el muro,
crugir las vigas, desplomarse el techo,
á impulsos del tremendo cataclismo
su albergue paternal rodar deshecho,
como piedra que cae en el abismo.

¿Quién la arrancó á la muerte aquel día?
Sus hermanos, los ángeles. Desnuda,
dando voces de horror, entre el destrozo
de su perdido hogar, que engrandecía
aquella soledad agreste y muda,
la pobre niña percibió un sollozo,
ronco, desgarrador. ¡Era el lamento
de su mísera madre en la agonía!
Confusa, atribulada, sin aliento,
haciendo sin cesar esfuerzos vanos

para mover las vigas con sus hombros,
y ahondando con tal ansia en los escombros
saltaba la sangre de sus manos.
—¡Madre, madre! — Gritaba respondiendo
á la estertórea voz desesperada
que en lenta gradación se iba perdiendo
en el silencio eterno de la nada.
¿Dónde dolor tan lúgubre y sombrío
como el de aquella débil criatura,
por la fiera catástrofe entregada
de la lóbrega noche á la pavura,
que con ávido afán é inútil brío,
arañaba la tierra estremecida,
temblando de terror, yerta de frío
y en la implacable soledad perdida?
¿En dónde mayor lástima»—A medida
que avanzaba el relato, la condesa
iba sintiendo el alma enternecida
de mil contrarias emociones presa.
Hasta que al fin su angustia contenida
de súbito estalló, como la roca
que al romper un volcán, salta en pedazos,
y con los arrebatos de una loca
al escuchar tan trágicos sucesos,
estrechó á la infeliz entre sus brazos
cubriéndola de lágrimas y besos.
No menos conmovido, ante una escena
á un tiempo tan patética y sencilla,
lloraba el conde, ahogándose de pena.
Y el guarda mismo, antiguo veterano,
refunfuñaba: — ¡Diablo de chiquilla!
Limpiando con el dorso de la mano
el llanto que surcando su mejilla
iba á emboscarse en su bigote cano.

De pronto alzó la compasiva dama
turbando aquel silencio doloroso,
su faz iluminada por la llama
de santa inspiración, miró á su esposo
al través de las lágrimas, y luego
con acento insinuante y persuasivo,
—¿Quieres saber—le preguntó—el motivo
de mi amargo y tenaz desasosiego?
¿Lo que pedía, ante el altar postrada,
con entrañable y fervoroso ruego

á la madre de Dios idolatrada?
Pues como el más preciado de los bienes
le demandaba en mi aflicción un hijo.
¿Ves? Y la Virgen me lo otorga.— Dijo
empujando a la niña. — ¡Aquí le tienes!—
Convulso el conde, y con febril anhelo
besándola, exclamó: — ¡Bendita sea!
Yo la recibo como don del cielo. —

¡Oh, momento solemne! La campana
de la ruinosa torre de la aldea
llamaba á la oración; la noche oscura
avanzando imponente y soberana,
su negra y estrellada colgadura
por el inmenso espacio descogía;
y entre el rumor de la arboleda umbría,
en medio de su calma solitaria,
subiendo al cielo en los alados sones
del bronce de la iglesia, y confundidos
en la piadosa y mística plegaria
que alza la tierra al extinguirse el día,
como nota de un arpa los latidos
de aquellos generosos corazones
vibraban repitiendo: — ¡Ave María!
¡Consuelo de los tristes y afligidos!

ÚLTIMA LAMENTACIÓN
DE LORD BYRON.

FRAGMENTOS.

I.

Otra vez incansable peregrino
Ansioso de cruzar pueblos extraños,
Vuelvo á emprender el áspero camino
Que seguí errante en mis primeros años.
Al duro peso del dolor me inclino,
Póstranme fatigosos desengaños;
Pero arrastrado á mi pesar me siento
Como las hojas secas por el viento.

II.

Huérfano y solo abandoné mis lares,
Marcando el rumbo hácia remotos climas,
Surqué á mi antojo procelosos mares,
Y hollé la nieve de empinadas cimas.
Mas do quiera la hiel de mis pesares
Vertí en acerbas y sonoras rimas;
Por todas partes implacable y frío
Fué detrás de mis pasos el hastío.

III.

¿Porqué, porqué desde mi abril temprano
Molesto huésped á mi hogar se sienta,
La copa del placer rompe en mi mano
Y hasta en los brazos del amor me afrenta?
¡Ay! ¿Quién pregunta al férvido oceano
Porqué ruge ó se aplaca la tormenta?
Como el profundo mar, ¿no tiene el alma
Terribles horas de angustiosa calma?

IV.

Más terribles quizá, porque es más grande
Y en su furor satánico no tiene
Ley que la rija, halago que la ablande,
Ni costa que sus ímpetus refrene.
Ya brusca y pavorosa se desmande,
Ya sus olas indómitas serene,
La causa á que obedece queda oscura.
— ¿Es el poder del genio? ¿Es la locura? —

V.

¡El genio! ¡La locura!... ¿Quién decide
Tan difícil cuestión? ¿Quién fija y nombra
La línea imperceptible en que coincide
La clara luz con la nocturna sombra?
¿Dónde está nuestro juicio? ¿Quién la mide?
¡Con frecuencia el azar! ¿Y á quién no asombra
Ver que la humanidad cobarde ó ciega.
Al éxito se rinde y se doblega?

VI.

Pirámides de cráneos contra el cielo
Levanta Tamerlan una tras una;
Oprime el Asia sin temor ni duelo,
Y es grande, y la lisonja le importuna.
Locos son Catilina y Masanielo
Porque les fué contraria la fortuna,
Que la suerte quizás no merecida,
Es genio, y es demencia la caída.

VII.

Mas, ¡ay! ¿qué valen mis cansadas quejas?
Con mis vanos lamentos ¿qué consigo?
Viejo es el mundo, sus desdichas viejas,
Y en sus crímenes lleva su castigo. —
Nunca, tedio mortal, nunca me dejas·
Donde quiera que voy tú vas conmigo,
Y no sé resistir cuando me envías
Noches sin sueño y fatigosos días.

VIII.

¡Días de horrible laxitud! El cielo
Trasparente y azul me causa enojos,
Cubre la tierra insoportable velo
Y el llanto anubla sin razón mis ojos.
Como un sepulcro el corazón de hielo
Guarda de mi entusiasmo los despojos,
Y están en esas horas de bonanza
Mudo el deseo y muda la esperanza.

IX.

No acierto á comprender qué afinidades
Hay entre el mar y el pensamiento humano,
Entre esas dos augustas majestades
Que el abismo contienen y el arcano.

Hondas borrascas, sordas tempestades
Conmueven la razón y el oceano:
Sólo que ruge el mar cuando batalla,
Y el pensamiento en sus tormentas calla.

X.

¡Venga la tempestad! Cuando resuena
Su fragorosa voz, y estalla el rayo,
Y el huracán encrespa su melena,
Sacude el alma su mortal desmayo,
Entre el horror de la sublime escena
Aliento, gozo, á mi placer me explayo.
Después.... vuelve la calma abrumadora
Y el tedio de la vida me devora.

XI.

Partí de cara al sol. No sé qué extraña
Y misteriosa fuerza me impelía
A esas regiones fértiles que baña
La fecundante luz del Mediodía.
Italia, Grecia, Portugal y España,
Pueblos gigantes cuando Dios quería,
Y hoy sombra nada más de lo que fueron,
Con sus muertas grandezas me atrajeron.

XII.

Descendí por la rápida pendiente
De los agrestes Alpes, que vecinos
Al sol, elevan su nevada frente
Orlada á trechos de silvestres pinos:
Salvando ya el abismo, ya el torrente,
Ya el traidor ventisquero, por caminos
Que abrió el barreno en la montaña dura
Bajé de Italia á la feraz llanura.

XIII.

¡Con qué consolador recogimiento
Yo, pobre y olvidado vagabundo,
Sin hogar y sin lazos como el viento,
Miré á mis plantas el verjel del mundo!
Europa en vergonzoso enervamiento
Yacía entonces y en sopor profundo,
Cual gladiador que tras penosa brega
Sus recios miembros al descanso entrega.

XIV.

¡Oh, bien me acuerdo! Reposaba todo,
Y recogía atónita la historia
La sangre con las lágrimas, el lodo
Con la virtud, la infamia con la gloria.
Era pasado el trágico período
Que vivirá del tiempo en la memoria,
En que acosada el águila del Sena
Cayó, para no alzarse, en Santa Elena.

XV.

¡La guerra enmudeció! Sólo el tirano
Que en los arduos empeños de la vida
Supo ser, con aliento soberano,
En todo grande, excepto en la caída,
Se revolvía en el peñon lejano
Con ruda y formidable sacudida:
El mar encadenaba su egoismo,
Y era un abismo en medio de otro abismo

XVI.

Mas, ¡ay! ¿Por qué fatalidad que aterra,
Por qué inconstancia de la suerte impía
Al hundirse el azote de la tierra
Más feroz despertó la tiranía?
Cuando cambió la asoladora guerra
Los destinos humanos en un día,
La presa que las águilas soltaron
Mil carnívoros buitres devoraron.

XVII.

No fué ya el despotismo del coloso
Que, como río de encendida lava,
Al avanzar rugiente y proceloso
Con sus olas de fuego deslumbraba.
El fanatismo fué torpe y mañoso
Que los cimientos de la fe socava;
Fué el miedo suspicaz, el más inmundo
De los tiranos que soporta el mundo.

XVIII.

No vistió nunca el militar arreo,
Y fué, al moverse entre la sombra oscura,
Su casco de batalla el solideo
Y el monástico sayo su armadura.

Incansable y voraz como el deseo,
Mortal como la lenta calentura,
Blandió contra la tierra amedrentada
Más la cruz que la punta de su espada.

XIX.

Si es ley que la revuelta muchedumbre
El yugo sufra de atrevida mano,
Que la enaltezca al menos y deslumbre
Con sus épicas glorias el tirano:
Y ya que con forzada servidumbre
Pague sus culpas el linaje humano,
El brazo vigoroso que la venza
Infúndale terror, y no vergüenza.

XX.

En el nombre de Dios la heróica España
Que al mundo despertó de su letargo,
Como premio debido á tanta hazaña
Sufre martirio ignominioso y largo.
De la propia opresión y de la extraña
Coge Italia infeliz el fruto amargo,
Y cual botín en manos de bandidos
Ve sus hermosos campos repartidos.

XXI.

En el nombre de Dios los calabozos
Abren sus anchas fáuces, nunca llenas,
Donde sólo responde á los sollozos
Del desdichado, el són de sus cadenas;
En el nombre de Dios viejos y mozos
En extranjero hogar lloran sus penas;
En el nombre de Dios fiera cuchilla
Cercena la cerviz que no se humilla.

XXII.

¡Todo en nombre de Dios! ¡Blasfemia horrenda!
Yo sé que para el Dios de mis mayores
El humo del incienso es grata ofrenda,
No de la hirviente sangre los vapores.
Iris de santa paz en la contienda,
Sé que extiende sus brazos redentores
Para estrecharnos con amor profundo
¡Ay! pero nó para oprimir el mundo

XXIII.

Te han calumniado ¡oh Dios! Tú oyes el grito
Del corazón doliente y consternado,
Tienes misericordia y no has proscrito
La augusta Libertad. ¡Te han calumniado!
Si la insaciable sed á lo infinito
Que aguija mi razón es un pecado,
Si únicamente para el mal existe,
Responsable no soy. ¡Tú me la diste!

XXIV.

No puede ser que viva el pensamiento
Dentro de mí como enjaulada fiera;
Sólo para alumbrar nuestro tormento
La antorcha del espíritu no ardiera.
La fe que busco, la inquietud que siento,
El negro abismo, la insondable esfera,
Lo invisible, lo incógnito, lo arcano,
Todo está abierto al pensamiento humano.

XXV.

Si congojoso afán le ofusca y ciega,
Y alguna vez quizás, cuando le asombra
La oscura soledad por do navega,
No te ve, no te siente, no te nombra;
Si en aflicción te niega, ¿quién te niega?
Un átomo, la sombra de una sombra
En la inmutable eternidad perdida:
Ménos que sombra: ¡ el sueño de una vida!

XXVI.

¡Desgraciada del alma que sin tino
En alas del error su vuelo encumbra,
Y abandonada y sola en su camino
Niega la misma luz que le deslumbra,
Que ve á lo lejos el fulgor divino
Y no acierta á salir de la penumbra;
Que avanza, confundida á cada instante,
Siempre desesperada y siempre errante!

XXVII.

¡Ay! He dudado, dudo todavía;
Pero nunca de tí. Si te ocultaras,
Mi ardiente convicción te encontraría
Pueden turbas frenéticas ó ignaras

Renegar de Jesús y de María,
Quemar sus templos, profanar sus aras;
Puede en horas de espanto y desconsuelo
Como el Olimpo desplomarse el cielo.

XXVIII.

Pueden, cual otras antes, nuestras vivas
Creencias sepultarse en el vacío,
Pues no porque las ondas fugitivas
Vayan al mar, desaparece el río.
Pueden transformaciones sucesivas
Cambiar la faz del mundo á su albedrío:
Tú siempre flotarás con tus eternas
Leyes, sobre los orbes que gobiernas.

XXIX.

Si chocaran, haciéndose pedazos,
Los astros con horrible desconcierto;
Si rotos, ¡ay! de la atracción los lazos
Se desquiciara el universo muerto;
Si quedara al impulso de tus brazos
El espacio sin fin mudo y desierto,
Y el tiempo con sus noches y sus di
Dejara de existir, tú existirías.

XXX.

Mas ¿á qué esfera mi incesante anhelo
Me arrebata y trasporta? A pesar mio
Por la excelsa región remonto el vuelo,
Subiendo en pos de la verdad que ansío.
Pero el dolor que me sujeta al suelo
Fuérzame á descender trémulo y frío,
Cual ave que aletea inquieta y viva
Dentro de la prisión que la cautiva.

XXXI.

¡Torno á la triste realidad! ¿Y á dónde
Podré volver mi tétrica mirada,
Sin que me aflija la abyección que esconde
Nuestra mezquina y lóbrega morada?
Cuanto más sufra, cuanto más ahonde,
Cuanto más baje el alma infortunada,
Tanto mayor le mostrará la tierra
El abismo sin término que encierra

XXXII.

¡Ay! ¡Yo le he visto con horror! Yo mismo
De incertidumbre y de terrores lleno,
Voy rodando hácia el fondo de ese abismo
Do se amasa con lágrimas el cieno.
La infamia, la traición y el egoismo
Me han brindado su cáliz de veneno,
Y he sentido al beber su última gota,
Rota mi lira y mi existencia rota.

XXXIII.

¡Patria! ¡Risueño hogar! ¡Caliente nido
Que nunca más veré! Turbado y mudo
De vosotros llorando me despido,
Y con adiós patético os saludo.
¿En dónde está la fuente del olvido,
Para agotarla toda? En vano acudo
A mi flaco valor, y lucho en vano
Contigo, ¡oh mi recuerdo! ¡oh mi tirano!

XXXIV.

¿Quién del fondo del alma te desecha?
Como el águila soy que lleva hundida
En su ala enorme la traidora flecha,
Y va sangrando siempre de su herida.
Desalentada, atónita y maltrecha,
Por la ancha inmensidad vuela perdida,
Hasta que encuentra, al desplomarse inerte,
En abrupto peñón oscura muerte.

XXXV.

¡Yo también moriré!... ¿Dónde? ¡Quién sabe!
Desesperado y con mi herida abierta
Pudiera hallar mi tumba, como el ave,
Quizás en roca estéril y desierta.
No habrá, do quiera que el pesar me acabe,
Quién, abrazado á mí, lágrimas vierta,
Ni quién cierre mis ojos y recoja
Mi último beso, mi postrer congoja.

XXXVI.

¡Olas del mar que con la frágil quilla
De mi libre bajel rompo y quebranto,
Corred, llegad á la britana orilla
Crecidas y amargadas con mi llanto!

Y allí, do triste y silencioso brilla
Mi abandonado hogar, si alcanzáis tanto,
Decid, junto á la lumbre, al ángel mío,
Que estoy muriendo de cansancio y frío!

XXXVII.

¡Frío del corazón, que hasta mis huesos
Penetra y por mis venas se derrama,
Y agolpa á mi memoria los sucesos
De mi vida, en confuso panorama!
Sólo el calor de tus amantes besos,
Nó los pálidos rayos de la fama,
Pudieran dar al alma entumecida
De tu padre infeliz, aliento y vida.

XXXVIII.

¡Pero jamás tu sonrosada boca
En mí se posará! ¡Nunca el abrigo
De tus brazos tendré! Sufrir me toca
Errante y resignado mi castigo.
¡Oh! Si no tienes corazón de roca,
Cuando se cebe la opinión conmigo
Y escarnecido mi recuerdo veas,
Compadéceme, y gime, y non la creas.

XXXIX.

Acaso te dirá que ingrato y duro
Abandoné la cuna en que dormías,
Que no tuve piedad, que fuí perjuro
Y me encenago en crápulas y orgías....
Te engaña; no la creas. ¡Te lo juro
Por mí, por tí, por los fugaces días
De amor y calma que gocé á tu lado!
Pude imprudente ser, mas nó culpado.

XL.

¡Llora pensando en mí! Justo es que llores
Pues mientras dure de mi vida el hilo,
Iré siempre á merced de mis dolores,
Sin paz, sin esperanza y sin asilo.
—Mas basta ya de inútiles clamores;
Surca, velera nave, el mar tranquilo;
Que ya ilumina el sol de la mañana
La cima del Pentélico, cercana.



Y arrastrado por su encono,
Contra el desdichado sierra,
Que cae exánime en tierra
Exclamando:—¡Te perdono!—

XLI.

Al través de los diáfanos celajes
Con que aparece la rosada aurora,
Ante mí se despliegan los paisajes
Que la naciente luz inunda y dora.
¿Serás término y fin de mis viajes,
Desolada región? Dáme en buen hora,
Si el cielo quiere que por tí sucumba,
A la sombra de un sauce, humilde tumba:

XLII.

O á la orilla del mar, fuera del paso
De los mortales, donde apenas haya
Señal de vida, y con rumor escaso
Las olas se adormezcan en la playa.
Sepúltame de cara hácia el Ocaso,
Para que cuando el sol á hundirse vaya
En las costas de Albión, lejos, muy lejos,
Me alumbre con sus últimos reflejos.

XLIII.

¡Ay! Esa luz incierta y fugitiva,
Cuando á la tarde sobre mí se abata,
Será como un recuerdo que reciba
De mi patria orgullosa y siempre ingrata.
Mas ¿quién piensa en morir? Grecia cautiva
Hoy de su férreo yugo se desata,
Y mientras libre y próspera no sea,
Morir es desertar de la pelea.

XLIV.

¡Grecia, Grecia inmortal! ¡Madre amorosa
De héroes y genios! ¡Sosegada fuente
De rica inspiración! ¡Fecunda esposa
Del arte! ¡Eterna luz de nuestra mente!
¡Con qué ansiedad tan íntima y piadosa
Por vez primera respiré tu ambiente!
Y al escuchar el són de tus cadenas,
¡Con cuánta indignación lloré en Atenas!

XLV.

Yo recorrí tus campos, tus sombríos
Bosques y tus poéticas colinas;
Templé mi sed en tus sagrados ríos
Y me bañé en sus ondas cristalinas.

Entregado á mis vanos desvaríos
Con mudo asombro contemplé tus ruinas,
Iluminadas por el cielo heleno
De música, y color, y aromas lleno.

XLVI.

¡Cuál se desatan los contornos puros
Del templo secular! La verde hiedra
Trepando inquieta por los altos muros,
En la hendida pared arraiga y medra.
Mueve el aire sus vástagos oscuros,
Colora el sol la ennegrecida piedra,
Y parece que inmóvil en la cima
El moribundo Partenón se anima.

XLVII.

Allí sestea el balador ganado
Paciendo en calma la reseca hierba
Que crece al pié del templo consagrado
A las fecundas artes de Minerva.
El pastor perezoso y descuidado,
A quien el sol canicular enerva,
Duerme tranquilo en la agostada alfombra,
Del mutilado pórtico á la sombra.

XLVIII.

Tranquilo duerme, ó vaga sin objeto
Al compás de los cantos que improvisa,
Dulces como la miel del monte Himeto
Que en el lejano término divisa.
El, de una raza de gigantes nieto,
Su heróica tierra indiferente pisa,
Y no guarda, indolente, en su memoria
Ni el propio origen, ni la patria gloria.

XLIX.

Mas la conserva el mundo. En vano, en vano,
Celosos de tus ínclitas empresas,
El tiempo adusto y el rencor humano
Redujeron tus templos á pavesas.
En vano ¡oh Grecia! la implacable mano
De tu opresor envilecida besas:
Tan excelso renombre conseguiste,
Que á la edad y á tu infamia se resiste.

L.

¡Y nunca morirá! Puede la lumbre
Extinguirse en tu claro firmamento;
Puede rodar la inmensa muchedumbre
De tus dioses, postrada y sin aliento.
Pero los ecos de la enhiesta cumbre,
Los rumores del bosque, el mar y el viento,
Repiten cadenciosos los gemidos
De tus dioses olímpicos vencidos.

LI.

Vencidos, mas nó muertos. ¿Hay alguno
Que no viva en el mundo de la idea?
En él fulgura Apolo, alienta Juno,
Duerme en su concha Vénus Citerea,
En su carro marino el dios Neptuno
Por el undoso piélago pasea,
Júpiter vibra el rayo ignipotente
Y orla Baco de pámpanos su frente.

LII.

Aún ciñendo su rústica guirnalda
Turban nuestra memoria tus Bacantes,
Con el cabello suelto por la espalda
Y los desnudos pechos palpitantes;
Aún vagan en silencio por la falda
Del sacro Pindo, que animaron antes,
Tristes las Musas, pero siempre hermosas,
Coronadas de lauro, y mirto, y rosas.

LIII.

La rabia, en los mortales corazones,
De tus negras Euménides aún dura;
Aún surcan tus Nereidas y Tritones
Del hondo mar la liquida llanura;
Aún se perciben los alegros sones
De la flauta de Pán en la espesura,
Cuando ensalza y endiosa la grandeza
De la amante y feraz Naturaleza.

LIV.

La luminosa huella de tu paso
Es estela que nunca se ha extinguido,
Y conservas tu fama, como el vaso
Guarda el aroma del licor vertido.

Se alza Homero en la cumbre del Parnaso
Resistiéndose al tiempo y al olvido,
Y de tus ricas artes los despojos
Encanto son del alma y de los ojos.

LV.

Labra el mármol con mano ejercitada
Fidias, infúndele su fuego interno,
Y da á la humanidad maravillada,
De la eterna belleza el molde eterno
La piedra por el genio fecundada
Palpita á impulsos del amor materno,
Y surge de su entraña endurecida
La estatua llena de reposo y vida.

LVI.

La ardiente inspiración del viejo Esquilo,
Sorprendiendo el dolor de Prometeo,
Revela al mundo en prodigioso estilo
Las perdurables ansias del deseo.
Jove impasible, pero nó tranquilo,
Oye el rugir del indomable reo,
Que encadenado á la escarpada roca
Con renaciente furia le provoca.

LVII.

¡No, no te asuste lo futuro ignoto,
Comarca infortunada! Aunque tus días
Cortase de improviso el terremoto
Y te tragara el mar, no morirías.
Bastaran una estrofa, el dorso roto
De una estatua, un frontón, cenizas frías
De tu pasado, para no olvidarte,
¡Oh cuna de los dioses y del arte!

LVIII.

¡Con cuán amarga indignación, con cuánto
Dolor, presa de un déspota contemplo
Tanta belleza incomparable, y tanto
Recuerdo augusto, á la virtud ejemplo!
Todo me inspira lástima y espanto:
El arco hendido, el derribado templo,
La columna volcada entre la hierba,
Tus hijos degradados, y tú sierva.

LIX.

¿Y ha de vivir en abyección profunda
Siglos y siglos, tu escogida raza?
No: ponte en pié, revuélvete iracunda,
El fuerte escudo minervino embraza:
Para romper tu bárbara coyunda,
De Hércules toma la pujante maza,
Acostumbrada en sus fornidas manos
A rendir monstruos y á domar tiranos.

LX.

Lanzas te dén tus bosques, tus cadenas
Hierro para luchar, las tempestades
Su furor, y el recuerdo de tus penas
Odio mortal para que no te apiades.
Convierte tus peñascos en almenas,
Tus campos tala, incendia tus ciudades,
Y si ser grande y respetada quieres,
De tí no más, la salvación esperes.

LXI.

Recuerda ¡oh Grecia! los antiguos hechos
De tus hijos magnánimos y bravos,
Y reconquista sola tus derechos
Sin fiar en latinos ni en eslavos.
Cubra la cota bélica tus pechos
Cansados ya de amamantar esclavos,
Y el rayo destructor tu diestra vibre,
Que quien sabe morir, sabe ser libre.

XLII.

Así entendieron el valor, tus bellas
Y nobles hijas en la infausta rota
Con que probar quisieron las estrellas
La fe de un pueblo enérgico y patriota:
Cuando madres, esposas y doncellas,
Siguiendo en pos de la legión suliota,
Vieron, con sed inútil de venganza,
De sus deudos la bárbara matanza.

LXIII.

El implacable Alí, de rabia ciego
Y ansioso de vengar viejos reveses,
Cayó de pronto sobre el campo griego
Como la tempestad sobre las mieses,

Y entró con furia tal á sangre y fuego,
Azuzando á sus rudos albaneses,
Que cuando á la salida se previno
Le cerraban los muertos el camino.

LXIV.

Con mudo afán y punzadora pena,
Multitud de mujeres contemplaba
El brutal frenesí de aquella hiena,
Desde una roca inaccesible y brava;
De acerbo llanto silenciosa vena
Sus lívidos semblantes inundaba,
Y ante aquel espectáculo sangriento
Ni un suspiro exhalaron ni un lamento.

LXV.

¡Cuán mortalmente á todas de rechazo
El bronco golpe del cañón hería!
Que era el combate decisivo, el plazo
Funesto, interminable la agonía.
Sólo el cándido niño en el regazo
Maternal, inocente sonreía,
Sin comprender su desventura horrenda
Y ajeno, el triste, á la feroz contienda.

LXVI.

Firmes como granítica muralla,
De sangre, y polvo, y de sudor cubiertos
Los griegos esperaron la metralla
De su trágico fin ni un punto inciertos.
Pudo el turco en el campo de batalla
Contar á los vencidos por los muertos,
Que Alí no dió cuartel, ni hubo suliota
Capaz de resignarse á su derrota.

LXVII.

De piè sobre la ingente cortadura
Del agrio monte, en cuyo fondo mismo
Espumosa torrente de agua oscura,
La grandeza aumentaba del abismo.
Madres, hijas, esposas sin ventura,
Del terror en el fiero paroxismo,
Veían con atónita mirada
El término fatal de la jornada.

LXVIII.

¡Todo acabó! Desgarrador lamento
Que el eco repitió de cumbre en cumbre
Brotó, en la angustia del postrer momento,
De aquella estupefacta muchedumbre,
Trastornada, convulsa, sin aliento,
Prefiriendo á la torpe servidumbre
La palma del martirio victoriosa,
Y á las infamias del harén, la fosa.

LXIX.

Cual si cediese á inspiración secreta
O á ley divina, en su furor creciente
Abalanzóse hácia la enorme grieta
Que daba paso al bramador torrente.-
Todo, todo yacía en paz completa:
La tierra muda, el cielo indiferente,
El viento adormecido, el mar en calma....
¡Qué sola está cuando padece, el alma!

LXX.

¡Ay!—con acento entrecortado y hondo
Clamó una madre, de ósculos cubriendo
Al hijo de su amor:—¡yo te respondo
De que libre serás!—Y esto diciendo,
Despeñó al niño, que rodó hasta el fondo
Del voraz antro con medroso estruendo,
Y sonó un grito de ansiedad suprema,
Que era á la vez gemido y anatema.

LXXI.

Y todas, ¡ay! en su dolor profundo,
Descompuesta la faz, con el cabello
Erizado, y la rabia, cual inmundo
Reptil, ceñida y enroscada al cuello;
De la vida olvidadas y del mundo,
Y extinto en ellas el postrer destello
De la fe que á los míseros anima,
Dieron sus hijos á la hambrienta sima.

LXXII.

¡Una sola faltó! De la hendidura
Que abrió un arroyo en la caliza roca,
Y donde acaso en su mortal pavura
Buscó refugio atribulada y loca,

Sobre hermosa y dormida criatura
Apretada la faz, boca con boca,
Y de amarilla palidez cubierta,
No se movió una madre. ¡Estaba muerta!

LXXIII.

Ya consumado el duro sacrificio,
Todas en rueda y de la mano asidas,
Al borde del riscoso precipicio
Giraron, por el vértigo impelidas.
Al compás de su lúgubre ejercicio
Iba el abismo devorando vidas,
Y sacando sus víctimas la suerte
aquella horrible *danza de la muerte.*

LXXIV.

Eran principio y fin de su camino
La fiebre árriba y el sepulcro abajo,
Y una tras otra en raudo remolino
Fueron cayendo en el inmenso tajo.
¡Confunda Dios al déspota asesino
Que á tan sangrienta extremidad las trajo,
Y déle, como premio á sus hazañas,
Hijos sin fe, y esposa sin entrañas!

LXXV.

Pero es forzoso que mi canto acabe.
Ya llegamos al puerto: ya sumisa
Da fondo en él la afortunada nave;
Columpiándose al soplo de la brisa,
Ya recoge sus alas como el ave
Que al nido llega, y con ingenua risa
Saluda el marinero enternecido,
Como el ave también, su patrio nido.

LXXVI.

¡Feliz mil veces él! ¡Cuán placentera
Con blando afán, en la cercana orilla
Le aguardará quizás su compañera,
Inocente como él, como él sencilla!...
¡Ay! ¿Quién me espera á mí?... ¡Grecia me espera!
Doblo ante su infortunio mi rodilla,
Y mientras llore opresa y desgarrada,
Lira, ¡déjame en paz!... ¡Venga una espada!

(Año de 1823).

EL VÉRTIGO.

I.

Guarneciendo de una ría
La entrada incierta y angosta,
Sobre un peñon de la costa
Que bate el mar noche y día,
Se alza gigante y sombría
Ancha torre secular
Que un rey mandó edificar
A manera de atalaya,
Para defender la playa
Contra los riesgos del mar.

II.

Cuando viento borrascoso
Sus almenas no conmueve,
No turba el rumor más leve
La majestad del coloso.
Queda en profundo reposo
Largas horas sumergido,
Y sólo se escucha el ruido
Con que los aires azota
Alguna blanca gaviota
Que tiene en la peña el nido.

III.

Mas cuando en recia batalla
El mar rebramando choca
Contra la empinada roca
Que allí le sirve de valla;
Cuando en la enhiesta muralla
Ruge el huracán violento,
Entonces, firme en su asiento,
El castillo desafía
La salvaje sinfonía
De las olas y del viento.

IV.

Dió magnánimo el monarca
En feudo á Juan de Tabares
Las seis villas y lugares
De aquella agreste comarca.
Cuanto con la vista abarca
Desde el alto parapeto,
A su yugo está sujeto,
Y en los reinos de Castilla
No hay señor de horca y cuchilla
Que no le tenga respeto.

V.

Para acrecentar sus bríos
Contra los piratas moros,
Colmóle el Rey de tesoros,
Mercedes y señoríos.
Mas cediendo á sus impíos
Pensamientos de Luzbel,
Desordenado y cruel
Roba, asuela, incendia y mata,
Y es más bárbaro pirata
Que los vencidos por él.

VI.

Pasma al mirar su serena
Faz y su blondo cabello,
Que encubra rostro tan bello
Los instintos de una hiena.
Cuando en el monte resuena
Su bronca trompa de caza,
Con mudo terror abraza
La madre al niño inocente,
Y huye medrosa la gente
Del turbión que la amenaza.

VII.

Desde su escarpada roca
Baja al indefenso llano
Con el acero en la mano
Y la blasfemia en la boca.
Excita con rabia loca

El ardor de su mesnada,
Y no cesa la algarada
Con que á los pueblos castiga
Sino cuando se fatiga
Más que su brazo, su espada.

VIII.

De condición dura y torva,
No acierta á vivir en paz,
Y como incendio voraz
Destruye cuanto le estorba.
Todo á su paso se encorva,
La súplica le exaspera,
Goza en la matanza fiera,
Y con el botín del robo
Vuelve, como hambriento lobo
A su infame madriguera.

IX.

De cuyos espesos muros,
En las noches sosegadas,
Surgen torpes carcajadas
Maldiciones y conjuros.
Con los cantares impuros
De rameras y bandidos
Salen tambien confundidos
De los hondos calabozos,
Desgarradores sollozos
Y penetrantes quejidos.

X.

Una noche, una de aquellas
Noches que alegran la vida,
En que el corazón olvida,
Sus dudas y sus querellas;
En que lucen las estrellas
Cual lámpara de un altar,
Y en que, convidando á orar,
La luna, como hostia santa,
Lentamente se levanta
Sobre las olas del mar;

XI.

Don Juan, dócil al consejo
Que en el mal le precipita,
Como el hombre que medita
Un crimen, está perplejo.
Bajo el ceñudo entrecejo
Rayos sus miradas son,
Y con sorda agitación
A largos pasos recorre
De la maldecida torre
El imponente salón.

XII.

Arde el tronco de una encina
En la enorme chimenea;
El tuero chisporrotea
Y el vasto hogar ilumina.
Sobre las manos reclina
Su ancha cabeza un lebrel,
En cuya lustrosa piel
Vivos destellos derrama
La roja y trémula llama
Que oscila delante de él.

XIII.

El fuego con inseguros
Rayos el hogar alumbra;
Pero deja en la penumbra
Los más apartados muros.
Hácia los lejos oscuros
La luz sus alas despliega,
Y riñen muda refriega
En el fondo húmedo y triste
La sombra que se resiste
Y la claridad que llega.

XIV.

Hosco don Juan, y arrastrado
Por su incorregible instinto,
Cruza el gótico recinto
Convulso y acelerado.
¿Qué maldad ó qué cuidado

Embarga su entendimiento?
Dijérase que el tormento
De su corazón, si fuera
El alma de aquella fiera
Capaz de remordimiento.

XV.

El odio que le avasalla,
Arrebatado y sombrío,
Tiene el ímpetu de un río
Pronto á quebrantar su valla.
Ni se apacigua ni estalla
La cólera que en él late,
Y con mil ansias combate,
Como corcel impaciente
Que á un tiempo el castigo siente
Del freno y del acicate.

XVI.

En tan solemne momento
Lucha Tabares á solas
Con las encontradas olas
De su propio pensamiento.
¿Qué busca? ¿Cuál es su intento?
¿Triunfará Dios ó Satán?
Nunca los hombres sabrán
Por qué en el cerebro humano,
Como en el hondo oceano
Las olas vienen y van.

XVII.

En vano á vencerse prueba,
Y con fuerza prodigiosa
Vuelve la pesada losa
Que abre paso á oculta cueva.
Del repleto hogar se lleva
Un grueso leño encendido,
Y arrójase enfurecido
Por aquella negra entrada,
Lanzando una carcajada
Doliente como un gemido.

XVIII.

Alza el lebrel, que dormita,
La noble cabeza, el sueño
Sacude, y en pos del dueño
Gruñendo se precipita.
Don Juan, con ira inaudita,
Marcha como un torbellino,
Y va saltando sin tino
Uno tras otro escalón,
Entre el humo del tisón
Con que alumbra su camino.

XIX.

Al fondo del antro baja,
Y con sus puños de hierro,
De un triste y lóbrego encierro
El postigo desencaja.
Yace postrado en la paja
Un sér miserable y ruin,
Que recelando su fin
Azorado se incorpora,
Y con voz conmovedora
Grita: — ¿Qué quieres, Caín? —

XX

Don Juan insensible y duro
La vista en torno pasea,
Y fija la humosa tea
En una grieta del muro.
— Luis — le responde — te juro
Que te engaña el corazón,
Pues no tengo la intención
De arrebatarte la vida,
Como á una fiera cogida
En la trampa y á traición. —

XXI.

— Qué pretendes, pués? — exclama
Don Luis, tendiendo los brazos: —
¿Quieres anudar los lazos
A que la sangre nos llama?
Si la pasión que te inflama

En amor se convirtió,
No te detengas, que yo
Con alma y vida te espero.—
Y rechazándole fiero
Su hermano contesta:—¡Nó!

XXII.

Ya es razón que esto concluya—
Añade falto de calma.
—¿Por qué Dios me ha dado una alma
Tan distinta de la tuya?
Pues no hay fuerza que destruya
El odio mortal que abrigo.
¿A qué, dí, cuando te hostigo,
Con tu cariño me hieres?
¡Aborréceme, si quieres
Ser generoso conmigo!

XXIII.

Luégo, con gesto feroz,
Prosigue quedo, muy quedo,
Como si tuviera miedo
De escuchar su propia voz:
—¡Si supieras cuán atroz
Es la inquietud con que lidio!
Yo prefiero el fratricidio
Al afán que me tortura,
Porque es tal mi desventura
Que hasta tus penas envidio.

XXIV.

Te detesto, y busco en vano
Un motivo á mis rigores.
Yo, grande entre los mayores,
Con tu perdición ¿qué gano?—
Y don Luis replica:—Hermano,
Todo tiene sus azares:
No conmigo te compares,
Que resultarás pequeño:
Yo tus grandezas desdeño,
Y tú envidias mis pesares.—

XXV.

—Es cierto. ¡Suerte menguada!—
Dice don Juan impaciente,
Golpeándose la frente
Con mano dura y crispada.
La bondad, jamás cansada,
De don Luis, le desespera,
Y la pasión que le altera
Desborda en el calabozo,
Con un ¡ay! mitad sollozo,
Mitad rugido de fiera.

XXVI.

¡Ah! no es extraño que gima
De su angustia en el exceso,
Como el titán bajo el peso
Del mundo que lleva encima.
No es extraño que le oprima
Su rencor vivo y profundo,
Ni que se agite iracundo
Con más ímpetu quizás,
Porque á veces pesa más
Un pensamiento que un mundo.

XXVII.

De su voluntad no es dueño,
Como el alma pecadora
A quien asalta á deshora
Su culpa en forma de sueño.
Intenta con loco empeño
Vencer su ansiedad sombría,
Y exclama con voz tan fría
Cual la punta de una daga:
—¡Esta sed sólo se apaga
Con tu sangre ó con la mia!

XXVIII.

Que el sol naciente me vea
Libre de tan grave peso!—
Y levantándose el preso,
Dice resignado:—¡Sea!—
Don Juan recoje la tea,

Y echa á andar, perdiendo el tino,
Porque el fulgor mortecino
Que el seco leño despide,
Tan sólo á trechos divide
Las tinieblas del camino.

XXIX

El uno del otro en pos
Van con paso mal seguro,
Por el subterráneo oscuro
Abandonados de Dios.
El lebrel entre los dos
Sobresaltado camina,
Y por la lóbrega mina
Llegan al viejo portillo
Que á un lado tiene el castillo
Del peñón en que domina.

XXX.

El soldado que la puerta
Por fuera guarda y defiende,
Absorto el paso suspende
Viéndola de pronto abierta.
Lejanas voces de alerta
Turban la noche callada,
Y con frase entrecortada
Por el ardor que le agita,
Don Juan avanzando grita,
—¡Eh, malsín! Dáme tu espada.—

XXXI.

Resistir quiere el soldado,
Y el monstruo entonces golpea
Con la resinosa tea
La faz del desventurado.
Por el dolor trastornado
Cae el centinela inerte.
—Toma para defenderte
De ese menguado el acero—
Prorumpe don Juan,—pues quiero
Morir ó darte la muerte.—

XXXII.

Airado al ver tal acción,
Responde don Luis: — Lo tomo
Para clavarlo hasta el pomo
En tu infame corazón.
Por tan bárbara traición
Te matara una y cien veces. —
— ¡Gracias á Dios que apareces
Tal como yo te quería! —
Clama con sorda alegría
Su hermano; — ¡ya me aborreces! —

XXXIII.

El frío intenso y tenaz
Calma pronto la zozobra
De don Luis, que al fin recobra
Su única dicha, la paz.
Y en él despierta vivaz
El recuerdo santo y tierno
De aquellas noches de invierno
En que al amparo de Dios,
Juntos oraban los dos
En el regazo materno.

XXXIV.

Y compara aquellos años
De inocencia y bienandanza,
Tan henchidos de esperanza
Como desnudos de engaños,
Con los martirios y daños
Que ha sufrido entre cerrojos;
Y ante los duros enojos
Se aquel á quien tanto quiso,
Diente llegar de improviso
Las lágrimas á sus ojos.

XXXV.

Don Juan, que ya no refrena
Sus iras, marcha adelante
Revelando en su semblante
La pasión que le enajena.
Yace la noche serena

En vago adormecimiento;
La luna en el firmamento
Sin celajes resplandece,
Y hay tal calma, que parece
Como aletargado el viento.

XXXVI.

Cuando á desatarse empieza
La tempestad en el alma,
¡Qué insoportable es tu calma,
Oh madre naturaleza!
Nunca á la humana tristeza
Das el ansiado consuelo,
Y en los momentos de duelo
Nuestra pena es más aguda,
Bajo la impasible y muda
Indiferencia del cielo.

XXXVII.

Atravesando un pinar
Llegan, tras breve jornada,
A una planicie situada
Entre las cumbres y el mar.
Nada parece turbar
La paz del estéril llano:
Sólo del ronco oceano,
Que con los peñascos lucha,
El sordo rumor se escucha
Como un gemido lejano.

XXXVIII.

Todo en el alma despierta
Un vago afán misterioso;
El infinito reposo
De la llanura desierta;
La luz sin color y muerta,
Que inunda el diáfano ambiente;
Los ecos del mar rugiente,
Y el ladrido prolongado
Con que el lebrel erizado
La catástrofe presiente.

XXXIX.

Hay en la vasta llanura
Un tronco seco y sin ramas,
Despojado por las llamas
De su pompa y hermosura.
De la escarcha la blancura,
Le da un tinte funerario,
Pues se eleva solitario
Ennegrecido y escueto,
Como gigante esqueleto
Bajo su roto sudario.

XL.

Don Juan, que la marcha guía,
Detiénese allí, desnuda
Su espada, y con voz sañuda
Clama: — ¡Tu vida ó la mía! —
En actitud grave y fría
Ante él su hermano se para
Y mirando cara á cara
A su opresor: — ¿Eso esperas? —
Le dice; — ¿qué más quisieras
Sino que yo te matara?

XLI.

Hiere, si intentas herir;
El golpe aguardo sereno,
Que yo, en cambio, te condeno
Al tormento de vivir.
¿A dónde podrás huir
Que no te alcance el castigo?
Te darán, en vano, abrigo
Otros climas y otras playas,
Pues donde quiera que vayas
Irá tu crimen contigo. —

XLII.

— ¡Mi crimen! — ruge don Juan,
— ¡Por Cristo, que es brava idea! —
Y en sus ojos centellea
La cólera de Satán.
— Cuando suelto el huracan

Rompe, arrolla y desbarata,
Sólo alguna alma insensata,
En momento tan aciago,
Culpa al viento del estrago,
Y no á Dios, que le desata.

XLIII.

—Desde el día en que nací—
Añade airado y convulso—
Obedezco á extraño impulso,
Y no soy dueño de mí.
Lucha, pues arma te dí
Para ganar la partida,
Que si en la lid fratricida
No opones el hierro al hierro,
Juro á Dios que como á un perro
Voy á arrancarte la vida.—

XLIV.

—¡Hazlo!—contesta su hermano—
A tus instintos me entrego,
Pues no detendrá mi ruego
Los ímpetus de tu mano.
Mi muerte será ¡oh tirano!
Tu expiación más tremenda,
Y rompo la espada, en prenda
De que no quiero cobarde,
Ni piedad que me resguarde,
Ni acero que me defienda.—

XLV.

Dice, y quebrando después
La bruñida y sutil hoja
En dos pedazos, la arroja
De su verdugo á los piés.
Avanza tranquilo, y es
Su porte grave y austero.
—Guarde cada cual su fuero—
Exclama—y ya que es tu sino,
Mata como un asesino,
Mas no como un caballero.-

XLVI.

Don Juan vacila un instante:
Con su conciencia batalla;
Pero al fin la envidia estalla
Más soberbia y más pujante.
—¡Imbécil! recojo el guante, —
Grita con áspero tono;
Y arrastrado por su encono,
Contra el desdichado cierra,
Que cae exánime en tierra
Exclamando: —¡Te perdono! —

XLVII.

¿Cómo expresar el horror
De aquella escena de muerte?
La víctima yace inerte
A los piés del matador.
Con su pálido fulgor
La luna alumbra al caido;
El lebrel, enardecido,
La hirviente sangre olfatea,
Y se vuelve, rastrea,
Y rompe en lúgubre aullido.

XLVIII.

Don Juan se detiene adusto,
El asombro en él se pinta,
Y la espada en sangre tinta
Cae de su puño robusto.
Los ojos vuelve con susto,
Horror se inspira á sí mismo,
Y cercano al paroxismo
Se retuerce y desespera,
Como si rodando fuera
Hácia el fondo de un abismo.

XLIX.

Tierra, mar y firmamento,
Cuanto huella y cuanto mira,
Todo en torno suyo gira
Con rápido movimiento.
Llénase su pensamiento

De mortal incertidumbre
Y la inmensa muchedumbre
De visiones que le asalta,
Ondula, bulle, resalta,
Entre círculos de lumbre.

L.

Su razón se turba, un velo
De sangre anubla sus ojos,
Y cubren vapores rojos
El mar, la tierra y el cielo.
Con acongojado anhelo
Lanza un grito de agonía,
Y huye como res bravía
Cuando de pronto á su oido
Llega el ardiente latido
De la furiosa jauría.

LI.

Corre, corre, y corre en vano,
Porque cuanto más avanza
Más cerca á mirar alcanza
El cadáver de su hermano.
No encuentra término al llano,
Y ve con ansia cruel
Los ojos del nuevo Abel
De eterna sombra cubiertos,
Siempre fijos, siempre abiertos,
Siempre clavados en él.

LII.

Nunca el torpe matador
De su víctima se aleja,
Y el miedo ver no le deja
Que va de ella en derredor.
Al fin recoge el traidor
De sus maldades el fruto:
Que á veces Dios en tributo
A su justicia ofendida,
Todo el dolor de una vida
Reconcentra en un minuto.

LIII.

Su ronda desesperada
Sigue con bronco resuello,
Puesto de punta el cabello
Y atónita la mirada.
En su fuga acelerada
Apenas el suelo toca,
Y cuanto más en su loca
Carrera el triste se ofusca,
Más le estrecha, más le busca,
Más el muerto le provoca.

LIV.

Precipítase sin tino,
Y aumentando sus terrores,
Los espectros vengadores
Le acosan en el camino.
Gira como un remolino
Sin detenerse jamás,
Y va ciego, y cuanto más
Huye, ve más espantado
El cadáver siempre al lado
Y el lebrel siempre detrás.

LV.

Nada su pavor mitiga,
Y su marcha abrumadora
Se prolonga hora tras hora
Sin ceder á la fatiga.
Su propio crimen le hostiga
Con creciente frenesí,
Hasta que fuera de sí,
Crispado, lívido, yerto,
Se desploma junto al muerto
Gritando: ¡Infeliz de mí!

LVI.

Cuando su manto repliega
La triste noche sombría,
Tres muertos alumbra el día
En la solitaria vega:
Don Luis, que en sangre se anega

Y yace en tranquilo sueño;
Don Juan, cuyo torvo ceño
Muestra su angustia final;
Y el lebrel, noble y leal,
Tendido á los piés del dueño.

LVII.

¡Conciencia, nunca dormida,
Mudo y pertinaz testigo
Que no dejas sin castigo
Ningun crimen en la vida!
¡La ley calla, el mundo olvida!
Mas ¿quién sacude tu yugo?
Al sumo Hacedor le plugo
Que á solas con el pecado,
Fueses tú para el culpado
Delator, juez y verdugo.

LA SELVA OSCURA.

CANTO I.

DANTE.

Al bajar la pendiente de la vida,
Me hallé de pronto en una selva oscura,
Agreste y sin vereda conocida.

Turbado y lleno de mortal pavura,
Seguí marchando á tientas y sin tino
Al través de la lóbrega espesura.

Brisa otoñal, en raudo remolino,
Las hojas de los árboles movía
Y alfombraba con ellas mi camino.

No sé por qué mi corazón creía
Que con las mustias y amarillas hojas
Llevaba el viento la esperanza mía.

Dejando impresas las señales rojas
De mis desnudos piés ensangrentados,
Y avanzando entre sustos y congojas,

Intenté ver si por opuestos lados
Fácil salida al laberinto hallaba,
Y venturoso fin á mis cuidados.

Pero á medida que en la selva entraba
Iba siendo su aspecto más salvaje,
Y más profusa, impenetrable y brava.

¡Cuántas veces el áspero ramaje,
Hiriéndome al pasar con golpe duro,
Me arrancó sordo grito de coraje,

Sin que templaran mi dolor agudo
Ni el silencioso bosque, ni el sombrío
Cielo, ni el eco á mis clamores mudo!

Asaltóme el terror, y á pesar mio
Volcóse mi asombrado pensamiento,
Como se vuelca el ánfora de un río,

Poblando en su febril desbordamiento,
De monstruos la espesísima arboleda
Y de rumores el callado viento.

Tibio fulgor, cuyo recuerdo aún queda
Fijo en el alma, del tropel liviano
Iluminaba la bullente rueda,

Cual la luz que en las noches de verano
Serpentea con lívido destello
Sobre la sepultura y el pantano.

Tenaz angustia se enroscó á mi cuello
Y conturbó mi juicio de tal modo,
Que de pavor se me erizó el cabello.

Desvanecido ya, ciego del todo
Y acometido por las sombras, iba
Tropezando do quier como un beodo,

Hasta que al fin, agitación tan viva
Rindió mis fuerzas y caí, cual duro
Roble, que el huracán troncha y derriba.

Cuánto, en el bosque tétrico y oscuro,
Postrado estuve y frío como el hielo,
Inútilmente recordar procuro.

Sé que al volver en mí, con hondo anhelo,
Desesperando del auxilio humano,
Alcé los brazos y la vista al cielo;

Que busqué en mi memoria de cristiano
La fe de mi piadosa adolescencia,
Y que pugné por alcanzarla en vano.

¡Oh cielo, que alumbraste mi inocencia,
De candorosas ilusiones lleno
En tu infinita y pura trasparencia!

¡Oh cielo azul, espléndido y sereno,
Patria inmortal del ánimo que aspira
A dilatarse en tu profundo seno!

¡Cuánto has cambiado para mí!... ¡Mentira!
Tú no cambias jamás. ¡Siempre tu esfera
Es del color del alma que la mira!

—¿Por qué se asusta el ave pasajera
Que con vuelo imprudente y atrevido
A incógnita región partió ligera,

Si cuando torna al bosque en que ha nacido,
Tal vez arrepentida y fatigada,
No encuentra ya su abandonado nido?

De pronto, traspasando la enramada
Sin conmover las hojas, como suave
Rayo de luna en noche sosegada,

Llegó un anciano á mí pausado y grave,
Mostrando la serena compostura
Que sólo en almas superiores cabe.

Prestaban majestad á su figura
El lauro de oro en la anchurosa frente,
Y la talar y roja vestidura.

Avanzó con el firme continente
De quien no cede á la pasión tirana,
Ni el torpe miedo del peligro siente,

Rasgando con su vista soberana
La densa oscuridad, como avezado
A penetrar en la conciencia humana

Y á ver hasta en el pecho más cerrado
La insomne incertidumbre del delito
Y la muda vergüenza del pecado.

Mi respeto es mayor cuando medito
En su semblante rígido y severo
Por las vigilias y el dolor marchito;

Cuando animar con mis memorias quiero,
Si no la noble imágen, el esbozo
De aquella ilustre sombra que venero:

De boca reprimida, extraña al gozo,
Como empeñada en detener el paso
A justa maldición y hondo sollozo;

De aguileña nariz, de rostro raso
Y enjuto, de mirada penetrante
Como una espada, y tan temida acaso.

Lleno de admiración víle delante
De mí, lloré, con voz conmovedora
Grité, cayendo prosternado: — ¡ Oh Dante! —

Y á este nombre la turba aterradora
De fantasmas huyó, cual los insanos
Sueños al leve rayo de la aurora.

— Señor — tendiendo las crispadas manos
Exclamé con afán;—préstame auxilio,
Que me pierdo en tinieblas y en arcanos.

—Haré por tí cuanto en mi largo exilio—
Me contestó con reposado acento—
Hizo por mí la sombra de Virgilio.

Será grande y terrible tu tormento
Antes que el sol á iluminarte vuelva,
Porque aquí se desgarra el pensamiento

Pero al amargo trance te resuelva
La sentencia fatal de que en la vida
Todos pasamos por la *oscura selva.*

¡Todos pasamos, sí! Y es, á medida
Que de su freno la razón se exime,
Más angosta y difícil la salida.

Aquí se desespera, aquí se gime,
Aquí se llora sangre, aquí el quebranto
De las pasadas culpas nos redime.

Aquí no tienen en su eterno espanto,
Ni olor las flores, ni rumor las fuentes,
Ni las medrosas avecillas canto.

Ya verás, cuando avances, cómo sientes
Bajo el tremendo golpe de la pena
Crujir tus huesos y chocar tus dientes.

Aquí el aire es infecto y envenena,
Hiel el agua que bebes; aquí el hombre
Llega á dudar de Dios, y se condena.—

—¡Oh!—receloso pregunté:—¿qué nombre
Tiene esta horrible selva en que me veo?
¿A dó podré mirar que no me asombre?—

Y cuando así expresaba mi deseo,
Sentíme herido de terror extraño,
Como en presencia de su juez el reo.

—¿No has conocido ya para tu daño—
Respondióme el Maestro—que caminas
Por la selva mortal del desengaño?

¿No te lo han revelado las espinas
Que ensangrientan tus piés, y el grave peso
De los recuerdos bajo el cual te inclinas?

No esperes que con lánguido embeleso
Las jóvenes y alegres ilusiones
Impriman en tu faz su ardiente beso.

No esperes que con himnos y canciones
Aduerman tu virtud, ni con infames
Halagos dén calor á tus pasiones.

Es inútil que grites y derrames
El llanto acerbo que tu rostro escalda.
¡Huyeron! No vendrán, aunque las llames.

Cuando tocamos en la agreste falda
De la vejez, impuras meretrices,
Todas nos vuelven con desdén la espalda.

¡Ay! Bienaventurados y felices
Los que al llegar al término forzoso
Que con estéril cólera maldices;

Cuando por todas partes el frondoso
Bosque, sus pasos embaraza y cierra,
Y no encuentran la dicha ni el reposo;

Cuando, como despojos de la guerra,
Van dejando en la linde del camino
Las breves alegrías de la tierra,

Y el hombre, fatigado peregrino,
Hácia el negro sepulcro avanza á oscuras
Sin saber dónde va, ni porqué vino;

No pierden en las agrias cortaduras
Del escabroso monte de la vida,
Sino sus miserables vestiduras,

Y llevan hasta el fin de la partida
La luz, que el mundo al infortunio niega,
En su propia conciencia recogida!

Esa luz, cuando el ánimo se entrega
A la insaciable duda, con su escaso
Fulgor, si no lo alumbra, no le ciega,

Y semejante al sol en el ocaso,
No esparce ya la claridad del día,
Pero á la negra noche estorba el paso.

Tenue es su resplandor; mas él nos guía
Cuando abatido el corazón despierta
En la intrincada y azarosa vía.

¡Triste de aquel que á conservar no acierta
Viva esa luz, y arrastra desolado
Al través de la vida el alma muerta!

Que es como el asesino condenado
A marchar siempre, en lobreguez envuelto,
Con su inocente víctima cargado.—

—¡Oh Dante!—preguntéle apenas vuelto
De mi estupor.—¿Y tu pasión, aún vive?—
—¡Vive, y no morirá!—dijo resuelto.

—Con mayor fuerza su impresión recibe
Mi espíritu inmortal, hoy que no siente
Deleznable interés que le cautive.—

Dijo, dobló la pensativa frente,
Guardó silencio, y sin hablar marchámos
Largo trecho por la áspera pendiente.

Delante de él los retorcidos ramos
De corpulentos árboles se abrían,
Y sin molestia ni dolor pasámos.

Pero después con ímpetu volvían
A entrelazarse como espesa malla,
Y dijérase á veces que gemían,

O que surgía de la inculta valla
Que tras nosotros se cerraba, el ruido
Temeroso de un campo de batalla.

Súbito, con acento enternecido
Clamó alzando la frente:—¡Oh casto sueño,
Nunca logrado y siempre perseguido!

¡Oh Beatriz, que con tenaz empeño
Buscó en vida y en muerte! ¡Oh tú, que fuiste
Y serás siempre mi imposible dueño!

¿Quién á su encanto celestial resiste?
¿Quién, sin amarla y someterse, mira
Su faz á un tiempo esplendorosa y triste?

¿Quién por volver á verla no suspira?
¿Cómo olvidar su pudibunda sombra
Si ante mí sin cesar irradia y gira?

Cuando la humana confusión me asombra
Y vacila mi fe, su imagen bella
Con angélica voz me alienta y nombra,

Y vamos ambos por la misma huella
Los círculos celestes recorriendo,
Ella en pos de la luz, y yo tras ella.

— Padre — dije, — perdona si pretendo
Penetrar atrevido el hondo arcano
De esa inmortal pasión que no comprendo.

Unió tu sentimiento soberano
Las excelencias del amor divino
Y las miserias del amor humano.

A una mujer te encadenó tu sino
Y extático la amaste, hasta el momento
En que la muerte á devorarla vino.

Cayó como la flor que troncha el viento;
Pero al perder su túnica terrena
Hirió con nueva luz tu entendimiento.

Sigues tras la visión que te enajena
Con incansable afán; mas ¿de qué modo
Obra en tí la pasión? ¿Es gozo? ¿Es pena?

¿Amas la carne vil? ¿Amas el lodo?
¿O bien la esencia incorruptible y santa
Del alma libre?—Y respondióme:—¡Todo!

La eterna aspiración que nos encanta
Y llega á Dios como impalpable nube,
Del fango de la vida se levanta.

Escala es de Jacob por donde sube
Nuestro dolor, en busca de consuelo,
A las altas esferas en que estuve.

Es un gemido que remonta el vuelo
A la excelsa región de la esperanza,
Es la nostalgia mística del cielo.

— Señor — repuse: — mi razón no alcanza
A entender los misterios que me dices,
Y más se ofusca cuanto más avanza.

— Sabrás, sin que tu ingenio martirices,
Lo que tu mente conocer no pudo. —
Y así hablando, sentóse en las raíces

Salientes y rugosas de un desnudo
Tronco, fantasma de la selva umbría,
Ante el cual desbordado, pero mudo
Ancho río de lágrimas corría.

CANTO II.

BEATRIZ.

Con su profundo pensamiento fijo
En más prósperos tiempos y lugares
Dante Alighieri suspirando, dijo:

—¡Recordar es vivir! Paternos lares,
Sueños de amor, quiméricos anhelos,
Rápidos goces, íntimos pesares,

Luchas de la ambición, traidores celos,
Sorda inquietud del alma que se pierde
Sin hallar el camino de los cielos;

Horas de insomnio en que voraz nos muerde
La duda el corazón, breve alegría,
¡Desgraciado de aquel que no os recuerde!

La memoria es el faro que nos guía
Por el humano mar embravecido,
Desde la cuna hasta la tumba fría.

¿Dónde la vida está del que ha tenido
La lobreguez del porvenir delante,
Si deja tras sus pasos el olvido?

¡Ay! Ya que ignore el pobre navegante
El puerto á donde vá, conozca al menos
Los que ha tocado, náufrago y errante.

En los días alegres y serenos
De mi fugaz y hermosa primavera,
A la malicia y el engaño ajenos,

Fué cuando Beatriz, que también era
Niña inocente, en noble hogar nacida,
Rindió mi voluntad por vez primera.

¿Qué fuerza superior, nunca sentida,
Pudo unirnos con lazo tan estrecho
En los castos albores de la vida?

Resguardaba la infancia nuestro pecho,
Como resguardo á la ciudad el muro
Contra torpe invasor, siempre en acecho.

Nuestra mutua ignorancia era un seguro
Inexpugnable, misterioso y santo,
Cerrado á todo pensamiento impuro.

¿Cómo ceder pudimos al encanto
De una pasión, en la niñez ignota,
Y cómo en nuestras almas creció tanto?

¿No viste el manantial que gota á gota
La peña horada, y rumoroso emprende
Su curso desde el risco en donde brota,

Que va creciendo al paso que desciende,
Hasta que al fin con desatado brío
Por la vega sus márgenes extiende?

Pues decir puedo que su amor y el mío
Aumentaron también con la distancia,
Como el arroyo al trasformarse en río.

Aquel dulce cariño de la infancia
Encerró mi ventura, como encierra
El virginal capullo su fragancia.

Hasta creo, y mi espíritu se aferra
A tan grata ilusión, que desde el cielo
Amándonos bajámos á la tierra.

Bien sé que cubre impenetrable velo,
Negro como la noche, la memoria
De las gemelas almas sin consuelo,

Que durante su estancia transitoria
Por nuestro valle de dolor, olvidan
Su Edén perdido y su pasada gloria.

Mas Dios permite á veces que coincidan
En un mismo recuerdo, y se dén cuenta
De los misterios que en su fondo anidan.

Es fugitiva ráfaga que ahuyenta
Las sombras de su mente, como el rayo
Rompe la oscuridad de la tormenta.

Hoy que mi vista inmaterial explayo
En plena luz, desde la excelsa cumbre
A do llegué tras mi postrer desmayo,

Mi duda se convierte en certidumbre,
Y sé que fuimos al cruzar el mundo
Como dos chispas de una misma lumbre.

¿Dónde amor más patético y profundo
Que el nuestro encontrarás, ni cuál ha sido
Tan tímido, callado y pudibundo?

Siempre mi pensamiento confundido
Llegó sin voz hasta los piés de aquella
Que me robaba el alma y el sentido.

Jamás oyó la cándida doncella
Concepto alguno. que asomar los rojos
Matices del pudor hiciese en ella.

Mis penas, mis afanes, mis antojos,
Mis secretas zozobras expresaba
Con el mudo lenguaje de los ojos,

Y sin hablar, sin que mi lengua, esclava
De ruin temor, se aventurase al ruego,
Ella mi puro amor adivinaba.

Postrábame mortal desasosiego
Ante la majestad de su hermosura
Que me dejaba trastornado y ciego.

Pero después, cuando la noche oscura,
De rutilantes astros coronada,
Excitaba mi fiebre y mi locura;

Cuando solo en mi hogar, con la mirada
Fija en el ancho espacio tenebroso,
Do esplendía la imagen de mi amada,

Buscaba en el silencio y el reposo
Lenitivo á mi mal, ¡cuán tristes quejas
Exhalaba mi pecho congojoso!

Como al panal acuden las abejas,
Volaban á Beatriz mis pensamientos
Al través de los muros y las rejas,

Y en la noche callada, en los momentos
En que soltaba sus cabellos de oro,
Turbaban su quietud vagos acentos.

Era quizás que en invisible coro
Mis ardientes suspiros á su lado
Revolaban diciéndole —¡Te adoro!—

Alguna vez en mi infeliz estado
La voz del corazón secreta y honda,
Gritábame —¡Valor! que eres amado;

Mas no cobarde tu pasión se esconda,
Ni quieras que la virgen inocente
A tu silencio, impúdica, responda.—

Entonces, llena de ilusión la mente,
De Beatriz á la mansión cercana
Animoso corría y diligente.

Pero al llegar al pié de su ventana,
Confuso y sin valor retrocedía
Diciendo —¡Es pronto! Volveré mañana.—

Y no lució jamás propicio el día
Para mi amor, que atormentado y preso
En mí, como un Titan, se revolvía.

Quizá sin la flaqueza que confieso,
Se fundieran en éxtasis divino
Nuestras dos existencias en un beso.

Mas, ¡ay! que un día inesperado vino
A dejarme la muerte pavorosa
Solo y triste en mitad de mi camino.

Aquella faz purísima y hermosa
Que formaron en hora afortunada
La nieve en competencia con la rosa;

Aquella casta frente, urna sagrada
De virtud y de amor: aquéllos ojos
Claros como la luz de la alborada:

Aquel seno gentil, aquellos rojos
Labios, que con su púdica sonrisa
Templaban el rigor de mis enojos;

Aquella voz que trémula, indecisa,
Llegaba á mí, como lejano canto
De la noche, en las alas de la brisa;

Todo al compás de mi abundoso llanto,
Pasó ante mí como fugaz centella,
Y aún pienso en aquel día con espanto.

La muerte misma la encontró tan bella,
Que al trasplantarla á mundos superiores
Su hálito destructor no imprimió en ella.

Yo la ví á los siniestros resplandores
De blanco cirio, al parecer dormida,
La sien orlada de olorosas flores,

Y en su apacible faz descolorida
Posé temblando un ósculo.... ¡el primero
Y único beso que le dí en mi vida!

¡Ay! cómo pude resistir al fiero
Y rudo embate de tan dura prueba,
Ni lo he sabido, ni saberlo quiero,

Porque el pesar que amortiguado lleva,
Mas no extinguido el corazón, es llaga
Que al calor del recuerdo se renueva.

Bajo el influjo de mi suerte aciaga
Caminaba al azar y sin concierto,
Como loco infeliz que absorto vaga.

El mundo estaba para mí desierto,
Sin luz el sol, naturaleza muda,
Y yo no acongojado, sino muerto.

Porque no vive el alma que desnuda
De todo bien, frenética se lanza
En los negros abismos de la duda.

¡Cuán desgraciado fuí! Mas ¿dó no alcanza
La clemencia de Dios que nos envía
Tras la sorda tormenta la bonanza?

Una noche de insomnio y agonía
En que arrastrado por la indócil ola
Del dolor, retorciéndome gemía;

Cuando más ciega, abandonada y sola
Pugnaba mi razón contra la pena
En que la fe del hombre se acrisola,

La imagen de Beatriz dulce y serena
Apareció á mis ojos de improviso,
De celestiales resplandores llena.

Dios de mis ansias apiadado, quiso
Poner fin á mi inmensa pesadumbre
Con aquella Visión del Paraíso.

Rodeada de ráfagas de lumbre
Y envuelta en su flotante vestidura,
Sin mancha como nieve de la cumbre,

Bajó hasta mí la virginal figura,
Para alumbrar mi espíritu sombrío
Con un rayo de angélica ternura.

Tres veces, en mi loco desvarío,
Convulso incorporándome en el lecho,
Quise abrazarla, y abracé el vacío;

Y de su imagen al través, deshecho
En un raudal de lágrimas, tres veces
Sentí caer mis brazos sobre el pecho.

—El cielo, oyendo tus continuas preces,
—Exclamó la Visión—volverte anhela
El perdido reposo que apeteces,

Y torno á tí, como afanosa vuela
El ave errante al silencioso nido
Donde el esposo sin ventura, vela.

Porque en el seno de la gloria ha sido,
Pensando en tu aflicción, triste mi estancia,
Y turbada su paz con mi gemido.

Cediendo compasiva á tu constancia,
Que no pudieron quebrantar la suerte,
Ni el tiempo, ni el rigor, ni la distancia,

Como en debido premio acudo á verte,
Y por orden altísima te digo
Que tu amor ha triunfado de la muerte.

Con luz del cielo á esclarecer me obligo
Tu espíritu gigante, y por do quiera
Que vayas, siempre me verás contigo.

Cuando sigas la senda verdadera,
—¡Avanza!—te diré—que el bien nos guía:—
Y cuando empieces á dudar—¡Espera!—

Y tu alma, en mi amorosa compañía,
Subirá más, porque tendrá dos alas
Para elevarse á Dios: tu fe y la mía.

Vestiré para tí nupciales galas,
Seré tu esposa mística, y mi mano
Te sostendrá en el mundo, si resbalas.

Te mostraré lo incógnito, lo arcano
Tu mente llegará donde no pudo
Llegar jamás el pensamiento humano;

Y unida á tí por invisible nudo,
En las recias batallas de la vida
Tú la espada serás, y yo el escudo.—

Esto dijo, y su voz siempre querida
Vibró en mi corazón como las notas
De un arpa por los ángeles tañida.

Despertaron en mí fuerzas ignotas:
Sentí al impulso de su acento tierno
Las ligaduras de mi carne rotas,

Y traspasé las puertas del *Infierno,*
Y con espanto ví de los precitos
La fiera angustia y el suplicio eterno:

Y horripilado percibí los gritos
Que arrancaba á las almas pecadoras
La tremenda expiación de sus delitos.

Y cuando en aquel antro sin auroras,
Cerrado para siempre á la esperanza,
Donde son siglos de dolor las horas,

Invencible y tenaz desconfianza
Sujetaba mis piés, ó el terror ciego
Que nunca el hombre á dominar alcanza,

Virgilio, mi mentor, uniendo al ruego
El nombre de Beatriz, romper me hacía
Olas de sangre y límites de fuego.

Mas no tan sólo en la región sombría
Del llanto penetré: siempre guiado
Por mis sueños de amor y poesía,

Subí también al círculo apartado
Donde las almas con ferviente anhelo
Esperan el perdón de su pecado;

Y lejos ya de la mansión del duelo,
Visité, libre de temor impuro,
Las esferas espléndidas del cielo.—

Dijo Dante, y alzándose del duro
Tronco, emprendió de nuevo la jornada
Con ánimo resuelto y pié seguro.

Yo, en lucha misteriosa y prolongada
Con el mudo tropel de mis ideas,
Al través le seguí de la enramada.

De repente exclamó: —¡Bendita seas,
Santa ilusión que nuestra pobre vida
Dignificas, levantas y hermoseas!

Sin tí, nuestra conciencia sumergida
En tenebroso y perdurable encierro,
Gimiera en un abismo sin salida.

Sólo por tí, mi voluntad de hierro
Pudo sufrir la adversidad terrena
Y no morir de angustia en el destierro.

Sostenido por tí, subí sin pena,
Pero no sin orgullo, los peldaños
Tan tristes, ¡ay! de la escalera ajena.

Y en la rauda corriente de mis años,
Soporté con firmeza soberana
La injusticia de propios y de extraños.

¡Ay! Si al hundirme en la miseria humana,
No columbrara en lontananza el puerto
Y la costa segura, aunque lejana;

Si en medio del mundano desconcierto
No hubiese á veces mi razón confusa
Entrevisto el oasis del desierto;

Privado de la paz que no rehusa
A las almas la fe, tú hubieras sido
¡Oh desesperación! mi única Musa.—

Yo seguía escuchando embebecido
Las austeras palabras del Maestro,
Mi pasada inquietud dando al olvido.

El bosque, á cada instante, más siniestro
Se presentaba, y la escabrosa ruta
Más estrecha y hostil al paso nuestro.

Paró por fin mi marcha irresoluta,
Salvando de improviso los abrojos
Que la boca cerraban de una gruta.

Feroz pantera, cuyos turbios ojos
Relucían inquietos en la densa
Oscuridad, como carbones rojos,

Rasgando el aire con su voz inmensa,
Cual si estuviese contra mí en acecho
Descuidado cogióme y sin defensa.

Su aguda zarpa destrozó mi pecho,
Grité azorado, y á mi propio grito
Desperté, revolcándome en el lecho.

—¡Luz, dadme luz!—clamé con infinito
Afán, con el afán del moribundo
A quien mira su culpa de hito en hito.

—Sin el vivo calor, sin el fecundo
Rayo de la ilusión consoladora,
¿Qué fuera de la vida y qué del mundo?

¡Lejos de mí las sombras que á deshora
Llenan de espanto la conciencia humana!—
Y al decir esto, penetró la aurora
En torrentes de luz por mi ventana.

HERNAN EL LOBO.

CANTO PRIMERO.

I.

En solitaria y eminente roca
de los montes cantábricos, altiva
rasga el espacio y en las nubes toca
vieja torre feudal. La peña viva
de donde arranca el resistente muro,
con tan difícil córte el paso cierra,
que no existe castillo más seguro
coronando los riscos de la sierra.

II.

El peñón que le sufre, en dos partido
por un extremo está, cual si de un tajo
en formidable lid le hubiera hendido
el hacha de un Titan, de arriba abajo.
Silvestre helecho y trepadora hiedra
los bordes cubren de la herida piedra,
por cuya enorme cavidad sombría
surge espantable y prolongado grito,
como si aquella mole de granito
se doliese del golpe todavía.

III.

Es la voz del torrente fragoroso
que se despeña de escarpada altura,
y al pasar por la estrecha cortadura,
del castillo feudal, muralla y foso,
se arremolina, se retuerce, choca
y salta, enfurecido y espumoso
como el mar, por las quiebras de la roca.
Cuando acrecienta su raudal la nieve
que derretida de las cumbres baja,
y los cimientos sólidos conmueve
del cerro, y piedras y árboles descuaja,
ante aquel espectáculo sublime
retumba el eco, la montaña gime,

con medrosa inquietud la res salvaje
escapa sin cesar de risco en risco,
se oculta la avecilla entre el ramaje,
en su cueva el reptil, hasta en su aprisco
la oveja se acobarda, y solamente
el águila caudal, cuya pupila
sonda la inmensidad, vuela tranquila
sobre las turbias aguas del torrente.

IV.

El castillo, elevándose imponente,
como un fantasma, en el picacho escueto,
y sobre el negro tajo por do corre
revuelto río, el levadizo puente,
con cadenas fortísimas sujeto,
como un esclavo, á la almenada torre,
todo infunde en los ánimos respeto.
Resalta el ancho y ostentoso escudo
sobre la puerta gótica, en la parda
piedra por toscas manos esculpido,
y de pié en el umbral, siniestro y mudo,
vigila el puente y sus contornos guarda
un soldado con aires de bandido.
Aumentan el misterio y la pavura
de aquel lugar inexpugnable y rudo,
la monótona voz del centinela,
que las traiciones de la noche oscura
siempre temiendo, sin descanso vela;
y en bandadas los cuervos agoreros,
que, al volver de los próximos pinares,
buscan las hendiduras y agujeros
de aquellos murallones seculares.

V.

Era una tarde de Noviembre, helada
como la mano de la muerte; espesa
niebla cumbres y valles envolvía,
y estaba el monte sumergido en esa
confusa claridad, ténue y velada
como el vago crepúsculo del día.
Tan débil era y apagado el brillo
de la pálida luz, que compartía
su imperio con la sombra; á sus reflejos

amortiguados, en el fondo oscuro
de la sala espaciosa del castillo,
se destacaban sin color los viejos
y anchos sitiales de tallado roble
que adornaban la estancia, y en el muro
relucían los bélicos arneses,
el férreo casco, el colosal mandoble,
bruñido escudo y rígida coraza,
junto á la armada testa de las reses
que el personal valor cobró en el noble
y arriesgado ejercicio de la caza.
De propincuo lugar, como el ornato
principal del salon, cuelga un tablero,
donde inhábil pincel trazó el retrato
del magnífico y alto caballero,
glorioso tronco de la ilustre casa,
y en frente de él, en su sillon de cuero,
con los piés arrimados á la brasa
que dejó en el hogar ardido tuero,
manchado por la crápula y el robo,
el Señor del castillo, *Hernan el Lobo,*
como le llama el general espanto,
ahogando estaba su conciencia en vino.
Y no muy léjos su afligida esposa
hilaba sin hablar, deshecha en llanto,
el rubio copo de escardado lino.

VI.

Mil amargos recuerdos en profuso
tropel cansaban su memoria, en tanto
que entre sus dedos resbalaba el huso.
¡Con qué dolor! pero también ¡con cuánto
enamorado afán clavaba ansiosa
sus húmedas pupilas de hito en hito,
en la faz descompuesta y borrascosa
de aquel malsin que embruteció el delito!
Y él, insensible á todo, el cuerpo laso,
balbuciendo palabras desacordes,
y una vez y otras cien vaciando el vaso
lleno de añejo vino hasta los bordes,
con el rostro encendido, la mirada
atónita y vidriosa, el sentimiento
anonadado y la razón turbada,
mezclando sin cesar un juramento

á su insensata y bronca carcajada,
ni aún reparaba en la infeliz aquella
que á su maldad encadenó el destino
para amarle y llorar, sola en el mundo;
víctima desdichada que atropella
indiferente y fiero en su camino,
como la flor de las alturas huella
el oso montaraz. ¡Con qué iracundo
y bárbaro desden Hernan la abruma!
Mas ¡ay! hundida en su mortal congoja,
sufre en silencio, y cual la flor, perfuma
el pié que torpemente la deshoja.

VII.

¡Oh! ¡si supiera odiar!.... Pero no sabe.
No sabe, nó, su espíritu sereno
lo que es rencor, ni en su apacible seno
la ruin pasión de la venganza cabe.
En medio del horror que la rodea,
tan sólo el bien su corazón desea,
y cual la nieve que en la excelsa cima
conserva inmaculada la blancura,
cuanto más su conciencia se sublima,
más se destaca inalterable y pura.
¡Cuán suave y delicada es su hermosura!
Como el murmullo de los bosques, grata
suena su dulce voz: la misma queja
en sus labios de rosa es un halago.
Toda el alma en sus ojos se retrata,
que su pupila trasparente deja
escudriñar el fondo, y como un lago
la luz del cielo en su cristal refleja.
Haz de rayos de sol es su cabello,
que al deshacerse en ondas, ilumina
los nobles hombros y el desnudo cuello.
Mas ¡ay! ¿por qué misterio que no alcanza
la mente á descubrir, tan peregrina
beldad, pone su gloria y su esperanza
en una bestia indómita y dañina?
Busca el contraste el corazón humano
con insaciable sed: la tierna Aurora
cede á esta inclinación que la domina.
En sus noches de insomnio intenta en vano
torcer su voluntad, y gime y llora:

bien conoce que es pérfido, y tirano,
y codicioso Hernan; pero le adora.
Le adora, y sigue con amargo duelo,
cual hoja seca que arrebata el río,
por do la lleva su pasión bastarda.
Mas ¿cómo no, si hasta en el mismo cielo
tiene el sér de la tierra más impío
un ángel que, ante Dios, le escuda y guarda?

VIII.

Hora de los recuerdos, que en las frías
noches en que el pesar nos enajena,
con las gratas memorias de otros días
no endulzas, sino agravas nuestra pena
tú, cuya voz como invisible espada
nos llega al corazón, ¿qué la decías?
¿No despertaste en su abatida mente
las muertas dichas de la edad pasada
como una angustia más de la presente?
¡Ay, sí! Que alguna vez, la infortunada,
evocó, sollozando, en la infinita
desolación del alma que la aqueja,
los breves goces de la ansiada cita
en que gentil, apasionado y tierno
Hernan, al pié de la importuna reja,
rendido le juraba amor eterno.
¿Cómo negar el merecido pago
á su ruego ardoroso? ¿Cómo, esquivo,
volver el rostro al insinuante halago,
y cómo resistir á su embeleso,
si eran en él cada mirada un vivo
rayo de luz y cada frase un beso?
Todas las tardes, cuando en la alta sierra
desmayaba del sol la roja lumbre,
solo y á escape en su corcel de guerra,
al través de la lóbrega espesura
Hernan ganaba la riscosa cumbre.
Sin que estorbaran su certero tino,
ni el sitio agreste, ni la sombra oscura,
seguro de sí propio y del caballo,
volaba, como raudo torbellino,
salvando abismos y cruzando breñas,
entre las chispas que arrancaba el callo

del ágil bruto á las cortantes peñas,
para lanzarse, al fin de su camino,
con el impulso desatado y ciego
con que desborda la corriente brava,
allí donde ella, en contenido fuego,
tímida y palpitante le esperaba.
¡Qué sueños! ¡Qué coloquios! ¡Qué arrebatos!
¡Qué éxtasis de pasión! ¡Qué horas aquellas
tan venturosas ¡ay! como fugaces!
¡Con qué fe renovaban, insensatos,
á la indecisa luz de las estrellas,
sus tiernas riñas y sus dulces paces!
¡Cuántas veces la luz de la mañana,
ni aguardada por ellos ni sentida,
inundando de pronto la ventana,
puso fin á su larga despedida!
¿Cómo no comparar la pobre Aurora,
en la noche terrible de su vida
y en el tedio mortal que la devora,
el bien soñado á su desdicha cierta?
Y ¿cómo no llorar, si su esperanza,
como paloma á quien el hierro alcanza.
desde el cielo al abismo cayó muerta?

IX.

Aquel Hernan que despertó en su seno
amor tan infeliz y tan profundo,
estaba allí, como el reptil inmundo
que se revuelca en pestilente cieno,
abrumado de crímenes, beödo,
sin luz en la razón, sin fé en el alma,
y tranquilo quizás.... ¡No! que entre el lodo
jamás conserva el corazón su calma.
¿Quién tiene de los réprobos la clave?
¿Engendran las blasfemias en su boca
la impiedad ó el espanto? ¡Dios lo sabe!
¡Nada hay estéril en el mundo! Crece
el musgo humilde en la desnuda roca,
entre hielos el liquen aparece;
arraiga el pino en la rasgada grieta
que abre la lluvia en el peñon tajado,
sobre las tumbas el ciprés vegeta,
y el miedo en la conciencia del malvado.

X.

¡Cuán honda, cuán fatídica tristeza
inspira aquel salón! Encenagado
el licencioso Hernan en su torpeza,
y ella entregada á vanos desvaríos,
juntos están en soledad medrosa,
como dos muertos que en la misma fosa
yacen mudos, inmóviles y fríos.

XI.

De pronto, con estrépito la puerta
abrióse, y un pastor recio y membrudo,
de torvo rostro y de expresión incierta,
penetró en el salón. Rústico sayo
de pieles sin curtir, con tosco nudo
ceñido á la cintura, era su traje.
Paróse en el umbral, miró al soslayo
con la inquietud curiosa del salvaje,
y luégo, destocando su cabeza,
enmarañada como bosque espeso,
avanzó hácia Hernan. La triste Aurora
disimular no pudo, bajo el peso
de su terror, la femenil flaqueza,
y aturdida quedó, cual queda el ave
al sentir la mirada abrumadora
del rapaz gavilan, en ella fija.
Hernan, con gesto reposado y grave,
quiso ponerse en pié; pero en mal hora.
Volcó su torpe esfuerzo la vasija
de blanco estaño, que el licor ardiente
encerraba, y con cómica sorpresa
esparcirse le vió como un torrente
de rutilante sangre por la mesa.
—¡Cuerpo de Dios!—refunfuñó impaciente—
—el diablo en mi camino se atraviesa.—
Y descargando su fornido puño
sobre el tablón nudoso:—¡Habla, por Cristo!—
balbuciendo exclamó:—¿Qué pasa, Nuño?



. . . . —¡Espera!
¿No ves, si alguna compasión te inspira
mi amor, que me asesinan tus desvíos?—
Y el monstruo, rechazándola con ira,
—¡Cansada estais!—la contestó—¡Moríos!

NUÑEZ DE ARCE-11. HERNAN EL LOBO.

XII.

—¡Escuchadme y sabréis! Por la cañada
del puerto de las Víboras he visto
buen golpe descender de gente armada—
dijo el záfio, clavando la mirada
oblícua en su señor.—Son mercaderes:
muy precavidos van; pero no creo
que den pruebas de aliento en un apuro.
Marchan revueltos hombres y mujeres,
y juzgo, si no miente mi deseo,
la lucha fácil y el botin seguro.
Diez mulas llevan de poder y brío,
rendidas bajo el peso de los fardos
que en vuestras cuevas hacinar ansío,
y exploran el terreno dos gallardos,
ágiles y robustos montañeses.—
—Quisiera—exclamó Hernan—que me dijeses
cuántos los hombres son.—Gente no falta—
respondióle el pastor.—Mas cuando asalta
el lobo algún redil, ¿cuenta las reses?—
—Nuño, tienes razón: fuera cobarde
reparar en el número—repuso
el fiero Hernan con desdeñoso alarde.
La vil codicia disipó el confuso
vapor, que sus potencias envolvía,
como súbito viento de la tarde
barre las brumas, aclarando el día,
y alzóse con indómita energía,
parecido al leon, que se espereza
sacudiendo su crin desordenada,
cuando siente, al través de la maleza,
el resoplido de la presa ansiada.

XIII.

Arrasados en lágrimas los ojos,
trémula, incierta y sin color Aurora
á los piés de Hernan cayó de hinojos,
y con la voz de la mujer que implora
y acaricia á la par, voz que semeja,
vibrando de ansiedad y de cariño,
del bien amado la sentida queja
y la inocente súplica del niño:

—¿Qué vas á hacer?—le preguntó.—¡Insensato!—
Y él mirándola airado y cejijunto,
prorumpió con estúpido arrebato:
—Hilad, señora, en paz, que no es asunto
propio de flacas hembras el que trato.—
Exhaló la infeliz sordo gemido,
y de sus manos se escapó la rueca
como asustado pájaro del nido.
Volvió otra vez á interponer su ruego:
pero con frase dominante y seca,
tan seca como el áspero chasquido
del azote que al siervo despedaza:
—¡Basta!—gritóle Hernan, de rabia ciego,—
ó juro á Dios que os pongo una mordaza.—

XIV.

Bajo el torpe rigor de la amenaza,
ella temblando obedeció. Profundo
y lúgubre silencio, tan sombrío
como el que cerca al triste moribundo,
en la estancia feudal reinó un instante,
que allí también desamparado y frío
espiraba de angustia un pecho amante.
—Casi es seguro—con feroz sosiego
el rústico siguió—que aprovechando
la ocasión, despojemos á mansalva....—
Hernan miróle con fijeza, y luego
le preguntó sin risponderle:—¿Cuándo
pasar los viste?—¡Al despuntar el alba!—
Nuño le contestó. Como la fiera
ola del mar, que con murmullo blando
suavemente acaricia la ribera,
hasta que osada ráfaga de viento
su furia excita y su quietud altera,
Hernan alborotóse de improviso,
y yendo hácia el pastor, que sin aliento
le contemplaba atónito y sumiso,
colérico exclamó:—¿Cómo, menguado,
acudes en tal hora á darme aviso?
Si dices la verdad, ¿dónde has estado?—
—Tened piedad de la flaqueza mía—
dijo Nuño, turbado como un reo
delante de su juez, y las palabras
temblaban en los labios del espía:

— He llegado hasta aquí, dando un rodeo,
por donde acaso las monteses cabras
no estamparon su huella todavía,
y la razón de mi tardanza es ésa. —
— ¿Y por qué no venir por el atajo? —
preguntó Hernan. — De mi valor respondo —
el pastor replicó bajo, muy bajo:
— Mas ¿quién se determina á tal empresa?
¡Pasar junto al abismo en cuyo fondo
vos!.... ¡Imposible! — Y se erizó la espesa
selva de sus cabellos. — ¿Quién se arrima?
Cuantos se adelantaron atrevidos,
dicen que salen de la horrenda sima
maldiciones, sollozos y alaridos. —
Nuño calló, sus espantados ojos
giraban en sus órbitas oscuras,
como acosados tigres entre abrojos,
cuando audaz cazador los acomete
en su propio cubil. — ¡Mucho aventuras!
— gritóle Hernan. — De mi presencia véte,
y pide á Satanás que los alcance.
Que si por tí se nos malogra el lance,
si tu incuria mis brazos encadena
y vuelvo sin botin de la jornada,
óyelo bien, te cuelgo, á mi llegada,
para pasto de buitres, de una almena —

XV.

Despavorido el rústico y absorto
ante el horrible gesto y la mirada
de aquel malvado, del infierno aborto,
fuése alejando, hasta ganar la puerta,
con vacilante paso y faz miedosa:
y al encontrarla en su camino abierta,
rápido se escurrió, como el impuro
y cobarde reptil por la musgosa
y húmeda grieta de vetusto muro.

XVI.

— Yo amansaré tu condición villana —
Hernan refunfuñó. — ¡Mal fin te auguro!
Y abriendo de repente una ventana,
— ¡Hola! — gritó con estentóreo acento

á la chusma del patio: — Que la trompa
con su bélico són los aires rompa,
que mi rojo estandarte ondule al viento.
No quede mesnadero, ni vasallo
que á mi formal mandato se resista,
ó, ¡vive Dios! que sentirá mi fallo.
Ya la caza en el término se avista.
¡Son miserables corzos! ¡A caballo!
¡Todos en marcha! ¡Todos tras la pista! —
Dijo, y oyóse el sordo clamoreo
y el alegre bullicio de las gentes
que se aprestaban al infame ojeo,
y á poco retumbaron estridentes
por valles y montañas, los sonidos
de la trompa marcial. Ya en su escarceo,
los potros al combate apercibidos,
relinchaban fogosos, golpëando
con sus herrados cascos la ancha losa,
y Hernan, que estaba á la ventana, cuando
vió soltar del rastrillo la cadena,
se dispuso á partir.

XVII.

Pero su esposa,
sobrecogida de zozobra y pena,
abrazóse frenética á su cuello
como si el miedo la aumentára el brío,
y casi extinto el último destello
de su débil razón: — ¿Dónde, bien mio,
dónde vas? — prorumpió. — ¿Por qué me dejas
sumida en esta angustia que me acaba? —
Y reia la mísera y lloraba,
y á la vez palpitaban en su boca,
ayes, suspiros, ósculos y quejas.
— ¡No te manches en sangre! ¡Te lo pido
por tí, por mí! — clamaba como loca
y era triste su voz como el gemido
de un arpa que se rompe. — ¡Ay, vida mía!
no te condenes á suplicio eterno,
que donde tú no estás, está mi infierno,
y á la gloria sin tí renunciaría. —
Escuchábala Hernan como un idiota,
extraño á todo sentimiento, mudo
pero sombrío, y reprimiendo el llanto,

ella con frase apresurada y rota
por su amor, por su duelo y por su espanto:
—¡Necia de mí!—añadía—¿por qué dudo
de tu cariño?—Y con febril empeño
más y más estrechaba el dulce nudo
con que oprimía á su insensible dueño.

XVIII.

Hernan, repuesto ya de la sorpresa
y obedeciendo á sus instintos viles,
desabrido exclamó:—¡Callad, señora!
que no han de hacerme abandonar la empresa
súplicas ni lamentos mujeriles.—
Como animoso náufrago que implora
inútilmente auxilio, y sólo escucha
la voz de la borrasca bramadora,
aunque distante de la amiga playa,
lucha sin esperanza, pero lucha,
y mientras tiene vida no desmaya,
tal la inocente y desolada Aurora
pretendió resistir de aquella fiera
nunca saciada el sanguinario intento.
—¡Ay!—con amargo y penetrante acento,
gimió, abrazada á su verdugo:—¡Espera!
¿No ves, si alguna compasión te inspira
mi amor, que me asesinan tus desvíos?—
Y el mónstruo, rechazándola con ira,
—¡Cansada estais!—la contestó.—¡Morios!

XIX.

Soltóse con tal ímpetu y coraje,
que Aurora vino á tierra trastornada,
y más que el golpe la dolió el ultraje,
aunque bien advirtió la desgraciada
que por su rostro pálido corría
la sangre con las lágrimas mezclada.
De pronto el sol, atravesando el velo
de la niebla sutil que le cubría,
vertió, desde el ocaso, sobre el suelo,
su luz, más bella cuanto más tardía.
Un rayo melancólico y furtivo,
pasando por los vidrios de colores,
bañó la faz de Aurora, do su vivo

y trágico terror estaba impreso,
como si conociendo sus dolores,
aquel rayo bajára compasivo
por mandato de Dios á darle un beso.
Inmóvil y tendida sobre el duro
pavimento de piedra, cual yacente
estátua de un sepulcro, confundida,
cada vez más siniestro y más oscuro
entrevió el porvenir, y no en la frente,
dentro del corazón sintió la herida.
Abatidos sus músculos y flojos,
postrada la conciencia, entumecida
la voluntad, y en su mortal quebranto,
la clara luz de sus hermosos ojos
nublada por la sangre y por el llanto,
trató de incorporarse, mas no pudo,
y el amor, y la pena y el despecho
con invisible y apretado nudo
ahogaron los sollozos en su pecho.
Desesperada, loca, en su infinito
y rebelde pesar, una y tres veces
el seno hirióse y con vibrante grito,
—¡Ay!—dijo, ciega de furor:—¡Maldito
corazón, que ni olvidas ni aborreces!—
Iba á seguir; pero el rumor confuso
que levantó en el patio la mesnada,
término y fin á sus lamentos puso.
Heló sus venas de la muerte el frío,
y fijando en el cielo su mirada,
—¡Ten—murmuró, quedando aletargada—
compasión de ellos y de mí, Dios mío!

XX.

Cuando la bulliciosa comitiva
atravesaba el puente en són de guerra,
ya con su luz dudosa y fugitiva
doraba el sol los picos de la sierra,
y lentamente por la mústia alfombra
de los oteros y cañadas, iba
subiendo y espesándose la sombra.
—Era ese instante de suprema calma
en que se extingue de la tarde el ruido
y en sus tristezas se recoge el alma.
Cuando el grave y patético tañido

de la campana los espacios llena,
y con lengua metálica y sonora
dice al mortal: — suspende tu faena;
Dios te ofrece el descanso hasta la aurora. —
Cuando forma y color se desvanecen,
baja el silencio, las tinieblas crecen,
y el campecino á quien el cielo avisa
que interrumpa su rústico trabajo,
á la luz del crepúsculo, indecisa,
guía y conduce por estrecho atajo
su mansa yunta á la cercana aldea,
do amante madre ó diligente esposa,
solícita prepara y cariñosa
sano alimento en el hogar que humea.
Cuando en pos del reposo apetecido
busca el redil en el seguro prado
la dócil res, el labrador cansado
su pobre casa, el pájaro su nido,
y las pérfidas sombras el malvado.

LA VISIÓN DE FRAY MARTÍN.

CANTO I.

I.

Era una noche destemplada y triste
Del invierno aterido. Lentamente
La nieve silenciosa descendiendo
Del alto cielo en abundantes copos,
Como sudario fúnebre cubría
La amortecida tierra. Cierzo helado
Azotaba los árboles desnudos
De verde pompa, pero no de escarcha,
Y, conmovidos por el recio choque,
Parecían lanzar en las tinieblas
Los duros troncos, lastimeros ayes.

II.

La ciudad descansaba. De repente
Turbó su sueño el lúgubre tañido
De la campana, que con voz sonora
Desde la torre á la oración llamando,
En sus vibrantes notas contenía
Todo el siniestro horror de aquella noche,
Negra y glacial como el ingrato olvido
De la mujer amada.

III.

Era la hora
De los maitines en el viejo templo
De Padres Agustinos. Taciturnos
Y soñolientos, la capucha vuelta
Sobre la faz rugosa, y con los brazos
En las flotantes mangas escondidos,
Por el gótico claustro del convento
Los frailes avanzaban hácia el coro.
Las moribundas lámparas que ardían

De trecho en trecho, el claustro iluminaban
Con esa claridad tibia y confusa,
Más espantable que la misma sombra,
Y allá lejos, muy lejos, en el punto
Do se perdían sus inciertos rayos,
— Como en el lapso, perceptible apenas,
En que la luz crepuscular se extingue
Y cede el paso á las nocturnas horas —
Próximo al muro, tosco crucifijo
De colosal tamaño descollaba,
Despertando en el alma esos terrores
Vanos, pero invencibles, que el silencio
Forja en la oscura soledad.

IV.

El claustro
Quedó poco después desierto y mudo,
Y entonces un humilde religioso
De su celda salió. Cual si cediese
A irresistible impulso, ante la imagen
Del Santo Redentor, que en la penumbra
Sus enclavados brazos extendía,
Con sorda agitación cayó de hinojos;
Ronco gemido levantó su pecho,
Como levanta las dormidas olas
Del mar la tempestad; copioso llanto
Rodó por sus mejillas descarnadas,
Y reclinando en la marmórea piedra
Su demacrado rostro, oró un momento.

V.

El preludio del órgano, inseguro,
Débil y torpe cual la voz del niño
Que la palabra indómita balbuce,
Súbitamente interrumpió el reposo
Del sagrado retiro, y la profunda
Contemplación del afligido hermano.
Sacudió la cabeza cual sacude
El caminante su nevada capa
Cuando al hogar hospitalario llega,
Y arrojando de sí los pertinaces
Recuerdos, suspiró, besó contrito
La helada losa, y penetró en el coro.

VI.

Él faltaba no más. Saludó el ara
Con fe devota, y ocupó su asiento
En la esbelta y tallada sillería
Donde esculpió la primorosa mano
De hábil artista el trágico poema
De nuestra santa Redención. La roja
Y amortiguada llama de los cirios,
Que junto al facistol se consumían
Con áspero y tenaz chisporroteo,
Alumbraba la augusta ceremonia.
El órgano hasta entonces vacilante,
Rompió, como ruidosa catarata,
En raudales de mística armonía,
Y cual aves que salen de sus nidos
Al llamarlas el sol, ágiles notas
En tropel la alta bóveda inundaron,
Ya graves, ya sumisas, ya imponentes.
Después el rezo comenzó.

VII.

¿Quién oye
Sin alterarse, el recogido acento,
El unísono cántico que elevan
A Dios las almas puras, olvidadas
Del mundo y de sus locas vanidades?
¿Quién no siente de lágrimas henchidos
Los ojos? ¡Quién no tiembla y se estremece
Cuando en la nave colosal retumba
Con la terrible majestad del trueno,
Ese coro magnífico y sublime,
Mitad imprecación, mitad sollozo,
En que parece que palpita y llora
Abrazado el dolor á la esperanza,
Como un esposo al cuerpo inanimado
De la mujer á quien amó rendido!

VIII.

Los salmos de David son como el viento,
Que apacible y sutil el campo orea,
Grana la miés, y en melodiosas arpas
Los corpulentos árboles convierte.

Mas luégo fiero y desatado troncha
Los más robustos troncos, las campiñas
Y los poblados tala, hincha los mares
Revolviendo las olas, y el espacio
Con sus bramidos espantosos llena.
También el canto del salterio enjuga
El lloro acerbo, vierte en las heridas
Consoladores bálsamos, conforta
Al débil, da vigor al oprimido,
Y al enfermo, salud. Mas ¡ay, si estalla
En sus tremendas notas el enojo!
¡Ay, si el céfiro blando se trasforma
En huracán desenfrenado! Entonces
Abate á los soberbios, aniquila
La maldad orgullosa, y hasta avienta
El olvidado polvo de las tumbas.
¡Oh canto de piedad y de castigo!
Por tus sacros versículos parece
Como que escucha el ánimo suspenso
Rodar todo el estrépito del mundo:
Tronos que se desploman, muchedumbres
Que arrastra la pasión, sordo rugido
De la plebe sin Dios, desesperadas
Blasfemias, estertores de la muerte,
Todo en el arpa del Profeta vibra.
—Es como el mar la humanidad: ni calla
Ni se detiene. En su perpetuo curso
Cada generación lanza su queja,
Como cada ola su rumor. Furioso
El vértigo del tiempo la arrebata,
Y clama sin cesar de siglo en siglo:
—¡Misericordia, oh Dios, misericordia!
¿Concentran, ¡ay! los inspirados salmos
Tan perdurable afán?

IX.

Con impaciente
Celo, como quien busca en la plegaria
Fuerza para domar las tempestades
Del oprimido corazón, el monje
Recién llegado al religioso coro
Unió su voz entrecortada y dura.
Los que gemís en las mortales noches
De prolongado insomnio, en que vacila

La fe, se ofusca la razón, y pliega
La esperanza sus alas, como el ave
Ya próxima á espirar; los que del fondo
Del pensamiento, en tan horribles horas,
Sentís nacer la alborotada idea,
Grande como Luzbel, como él impía,
Tentadora y rebelde; los que en lucha
Tenaz con la conciencia amedrentada,
Veis lentamente oscurecerse el cielo
Y pasar en revuelto torbellino
Las ilusiones y creencias, una
Tras otra, cual las chispas fugitivas
De ardiente hierro sometido al yunque;
Vosotros, ay! en el medroso acento
Y en el fervor acongojado y hondo
Con que el mísero fraile á Dios llamaba,
Sentido hubiérais palpitar la duda,
La duda insana, la ansiedad suprema
Del náufrago infeliz que, arrebatado
Por las rugientes y encrespadas olas,
Mira á lo lejos la risueña playa,
Insensible á su mal. — Mas de improviso
Calló fijando los turbados ojos
En el gótico altar, que en lo profundo
Del templo opacamente aparecía.
Y creyó ver que en la desierta nave
Como negro vapor se condensaban
Las palabras del salmo, los acordes
Armoniosos del órgano, su misma
Voz, de zozobras llena, y hasta el eco
Que resonaba en los macizos muros.
Los bíblicos lamentos, los dolientes
Ayes y los versículos sublimes
Que del coro monástico surgían,
Dijérase que en raudas espirales
Iban á hundirse en la profusa niebla,
Espesándola más. Luégo del seno
De aquella masa lóbrega, conjunto
De quejas, y suspiros, y clamores
En concertado són, cada gemido,
Cada plegaria, cada voz, cobrando
Sér, cuerpo y expresión de un pensamiento,
De una muerta memoria ó de una pena,
En mezcla tumultuosa á la mirada
Del aturdido fraile se mostraron.

X.

Poblóse la ancha bóveda de informes
Y fantásticos séres, que en horrenda,
Vertiginosa danza, en incesante
Giro, en continuo movimiento, como
Nocturnas aves por el aire vago,
Agitaban sus alas no sentidas.
Las recónditas ansias, las pasiones
Dormidas, los recuerdos importunos,
Que hasta del claustro en el retiro humilde
Rompen la paz de la existencia humana,
En la insondable sombra revivieron;
Y cuantos vicios escondidos yacen
En lo oscuro del alma, allí en confuso
Turbión, tomando caprichosas formas,
Cruzaban cual relámpagos. La gula,
La codicia, el rencor, la hipocresía,
Larvas de humano rostro serpeaban
Con cárdeno fulgor en las tinieblas.
Y la pálida envidia, el vil recelo,
La iracunda ambición, el hondo hastío,
Monstruos disformes de aceradas garras,
Avidas fauces y órbitas de lumbre,
Con inquieto furor se retorcían.
Como indeciso rayo de la luna
En tormentosa noche, contrastando
Con las visiones lívidas, que el miedo,
La pasión despechada, acaso el crimen
En la espantosa soledad engendran
La fe sencilla y crédula que busca
Su patria celestial, de luz vestida,
Los tenebrosos ámbitos surcaba.
Allí la voz en que el amor profano
Se revuelve ignorado y contenido,
Como el fuego volcánico en las duras
Entrañas de la tierra, revestía
Gallardas formas de mujer. ¡Cuán fácil
Mostrábase al amor, desnudo el seno
Y palpitante, la febril mirada
Incitando al placer, y la entreabierta
Boca ofreciendo al corazón lascivo
Un ósculo sin fin como el deseo!
Desgreñadas orgías, imposibles
Sueños de la abstinencia, abrumadores

Votos de castidad que en las vigilias
Del claustro brindan en dorada copa
A la sed de las almas hiel hirviendo,
Con satánica burla le acosaban.
Allí la pena, y el amor, y el odio
Lloraban en silencio; allí la culpa
Se destrozaba el oprimido pecho.
El gesto y la expresión de aquella hueste
De siniestras visiones daba espanto:
Lleno estaba el espacio de sollozos
Que se quebraban sin sonar; ni un grito,
Ni un suspiro, ni un ¡ay! la interminable
Y fantástica ronda interrumpían.

XI.

El fraile, jadeante y confundido
Cual si tomara en la incesante rueda
Parte activa también, la deslumbrada
Vista alejó de la imponente nave,
Clavándola en el suelo. ¡Ay! Pero nunca
Hiciera tal. Horripilante cuadro,
Que heló su sangre, y de sudor de muerte
Cubrió sus miembros rígidos, de pronto
Hirió su trastornada fantasía.
Fríos y descarnados esqueletos
Recién salidos de sus tumbas, mudos,
Inmóviles y absortos, con los brazos
Tendidos, en la iglesia se agolpaban
De espaldas al altar, mirando al coro,
Y animaba sus mustias calaveras
Mueca infernal, incomprensible, oscura
¿Lloraban? ¿Se reían? ¿Aquel gesto
Era de escarnio ó de dolor? Vedado
Está el misterio á la razón del hombre.
¿Quién interroga á los sepulcros? Nadie
Sabrá jamás lo que en su abismo encierran.
¿Es la vida? ¿Es la muerte? ¿Es el principio?
¿Es el fin? ¿Es la nada?... ¡Eterno enigma!—
¡Esto es el mundo! El vértigo en su altura;
Abajo, la bullente podredumbre,
Y en el altar, la sombra.

XII.

Ante el medroso
Hormiguero de espectros, que ofuscaba

Su juicio y su conciencia, con lamento
Desesperado y penetrante, el monje
Pidióle amparo á Dios, y alzóse al punto
De las tinieblas virginal figura,
Hermosa y fulgurante, pero triste.
Larga, enlutada túnica cubría
Sus púdicos contornos, cual celaje
Que vela el blanco disco de la luna
Sin amenguar su resplandor; sus ojos
No lanzaban las ráfagas de fuego
Que en la núbil pupila amor enciende,
Pero brillaban trasparentes, puros,
Como los astros en tranquila noche
De caluroso estío; su ondulante
Y negra cabellera, en destrenzadas
Hebras por la ancha espalda descendiendo
Con doble encanto resaltar hacía
La grave y melancólica hermosura
De la celeste aparición envuelta
En una claridad como de aurora.
Pintábase en su faz meditabunda
Y pálida el dolor; ese infinito
Dolor que azora el corazón humano
Cuando busca y no encuentra, cuando mira
Y no ve, cuando lucha y desfallece.

XIII.

Cruzando leve el círculo movible
De séres impalpables, que llenaban
La bóveda espaciosa, la serena
Visión, rompiendo el aire, entró en el coro
Y en el respaldo del sitial labrado
En que convulso el fraile padecía
Tan tremendas angustias, silenciosa
Apoyó dulcemente el blando seno.
Vióla el monje llegar, cerró los ojos,
Y al través de los párpados, más viva
La imagen percibió; sintió unos brazos
Que le estrechaban afanosos; luégo
Un ósculo glacial, que á un tiempo mismo
Le helaba el corazón y le encendía
La mente; luégo penetróle el alma
Una voz regalada y cadenciosa,
Como suspiro de amorosa virgen;
Voz que, temblando, le decía:—Deja

Que te abrace otra vez. ¿Quién este nudo
Podrá ya desatar? ¡Vén! Te he besado
Y ya eres mío, ¡para siempre mío!—

XIV.

El coro, en tanto, sus pausadas preces
Alzaba á Dios; el órgano en *crescendo*
Solemne y grave, el templo estremecía,
Y la visíon radiante á cada salmo
Contestaba con otro, cual contestan
El eco al grito y el dolor al golpe.

CORO DE FRAILES.

¡Ay! Bienaventurado
El varón que se humilla
Y no escucha el consejo del malvado,
Ni en la manchada silla
De ciegos burladores se ha sentado.

LA VISIÓN.

Si en seguirme consientes,
Pide, y mi amor te colmará fecundo
De dones y presentes;
Tuyos serán los términos del mundo
Y te daré por heredad las gentes

CORO DE FRAILES.

Párate, que resbalas;
La tentación desprecia
Y huye de falsas y mentidas galas;
Que si el peligro arrecia,
Te esconderé en la sombra de mis alas.

LA VISIÓN.

¿Vacilas? Ten aliento,
Y no el torpe recelo te confunda,
Eleva el pensamiento,
Y libre como el pájaro en el viento,
Quebranta tu cadena y tu coyunda.

Rígido, incierto, atormentado acaso
Por ocultos deseos, hasta entonces
Nunca sentidos, y que el leve acento
De la visión en su interior movía,
Volvióse el fraile, y preguntó azorado:

—¿Quién eres? ¿Qué pretendes? ¿Por qué alteras
Mi oración y mi paz?—¿No me conoces?—
Le respondió, atrayéndole afanosa:
— Yo soy, mírame bien, algo que vive
Y algo que ha muerto en tí. Soy una llama
Que surge de improviso en el abismo
De tu inquieta razón. ¡Yo soy la duda!—
Al oir esto, irguióse el sacerdote,
Y acometido de mortal desmayo,
Quiso escapar de allí, mas vino á tierra
Como la encina rota por el rayo.

CANTO II.

I.

Mientras los frailes, á piedad movidos,
El cuerpo de su hermano recogían
Lívido, mustio, cual si el soplo helado
De la implacable muerte hubiese roto
Su frágil existencia, el alma libre
Abandonaba su prisión oscura
Breves instantes nada más, y asida
A la flotante túnica enlutada
De la hermosa visión, llena de asombro
Se preparaba á levantar el vuelo.

II.

Del mismo modo que el metal fundido
Recibe y guarda la impresión del molde
Que inflamado y rugiente le contuvo,
El alma incorruptible conservaba
La forma corporal, y como el rayo
De luz, que aún flota en la infinita esfera
Después de extinto el astro esplendoroso
De cuyo seno se escapó, la imagen
Del sér, al mismo sér sobrevivía.

III.

Obedeciendo á superior impulso
Como la débil hoja que arrebata
Aura otoñal y el remolino lleva,
Apartóse del cuerpo inanimado

Do refugiada estuvo, que en el coro
Inerte y cadavérico yacía;
No sin fijar en él tierna mirada
De lástima y amor.

IV.

Hasta el cautivo
Llega á cobrar cariño á la cadena
Que le sujeta el pié, si al duro peso
Le acostumbran los años; hasta el ave
Que encarcelada y entre hierros vive,
Cuando quebranta su prisión, la llora,
Y sola, triste, sin amor, sin nido,
Lamenta, agonizando, en la espesura
Su inútil libertad. ¿Cómo podría
El alma desterrada, cuando vuelve
A su patria inmortal, dejar gozosa
Al compañero humilde que en la tierra
Prestóle amparo y le ofreció un asilo?
El compartió con la infeliz proscrita
Su pobre lecho, el único que pudo
Cederla en su miseria, y el escaso
Pan de sus breves alegrías; siempre
Sumiso y dócil le brindó sus ojos
Para llorar, para sentir sus nervios,
Para pensar su mente, y su palabra,
Y su sangre, y su acción; sin él la idea,
Como Titán paralizado, nunca
El monte que la agobia rompería:
Fuera un impulso sin objeto, un rayo
Del sol ahogado por la noche, un mundo
En el seno del caos. Cuando le alienta
Del entusiasmo ó de la fe la llama,
Combate sin cesar, y si es forzoso
Morir, se entrega al sacrificio, y muere.
Por él tiene su mártires la augusta
Verdad, sus nobles víctimas la ciencia,
La caridad sus héroes, y el crimen
Sus terrores profundos; él se arroja
Sin temor, convencido ó resignado,
A las fieras del Circo, á las borrascas
Del mar, á las angustias de la vida
Y á los abismos de lo ignoto. ¡Oh frágil
Y deleznable arcilla donde mora
El alma contenida, mas no esclava!

¿Cómo dejarte sin pesar? El mismo
Dios, que te honró cubriendo su grandeza
Con tu envoltura material, no pudo
Separarse de tí sin hondo duelo.

V.

Por la Visión doliente conducido
El temeroso espíritu del fraile
Surcó el espacio lóbrego y callado;
Pero en la densa oscuridad sus ojos
Incorpóreos veían, y el silencio
Para él tenía incomprensibles voces.
Descubrió de repente abrupta roca,
Cuyo invisible arranque parecía
Surgir de las entrañas del infierno,
Y cuya cima inaccesible envuelta
En sosegado piélago de lumbre,
Ni el águila, que mira de hito en hito
Del sol la intensa luz, resistiría.
El principio y el fin del escabroso
Y aislado risco á la razón humana
Le está vedado conocer; ocultan
Las tinieblas más hórridas su base,
Y defiende su cumbre el increado
Resplandor que despide, siempre vivo.
Con lenta gradación iba creciendo,
Según subía en espiral, la llama
Profusa do la cúspide sublime
Sus ásperos contornos escondía,
Hasta llegar á ser, como la sombra,
Más que la misma sombra, impenetrable
La corona de fuego de la altura.

VI.

El alma y la visión su raudo vuelo
Abatieron, posándose en la cresta
De cortadura ingente, que rasgando
La roca escarpadísima, llegaba
Desde los lindes de la luz difusa
A los grados más ténues de la sombr
Y allí de pié sobre la peña escueta
Inmóviles se alzaban, como grupo
Escultural sobre columna enorme,
Cuando la tarde, al espirar, confunde
Las formas y el color.

VII.

Ambas tendieron
Hasta el confín de la penumbra inmensa
La vista audaz, desde el tajado pico
Por cuyas quiebras con fragor caían,
Como torrente de espumosas ondas,
Los siglos despeñados de la cumbre;
E impasibles y absortas, del linaje
De Adán el rumbo incierto contemplaron.
Era la marcha fatigosa: agudas
Zarzas, angostos precipicios, tristes
Desfiladeros, páramos incultos,
Sin un arroyo límpido y sereno
En que templar la sed, sin un abrigo
Donde buscar reposo, embarazaban
La senda, que enroscándose subía
Por el agrio peñón, como escamosa
Y gigantesca sierpe. Inquieta, torpe,
Dejando impreso por do quier el rastro
Ensangrentado de sus piés desnudos,
O á cada paso en las breñosas puntas
Su desgarrada carne, aquel camino
La humanidad seguía, y avanzaba
Cayendo y levantando; pero siempre
La vista fija en la inmutable lumbre
Que irradiaba del monte.

VIII.

Horrendas luchas,
Impensadas catástrofes y fieras
Venganzas la diezmaban de contino.
En tribus dividida, y en naciones,
Y en imperios, y en razas, ¡cuántas veces
Las tribus, las naciones, los imperios
Y las razas enteras, cual rebaño
Que ciego se derrumba y precipita,
Se despeñaban en tropel! ¡Y cuántas
Desparecían por completo, como
La débil nave que la mar sepulta!
Todo, todo se hundía en la insondable
Vorágine del tiempo. Leyes, usos,
Monumentos y gloria, hasta los mismos
Dioses, temblando de pavor, rodaban
Al fondo de la sima, nunca llena.

IX.

Los siglos arrollaban á los siglos
En turbulento curso, cual las olas
Arrollan á las olas, y su paso
Era raudo y fugaz, que en su potente
Fermentación, naturaleza activa
Absorbe cuanto crea, y cuanto absorbe
Vuelve á crear infatigable. Todo
Era efímero allí, menos el Verbo,
El luminoso Verbo, la palabra
Humana, que flotaba sobre el mundo,
Como al romperse el caos, sobre los mares
Aún mudos y dormidos, el inmenso
Espíritu de Dios. Cuando los vastos
Imperios sucumbían; cuando el hondo
Abismo devoraba las naciones
Y las podridas razas; cuando viento
De tempestad, en polvo convertidos
Derribaba los dioses, el radiante
Verbo, sobrenadando, trasmitía
La herencia, el pensamiento y la memoria
Del pueblo muerto al pueblo que llegaba.

X.

Pálida, sigilosa, descargando
Certeros golpes por do quier, la muerte
En pugna eterna con la vida, el aire
Envenenaba con su helado aliento,
Y en pos, blandiendo sus cortantes hoces,
Iban sus hijas, la ambición, la peste,
El hambre y la discordia. Sin reposo
Sobre la humana especie revolaban,
Como bandadas de voraces buitres
Que acuden al festín de la pelea,
Y perseguían con perenne furia
La vida hasta en el átomo impalpable.
Pero extremaban su rencor en vano;
Pues cual simiente que en el fértil surco
Cae y germina, cada sér vencido
En la revuelta lid, de nuevos séres
Origen era, y parecida á Anteo,
La disuelta materia renacía
Al tocar en la tierra, más pujante,
Más rica, más espléndida, más varia.

¡Oh generosa vida, que conviertes
Hasta el sepulcro en cuna y sólo entregas
A la insaciable destrucción, la forma
Perecedera y ruin, ¡mil veces salve!
¡Mil veces salve! Tu ánfora divina
Nunca se agota. Pueblas el espacio
De incalculables mundos, y los mundos
De incalculables séres, que revisten
Las más diversas formas; tú fecundas
Lo pequeño y lo grande, lo finito
Y lo infinito, el átomo y el cielo.
¡Vida, aliento de Dios, mil veces salve!

XI.

Desde la enhiesta y solitaria roca
Contemplaba el espíritu del monje
El viviente espectáculo, que apenas
Llegaba á comprender. Extrañas gentes,
De distinto color, de opuestos ritos
Y múltiples costumbres, afluían
Al áspero sendero, como afluyen
Los ríos á la mar. Allí el etiope,
El escita, el que acampa en los desiertos
Del Africa recóndita, el que bebe
Las turbias aguas del sagrado Ganges,
El indio errante sin hogar ni patria,
Que al través de las selvas primitivas
Su ley, su Dios y hasta sus muertos lleva;
El que milita en la escogida hueste
De Cristo, el que le niega ó le desdora
Y da su vida en holocausto impuro
Al triunfal carro de mentidos dioses
Por el error vencido ó por el miedo,
En la escabrosa senda se agolpaban.
Pero ¡oh misterio incomprensible! aquella
Varia y revuelta multitud, que á impulsos
De opuesta fe, de símbolos distintos,
Y de contrarias religiones, iba,
Siempre en interna y perdurable lucha
El humano raudal acrecentando,
Su afán, sus esperanzas, sus temores,
Sus pensamientos íntimos, fundía
En una sola aspiración — ¡El cielo!....
¡Patria soñada de las almas, trono
De un Dios excelso á nuestra vista oculto.

Cuyo poder, con vibración sonora,
Celebran en la bóveda infinita
Los átomos, los mundos y los soles!

XII.

El cuadro era sublime. Por el fondo
De la cuesta fragosa, do las brumas
Iban aglomerándose, las razas
Inferiores marchaban, con incierto
Paso y cobarde indecisión. Las torvas
Pasiones, los bestiales apetitos
Y los bárbaros cultos, se imponían
Allí en la oscuridad, que, como el fango
Crea reptiles venenosos, crea
La ignorancia también monstruos horribles.
—¿No es, por desdicha, el fango de la mente?—

XIII.

A medida que el límite sombrío
Iban salvando, y lentos se acercaban
A las fronteras de la luz, aquellos
Pueblos se engrandecían, como crece,
Buscando el sol, la planta trepadora
Que arraiga en la pared. Según subían
Hácia la viva claridad, su juicio
Se agigantaba, sacudiendo el yugo
Del instinto brutal, y al pensamiento,
Dominador del mar y de la tierra,
La fuerza primogénita cedía
Su fuero indisputado. A Esaú velludo
Reemplazaba Jacob.

XIV.

Por el promedio
Del agrio monte, en donde humanos ojos
Fijarse pueden sin cegar, los pueblos
Avanzaban de Europa; iba delante
Roma sacerdotal, la sacra Roma,
Que el cetro de los Césares trocando
Por el cayado del Pastor, cual nunca
Era señora y árbitra del mundo.
¡Jamás autoridad más formidable
Sobre la tierra gravitó; las almas
Y los cuerpos, los muertos y los vivos
El pensamiento y la esperanza, todo

Se doblegaba á su poder supremo!
La fe le daba apóstoles y esclavos,
La religión fervientes defensores,
El atroz fanatismo sus verdugos,
Sus fantasmas el miedo, sus angustias
El corazón culpado ó receloso.
Nada en el orbe amedrentado había
Más alto que ella; su invencible signo
Sobre la áurea corona de los reyes
Se levantaba abrumador; la torre
Sobre el hogar, sobre la tierra el cielo.
¡El cielo, cuyas puertas de diamante
Se abren ó cierran á su voz! La santa
Y redentora Cruz era el amparo
Del débil, el valor del oprimido
Y el espanto del réprobo. Por ella,
Febril é insomne el déspota orgulloso
Se revolcaba en su dorado lecho;
Por ella el triste, el mísero, el desnudo,
El perseguido, el siervo, abandonaban
La ingrata vida sin odiar al hombre,
Ni renegar de Dios único y trino.

XV.

Sobrecogida el alma de respeto,
Oraba, viendo la Ciudad Eterna
Que dirigía el movimiento humano
Agitarse á sus piés. Pero de pronto
Se estremeció de horror: rojos vapores
De sangre hácia la cúspide ascendían,
Y en el aire espesándose, tomaban
De alado espectro la terrible forma,
La bestia apocalíptica que en Patmos
Vió el inspirado Juan, la bestia enorme
De hirsutos piés, de coronadas astas
Y bocas de blasfemia, sobre Roma
Se dilataba como nube ardiente.
Su siniestro fulgor reverberando
En la ciudad monumental y excelsa,
La iluminaba cual voraz incendio,
Y á su rojizo resplandor, los muros,
Arcos, pórticos, templos y obeliscos
Que en su recinto amontonó la gloria,
Destacábanse negros, cual si fuesen
Las calcinadas vértebras de un monstruo

Por el fuego celeste devorado.
Buscaba el alma con creciente anhelo
La Cruz por todas partes, y por toda
La vió rota ó volcada; parecía
Que la Ciudad adúltera en su culto
Reintegraba á los dioses decaidos.
¿Dónde estaba Jesús? ¿En dónde estaba
María, madre del dolor humano
Y estrella de los mares procelosos?
¿En dónde estaba la verdad? ¿En dónde?
La erudición infatigable; el arte
Hermoso, pero idólatra; la ciencia
Incrédula ó rebelde; los deseos
Como sátiros, sueltos, se rendían
A la más ciega admiración pagana.
Uniendo el sacrilegio á la torpeza,
De *Moisés* bajo la austera forma
Júpiter palpitaba; la afrodita
Venus bajo las tocas virginales
De la Madre de Dios, si es que el lascivo
Pintor la imagen de su amor profano
A su lienzo immortal no trasladaba.
Las estatuas desnudas, los obscenos
Cuadros, los libros licenciosos, eran
Más que ornamento, escándalo y ludibrio
De la mansión pontifical; sus muros,
Donde tan sólo resonar debían
Místicas oraciones, con el coro
De vergonzosas farsas retumbaban.
Ritos, costumbres, ceremonias, usos
De la Roma gentílica, surgiendo
De sus clásicos antros removidos,
Cual el hedor que de las tumbas sale,
Apestaban la tierra, y lentamente
Iban velando el resplandor fecundo
De la gloriosa Cruz.

XVI.

De espanto llena.
Vió el alma por los ámbitos sombríos
Hosco cruzar y lívido el espectro
Del papa Borja, con crispada mano
Sacudiendo su túnica empapada
De hirviente sangre, y vió que cada gota
En lúgubre fantasma convertida,

Iba aumentando la legión siniestra
De vengadoras víctimas que al monstruo
Con sordos anatemas acosaban.
Descubrió luégo la iracunda sombra
Del papa Julio, de áspero semblante
Y mirada tenaz, que revestido
De milanesa cota y férreo casco,
Con belicoso ardor, en lid sañuda,
Rezaba y combatía, al propio tiempo
Bendiciendo y matando con su espada.
Y oyó tras esto el eco estrepitoso
De las brutales risas con que Roma
Acogió torpe la piedad severa
Del pontífice Adriano, fugitivo
Rayo de luz, que iluminó un momento
Aquel antro de crímenes y orgías.

XVII.

Ante este cuadro de ignominia, el alma
Al cielo alzó las impalpables manos,
Cayó de hinojos en la roca viva,
Escondiendo su faz, y con acento
Que en su conciencia resonó tan sólo
Cual queja acusadora: — ¡Oh Roma! — dijo —
¡Roma! ¿Qué has hecho de mi Dios? —

XVIII

Entonces,
Como si su patético gemido
Diese al fantasma portentosa vida,
La visión imponente de la Duda
Creció, se irguió, se dilató cual nube
Que el claro espacio de improviso invade,
Y de sus ojos desbordó la sombra
Como una inundación; fijó su triste
Y amorosa mirada en el confuso
Espíritu del monje, que en la dura
Y estéril peña oraba prosternado;
Y un silencio mortal reinó en la altura.

CANTO III.

I.

Entregada al dolor, mientras reñían
Decisiva batalla en su conciencia
La fe imperiosa y la razón rebelde,
El alma en su actitud desconsolada
Largo rato gimió. — La interna lucha
Del pensamiento que á dudar se arroja,
No cuesta sangre, ni ocasiona heridas,
Pero siempre es mortal. — Acrecentando
Del abatido espíritu la pena,
La voz de la visión, que, como el eco
De música lejana, dulcemente
Del pobre monje acarició el oido,
Así le habló con ritmo cadencioso:

LA VISIÓN

Al cabo se cumplieron
Las santas profecías,
Y Babilonia impura
Esclavizó á Israel.
Pero contados tiene
La iniquidad sus días,
Y á realizarse empiezan
Los sueños de Daniel.

Sus olas cenagosas
La corrupción extiende;
Estallan por do quiera
Los síntomas del mal;
En público mercado
La salvación se vende,
Y cubre densa bruma
La Cruz pontifical.

La mano que bendice
De sangre está teñida;
La simonía avanza
De la soberbia en pos;
El claustro es madriguera
Donde la culpa anida,
Y de sus propias aras
Está proscrito Dios.

Atrévete, y derriba
Con indignada mano
El ídolo que usurpa
Su trono á la virtud.
Quebranta las cadenas
Del pensamiento humano,
Y rompe de las almas
La torpe esclavitud.

Despierta las conciencias
Que embrutecidas duermen,
Y el mundo albozorado
Se postrará á tus piés.
En el profundo surco
Arroja el vivo germen,
Y los futuros siglos
Recogerán la miés.

No es digno de ser hombre
Quien en silencio llora.
¿Por qué no se aventura
Tu firme voluntad?
Airado busca el cielo
La espada vengadora
Que ataje la gangrena
De la presente edad.

La imprenta infatigable
Te prestará su ayuda
Contra el poder que eclipse
Los timbres de la Cruz.
Que el Verbo, antes hundido
En servidumbre muda,
Por Guttemberg librado
Ya es voz, ariete y luz.

El mal en sus entrañas
Oculto el cáncer lleva,
Y al más ligero impulso
Deshecho rodará.
Que si en la muerte sólo
La corrupción se ceba,
Todo lo que aparece
Podrido, muerto está.

Calló la voz, el alma consternada
Sintió, vencida en interior combate,
Su fe heredada vacilar, cual suele
Peñón movible en eminente sierra
Retemblar por los vientos sacudido.
¡Ay, que no es fácil arrancar del fondo
Del corazón humano, las memorias
De la edad infantil! Sencillas preces
Que amante madre en su regazo tierno
Nos enseñó á rezar, ¿quién os olvida?
El templo augusto do por vez primera,
Con religiosa admiración, alzámos
El pensamiento á Dios; la pila, el ara,
El Crucifijo humilde, santa herencia
De la familia, que en el trance duro
De la agonía, el postrimer aliento
De los que fueron recogió; la torre
De la natal aldea, á cuya sombra
Se cobijan los rústicos hogares,
Cual tímidos polluelos en su nido,
Bajo el ala materna; la solemne
Y monótona voz de la campana,
Que en otro tiempo al despuntar la aurora
Y al declinar la tarde, parecía
Invitarnos á orar, — dulces recuerdos
Son de la casta infancia, y sobreviven
A la extinguida fe; que puede el rayo
Echar por tierra el centenario roble,
Mas no arrancarlo de raiz.

II.

¡Cuán fiero,
Cuán amargo es el tránsito del alma
Que deja el seno de la fe, y se acuesta
En el lecho de espinas de la duda!
Penas, insomnios, sombras y terrores
Le asaltan en montón, y son sus días
Negros como el pesar; la sed le abrasa
Y no encuentra raudal que la mitigue;
Su pensamiento es un puñal que lleva
En la conciencia hundido, y tiembla y llora.
Quiere rezar y su rebelde labio
Se niega á la oración, alza los ojos
Y ve el cielo sin luz, demanda auxilio
Y muerto el eco á su clamor parece:

Es como nave náufraga perdida
En proceloso mar y noche oscura,
A punto ya de sucumbir. El triste
Y atormentado espíritu del fraile
Sintió esta angustia punzadora. En vano
Quiso escapar del riesgo: fuerte nudo
Le sujetaba al empinado risco
Cual si arraigase en él. Sobre su frente
La visión melancólica extendía
Su abrumadora diestra, á cuyo peso
La débil alma se doblaba, como
Endeble ramo bajo el propio fruto.
Con hondo horror del polvo de los siglos
Alzarse vió las osamentas rotas
De cien generaciones, que en revuelto
Y animado tropel le amenazaban,
Fijando en él sus órbitas vacías
Y gritando con ira inextinguible:
— ¡Apóstata, traidor!

III.

Bajo el influjo
De tan contrarios sentimientos, ciega
Y trastornada el alma soñadora,
Perdió el sostén, y con pasmoso estruendo
Rodó de la alta cumbre en que se erguía
De roca en roca, como alud que baja
De inaccessible monte derrumbado,
Con ímpetu cayó no conocido
Hasta los bordes de la inmensa sombra
Que llenaba el abismo pavoroso
Bajo sus piés abierto. ¡Oh perdurable
Y terrible caida, que recuerda
La de Luzbel desvanecido! ¡Nunca
Llegará el alma despeñada al fondo
De la insondable sima! ¿Tiene acaso
La duda fin y límite el anhelo? —
En vano el monje en las cortantes grietas
Buscaba apoyo, y contener quería
Su rápido descenso como el ave
Que herida en el espacio y moribunda,
Con las últimas ansias aletea.
A la presión de su insegura mano
Los peñascos cediendo, con medroso
Estrépito tras él se desprendían,

Cual si al romper su agobiadora cárcel
El ígneo monstruo que oprimido gime
En las entrañas de la tierra, el mundo
Hecho pedazos á su Dios lanzara.
Aquella ingente mole de granito
Aglomerada por los siglos, obra
Del misterio y la fe, con ronco estrago
Se estremecía en su inmutable asiento,
Y el alma al par con las hendidas peñas
Que arrancaba de cuajo la convulsa
Revolución del monte, desolada
En la noche sin fin se sumergía.
Los enormes fragmentos de la roca
Que á su paso saltaban, impelidos
Por fuerza oculta en progresión creciente,
Ante su vista atónita tomaban
Fantásticos contornos, y en el aire
Cambiaban sin cesar. Góticos templos,
Labrados claustros, toscas esculturas,
Altares y sepulcros, en ruidoso
Remolino de escombros le seguían,
Como si el orbe todo desquiciado,
Detrás del alma al precipicio fuera
Llevado por el vértigo.

IV.

En su rudo
Y estéril batallar, oyó en la altura
Una gran voz que, dominando el sordo
Fragor de la catástrofe, clamaba:
—¡Vencí, vencí, vencí! ¡La tierra es mía!—
Al escuchar tan formidable grito,
Que como el són de la final trompeta
Retumbaba en la tierra y en los cielos,
Cayó el doliente espíritu en insano
Y profundo estupor, cerró los ojos,
Para no ver la temerosa ruina
Donde iba envuelto, y desde aquel instante
Nada vió, nada oyó.

V.

Mas, ¡ay! apenas
Se sobrepuso á su mortal congoja,
Preso en el cuerpo que dejó en el coro
Abandonado como prenda inútil,

Se halló otra vez, absorto y confundido.
En el humilde lecho de su celda
Postrado estaba el mísero, y los monjes
Con solícito afán le rodeaban.
Incorporóse con terror, clavando
En ellos la mirada escrutadora,
Como el que, salvo del peligro, empieza
A darse cuenta de él. —¿Dónde estoy, dónde?—
Tímido preguntó. Sereno y grave
Llegósele el Guardián: —Dad, hijo mio,
Gracias á Dios—le respondió apacible—
Que os apartó del borde de la fosa.
Habeis estado como muerto.—Y muerto
Estuve! ¡oh Padre!—el infeliz repuso—
¡Ya no soy lo que fuí! Pesa en mis hombros
La grosera cogulla, y me avergüenza
Mi antigua sumisión. ¡Rompo mis lazos
¡Cobro mi libertad! ¡Nazco á la vida!
—Calla, blasfemo!—el superior gritóle
Con alterada voz, mientras dudosos
Los frailes se alejaban repitiendo:
—¡Loco debe de estar!—Mudo y sombrí
Inclinó el triste la rugosa frente
Y quedó en su dolor como abismado.
Hasta que al fin alzando de improviso
La vista hácia el Guardián, que al pié del lecho
Con paterna inquietud le contemplaba,
—¡Padre,—le dijo—el hábito me quema
Y le arranco de mí! ¡Dios me ilumina!—
Despavorido y trémulo el anciano
Con voz entrecortada por el lloro,
—¿Qué intentas, di?—le preguntó.—Y el fraile
Irguiendo la cabeza en són de lucha,
—¡Vencer á Roma!—contestó.—¡Eso quiero!—
El venerable religioso entonces
Tendió sobre él la mano temblorosa
Y con torvo ademán gritó:—¡Anatema!
Ya que indomable orgullo te desliga
De nuestra santa fe, ¡siglos y siglos
La maldición del cielo te persiga!

LA PESCA.

I

¡Cuántas veces sentado en tu ribera,
¡Oh mar! como si oyera
La abrumadora voz de lo infinito,
Ha despertado en la conciencia mía
Honda melancolía,
Tu atronador, tu interminable grito!

II

Todo enmudece y cae en el misterio:
El poderoso imperio
Que la tierra asoló con sus batallas;
Hasta los dioses que de polo á polo
Temidos son; tú sólo
Sientes rodar los siglos, y no callas.

III.

No callas, y hasta el alto firmamento
Sube tu ronco acento,
Y cuando revolviéndote en ti mismo
Ruges furioso, en tus entrañas late
El horror del combate
Que empeña el huracán con el abismo.

IV.

Sólo alcanza poder tan soberano,
El pensamiento humano
Como tú grande, como tú profundo,
Que alzando sin cesar su voz de trueno,
Forja en su ardiente seno
Las glorias y catástrofes del mundo.

V.

¡Ay si decir pudieras cuanto sabes!...
¿Qué hiciste de las naves
Con que surcó tu inmensidad, la aciaga
Y trágica ambición? ¿Adónde han ido?
Como el mortal olvido
Tu oscuro fondo hasta el recuerdo traga.

VI.

Todo perece en ti sin dejar huella:
El barco que se estrella
Contra el peñón, la armada que devoras,
Los continentes que iracundo invades,
Las sordas tempestades
Que avanzan en tus olas bramadoras.

VII.

La tierra, en cuyo seno te reclinas,
Mantiene en pié las ruinas
Que las ciegas catástrofes dejaron.
Tú, con desdén soberbio, las rechazas:
Por ti pueblos y razas
Como sombras efímeras pasaron.

VIII.

El furor de los tiempos, que venciste,
Sólo tu voz resiste:
Tu acento fué, como clamor de guerra,
El que la humanidad oyó primero,
¡Ay! y será el postrero
Que en su agonía escuchará la tierra.

IX.

Pero más, mucho más que cuando inmolas
Y abismas en tus olas
La insolencia del fuerte á quien humillas,
Mi espíritu conturbas y enajenas
Con las tristes escenas
Que esparcen el terror en tus orillas.

X.

No lejos de un peñón agrio y salvaje
Que con recio oleaje
El cantábrico mar bate y socava,
Al través de los árboles blanquea
Casi ignorada aldea,
Sobre la costa inabordable y brava.

XI.

Mirando al mar de frente al Oceano,
Que sacudiendo en vano
La roca estéril sin cesar se agita,
El horizonte corta y se alza enhiesta
Sobre la calva cresta
Del picacho granítico, una ermita.

XII.

¡Con qué placer la gente pescadora,
Que al despuntar la aurora
Por entre escollos á la mar se lanza,
Del sol poniente al último vislumbre,
Ve lucir en la cumbre
Aquel faro de amor y de esperanza!

XIII.

Cuando, salvo de innúmeros azares,
Torna á los patrios lares
El marinero audaz ¡con qué alegría,
Con qué ferviente fe, descalzo y roto,
Corre á colgar su voto
En aquel pobre templo de María!

XIV.

¡María! que del piélago y del alma
Las tempestades calma;
Que recoge en sus brazos y consuela
Al náufrago del mar y de la vida.
Bálsamo á toda herida,
Puerto á toda aflicción. *¡Maris stella!*

XV.

Desde el peñón desnudo y solitario
Que el blanco santuario
Con su apacible majestad abruma,
Contempla por do quiera la mirada
La costa acantillada
Donde se estrella con fragor la espuma.

XVI.

Y al dilatarse por el mar, divisa
En la línea indecisa
Do se juntan las nubes y las olas,
Raudo vapor, que con la crin al viento,
Acelera el momento
De arribar á las costas españolas.

XVII.

Luégo, á medida que la luz desmaya,
Con rumbo hácia la playa
Cuyos contornos borra la neblina,
Se ven llegar las pescadoras naves,
Como tímidas aves
Que al nido vuelven, cuando el sol declina.

XVIII.

El faro, al descender la noche oscura,
En la empinada altura
De negro promontorio centellea,
Y su destello intermitente oscila
Cual la roja pupila
De un Titán, que en las sombras parpadea

XIX.

Están, desde la cúspide del monte,
El mar y el horizonte
A la absorta mirada siempre abiertos,
Y al otro lado, en la vertiente opuesta
De la escarpada cuesta,
Reclinado el lugar entre sus huertos.

XX.

Silvestres hayas y robustos pinos
De los cerros vecinos
Orlan y ciñen la brumosa frente,
Por cuyas quiebras rueda y se desata,
Como líquida plata,
El sonoro raudal de alguna fuente.

XXI.

Y allí, donde de pronto se despliega
La pintoresca vega,
Siguiendo los contornos desiguales
De la verde montaña, resguardado
Por el peñón tajado
De recios y furiosos vendavales;

XXII.

Bajo el amparo de la Iglesia santa,
Sobre la cual levanta
Sencilla cruz sus brazos redentores,
Sin que la sed de la ambición le aflija,
Humilde se cobija
Aquel pueblo de honrados pescadores.

XXIII.

Por entre los repliegues de una loma,
Rústico albergue asoma
Al margen de un arroyo cristalino,
Cuyo limpio caudal, abriendo calle
Por el fondo del valle,
Mueve después las piedras de un molino.

XXIV.

Fresca arboleda en sus orillas crece,
Y cuando el viento mece
Con leve impulso sus tupidas frondas,
Parece, reflejándose en el río,
Que el ramaje sombrío
En el espacio tiembla y en las ondas.

XXV.

Junto al arroyo que lamiendo pasa
Las tapias de la casa,
Un joven pescador de piel curtida
Por el viento del mar, áspero y rudo,
Iba nudo por nudo
Recorriendo su red, al sol tendida,

XXVI.

Para coger los puntos de la malla,
Que en su postrer batalla
Rompió, saltando el pez, vencido y preso
En la jornada del pasado día,
Cuando la red crujía
De la copiosa pesca bajo el peso.

XXVII.

Agraciada mujer, viva y morena,
En la ingrata faena
Le acompañaba, y con secreto gozo,
A menudo, ligera como el rayo,
Mirándole al soslayo
Orgullosa pensaba:—¡Es un buen mozo!-

XXVIII.

Y él, al fijarse, de impaciencia lleno,
En el redondo seno
Que el ceñido jubón reprime y tapa,
Suspendiendo de pronto su trabajo,
Decía por lo bajo
Con aire vencedor:—¡Es que eres guapa!—

XXIX.

Entonces, dibujándose indecisa
En sus labios la risa,
Contemplábase, muda de embeleso,
La dichosa pareja enamorada,
Y era aquella mirada,
Una promesa, una caricia, un beso.

XXX.

Los dos nacieron para amarse. Es Rosa,
Como su nombre, hermosa:
Arde en sus ojos del placer la llama.
Su fresca boca, que al halago brinda,
Es dulce cual la guinda
Que el pájaro voraz pica en la rama.

XXXI.

No tiene la blancura de la nieve,
Que se deshace en breve:
Negros sus ojos son, negro el cabello
Competir en su rostro parecía
La noche con el día;
Pero ¿acaso el crepúsculo no es bello?

XXXII.

Cayó en las redes de su amor cautivo
Miguel, el más activo
Y arriesgado patrón de aquella playa,
Que ágil en el timón, fuerte en el remo,
En el peligro extremo
Ni tiembla, ni se aturde, ni desmay

XXXIII.

Adiestrado en el ímprobo ejercicio
De su penoso oficio,
Por la abierta camisa muestra el pecho
De fuerte y musculosa contextura,
No á la molicie impura,
Sino á las fieras tempestades hecho.

XXXIV.

Bajo su tosca y natural corteza
Oculta la nobleza
De un corazón resuelto, pero sano.
Tan sólo Rosa conquistó la palma
De someter un alma,
Que no logró domar el Oceano.

XXXV.

Santificó su paz y su ventura
La bendición del cura.
Tres meses hace que al sagrado lazo
La ya vencida voluntad rindieron,
Tres meses, que se dieron
El primer beso y el primer abrazo

XXXVI.

Nunca vió la cantábrica montaña,
Honor y prez de España,
Dos almas en sus gustos más unidas,
Ni con tan casto ardor el himeneo
En un mismo deseo
Fundió dos corazones y dos vidas.

XXXVII.

En su hogar deslizábanse veloces
Las horas y los goces.
Ignoraba los usos cortesanos
Su amor tan inocente como vivo:
Pero el beso furtivo,
La franca risa, el apretón de manos,

XXXVIII.

El íntimo y verboso cuchicheo,
Semejante al gorjeo
De alegres aves, el falaz desvío
De que mimada joven alardea,
Sólo el tiempo que emplea
En decir su amador: —¡Dulce bien mío!—

XXXIX.

La voz, el gesto, la expresión, el modo
De contemplarse, todo
Trastornaba sus almas, pues ¿qué idioma
Por inculto que sea y por grosero,
Para el amor sincero
No es tierno como arrullo de paloma?

XL.

Juntos en deleitable compañía
Trabajan á porfía
Repasando la red, y tan molesta
Como pesada operación sazona
La burla retozona,
La aguda chanza ó la atrevida fiesta.

XLI.

Reconcetrados en su amor profundo
¿Qué les importa el mundo?
Los sueños de ambición dan al olvido.
A su cariño sin temor se entregan
Y juegan, como juegan
Los pájaros incautos en su nido.

XLII.

No lejos, en el término de un prado
Donde manso ganado
Con la hierba otoñal su gula aplaca,
La madre de Miguel, limpia y risueña,
Tranquilamente ordeña
Las llenas ubres de fecunda vaca.

XLIII.

Con frecuencia, á hurtadillas, clava en ello
Tan jóvenes, tan bellos
Y tan rendidos á su mutuo encanto,
Los dulces ojos, que la edad apaga,
Y por sus labios vaga
Leve sonrisa, tierna como el llanto.

XLIV.

¡Con qué inefable paz la pobre vieja,
A quien tan sólo deja
Vanas memorias la cansada vida,
Con qué intenso y profundo regocijo
Siente y ve en aquel hijo
Reverdecer su juventud perdida!

XLV.

Él la hace recordar tiempos mejores,
Con sus castos amores,
Sus ansias, sus placeres y congojas.
Es como tronco roto, que aún resiste,
Y el mes de mayo viste
De nuevas ramas y de nuevas hojas.

XLVI.

Fijóse en ella embebecido el mozo,
Y desbordando el gozo
Que en sus plácidos ojos centellea,
Dijo, llamando la atención de Rosa:
— Mírala qué hacendosa
Y entretenida está. ¡Bendita sea! —

XLVII.

— ¿Qué puede apetecer? ¡Nos ve felices! —
Rosa exclamó: — Bien dices. —
Respondióla Miguel: — ¡Quieran los cielos
Para colmar la dicha de esa anciana,
Concederle mañana
Inocentes y hermosos netezuelos! —

XLVIII.

La joven, con el seno palpitante,
Mostrando en su semblante
El vívido color de la amapola,
Al cuello se colgó de su marido,
Y murmuró á su oido
Una tímida frase ¡una tan sola!

XLIX.

Mas de poder tan penetrante y hondo,
Que removió hasta el fondo
El alma de Miguel, como la ardiente
Lumbre del sol que las campiñas dora
Hace, germinadora,
Estallar en el surco la simiente.

L.

— ¡Madre! ¡madre! — gritó falto de aliento,
Y pronta al llamamiento,
Con creciente ansiedad la anciana vino.
— ¿Qué es esto? — preguntó sobresaltada.
— ¿Qué es esto? ¡Pues es nada! —
Contestóle Miguel fuera de tino.

LI.

—¡Que avanza mi ventura á toda vela!
¡Que vas á ser abuela!
¡Que mis sueños de amor alcanzo y toco!—
Y hablaba cada vez menos tranquilo,
Levantándola en vilo,
Locuaz y descompuesto como un loco.

LII.

Por fin la anciana desasirse pudo
Del apretado nudo,
Y no vuelta del pasmo todavía,
Haciendo á Rosa malicioso guiño,
Con maternal cariño,
—¡Ah bobo!—prorrumpió—¡si lo sabía!

LIII.

Y no cabiendo el júbilo en su pecho
En íntimo, en estrecho,
En entrañable abrazo confundidos,
Mezclaron sus sencillos corazones,
Anhelos, ilusiones,
Lágrimas, esperanzas y latidos.

LIV.

Como de la fortuna en el mareo,
Se anticipa el deseo
Con sus alas de rosa al bien distante,
Miguel dijo soñando:—Si no muda
El tiempo, y Dios me ayuda
La pesca del atún será abundante.

LV.

Se la consagro al niño, y con su importe,
A Castro.... ¡no! á la corte
Iré en seguida, y si en las tiendas hallo
Cosa de gusto, volcaré el bolsillo,
Y le traeré un hatillo
De príncipe... ¡y un sable!... ¡y un caballo!—

LVI.

Y añadió enternecido, sonriendo:
— ¡Si casi le estoy viendo
Con su carita colorada y fresca,
Y sus gracias alegres y sencillas,
Sentarse en mis rodillas
Para escuchar los lances de la pesca!

LVII.

¡Verás cómo retoza por la playa
Cuando á buscarme vaya!
Y cuando se acostumbre, al lado mío,
Al olor del carbón y de la brea,
¡Verás cómo gatea
Por los palos y jarcias de un navío!

LVIII.

Será — siguió diciendo satisfecho, —
Un mozo de provecho
Más resistente y firme que una entena.
Iremos juntos, y se hará á mis mañas. —
— ¡Hijo de mis entrañas! —
Rosa le interrumpió con susto y pena.

LIX.

¡Él, expuesto al peligro de los mares!...
¿No bastan los pesares
Que me afligen por ti? ¡Vaya un empeño!
No lograrás vencerme, te lo digo,
Harto sufro contigo
Sin que nueva inquietud me robe el sueño. —

LX.

— ¡Bravo! — exclamó Miguel: — ¡Famosa idea!
Pues ¿qué quieres que sea? —
Y mirándole Rosa con ternura,
— ¡Cura! — le respondió. — ¡Cómo! — repuso
El pescador confuso.
— ¡Y un mozo tan cabal ha de ser cura! —

LXI.

—¡Sí, sí! Para que ruegue noche y día
A la Virgen María,—
Respondió con tiernísimo arrebato,
—Por cuantos mueren en la mar traidora,
Por la infeliz que llora
Su mísera viudez.... y por ti ¡ingrato!

LXII.

—Pues no me harás cejar.—Ni á mí tampoco.
—Vayamos poco á poco—
Dijo, cortando la incipiente riña
La madre de Miguel.—Pues yo no paso
Por que apuréis el caso
Sin contar con el huésped. ¿Y si es niña?—

LXIII.

Quedóse el pescador mudo y perplejo:
Arrugó el entrecejo
Contrariado tal vez: pero de pronto,
A compás de ruidosa carcajada
Prorrumpió:—¡Nada, nada,
Madre tiene razón! ¡Es que soy tonto!...

LXIV.

—Si es niña, ya sabéis, no la recibo,
Aún cuando sea el vivo
Retrato de mi adusta morenita.—
Y con franca efusión abrazó á Rosa,
Que entre esquiva y gozosa
Dijo, evitando sus cariños:—¡Quita!—

LXV.

¿Quién ve tanta ventura indiferente?
¡Santa y perenne fuente
Del amor paternal, que en nuestro anhelo
En misteriosas ondas repartida,
Para endulzar la vida
Y templar nuestra sed, bajas del cielo!

LXVI.

¡Sentimiento purísimo del alma,
Que turbas nuestra calma,
Y con ritmo jamás interrumpido
Despiertas los estímulos que duermen,
Haces vibrar el gérmen,
Subir la savia y palpitar el nido!

LXVII.

A tu voz la inmortal naturaleza
Suspende la fiereza
Del oso huraño y del león hirsuto,
Y tu fuego vivaz que do quier arde,
Ímpetu dá al cobarde,
Vigor al débil y razón al bruto.

LXVIII.

Todo, sujeto á inexorable norma,
Se muda, se trasforma,
Y en este inmenso impenetrable abismo
Que la infinita variedad encierra,
Tan sólo tú, en la tierra,
En el cielo y el mar, eres el mismo.

LXIX.

Pero ¡oh suerte importuna! En el momento
De su mayor contento,
Asomando al través de los maizales
Que encubren la vereda del molino,
Un marinero vino
A turbar sus ensueños paternales.

LXX.

Era Roberto, amigo y camarada
De Miguel. Alma honrada
Que á su pesar apasionado culto
Consagra á Rosa; amor inofensivo,
Pero punzante y vivo,
En lo más hondo de su pecho oculto.

LXXI.

—¿Ya vienes á buscarme? Es muy temprano.—
Con tono afable y llano
Dijo al verle Miguel.—Bien se conoce
Que tienes—contestó—la paz en casa,
Y que el reló se atrasa
Para quien vive á gusto. ¡Son las doce!

LXXII.

¿A qué esperamos, pues? El tiempo es bueno,
El cielo está sereno
Y el mar tranquilo y manso. Con que puedes
Calcular el aguante de tu malla,
Pues hoy, ó todo falla,
Van con la pesca á reventar las redes.

LXXIII.

¡No es lícito á los pobres el regalo!....
El año ha sido malo....—
—Cierto—Miguel repuso,—y necesito
No perder la ocasión, porque mi esposa...—
Iba á hablar; pero Rosa
Dijo, abrazando al imprudente:—¡Chito!—

LXXIV.

—Si mi franqueza tu disgusto labra,
No diré una palabra,—
Contestóle Miguel. Mientras Roberto
Rendido al golpe de su ardiente pena,
Contemplaba la escena,
Lívido y silencioso como un muerto.

LXXV.

Quién en lo oscuro de su pecho esconda
La herida viva y honda
Que sangra sin cesar, de un desdichado
Amor, y tenga para más tortura,
El sueño de ventura
Que nunca logrará, siempre á su lado;

LXXVI.

Quién de los celos pertinaces sienta
La mordedura hambrienta,
Y finja indiferente y satisfecho
Ver su imposible bien en otros brazos,
Mientras quiere á pedazos
El corazón saltársele del pecho;

LXXVII.

Quién amando en silencio hasta el delirio,
No tenga en su martirio
Ni aún el triste consuelo de la queja,
Podrá tan sólo comprender el fiero
Pesar del marinero,
Ante el placer de la gentil pareja.

LXXVIII.

Miguel de pronto profirió: — ¡Al avío! —
Con desenvuelto brío
La fuerte red plegando. Diligente,
Y según su costumbre cariñosa,
Iba á ayudarle Rosa,
Cuando él le dijo amedrentado: — ¡Tente!

LXXIX.

¡Por Dios! ¿Qué vas á hacer? Pues bueno fuera
Que un esfuerzo cualquiera....
¡No me des qué sentir! Y á más, te aviso,
Que hoy la felicidad me presta aliento.
¡Hasta capaz me siento
De cargar con la barca, si es preciso! —

LXXX.

Entre risas, y plácemes y fiestas
Miguel echóse á cuestas
La recogida red, diciendo: — ¡Vaya!
Nada hacemos aquí. — Y él y Roberto,
En íntimo concierto
Tomaron el sendero de la playa.



Lleno de admiración víle delante
De mí, lloré, con voz conmovedora
Grité, cayendo prosternado: ¡Oh Dante!

NUÑEZ DE ARCE-14. **LA SELVA OSCURA-Canto I.**

LXXXI.

Marchaba el ágil mozo con presteza,
Volviendo la cabeza
A cada instante hácia su hogar cercano,
Desde donde en señal de despedida,
La joven conmovida
Le mandaba sus besos con la mano.

LXXXII.

Y hasta que casi al fin de la jornada,
Su prenda idolatrada
Se internó en las revueltas del camino,
No apartó, con dulcísima porfía,
Del rumbo que él seguía,
Ni el corazón ni el rostro peregrino,

LXXXIII.

Viendo, no sin nublársele el semblante,
cada vez más distante
Al dueño de su vida y de su casa;
Que la ausencia en amor, aún la más breve,
Cual nubecilla leve
Oscurece los cielos mientras pasa.

LXXXIV.

—¡Ah! ¡cómo no quererle si es tan bueno!...—
Dijo, oprimiendo el seno
Maternal, con tan blando y dulce nudo,
Que, de la dicha de su hogar ufana,
La enternecida anciana
Contener una lágrima no pudo.

LXXXV.

En tanto, los alegres marineros
Perdiéronse ligeros
Tras un peñón que hácia la senda avanza,
Y al fin de cuya estrecha cortadura
La indómita llanura
Del vasto mar á descubrir se alcanza.

LXXXVI.

Desde allí se divisan de repente,
Su grandeza imponente,
Su augusta calma ó su furor sublime,
Y con su regia majestad á solas,
Oyese de sus olas
La voz tonante que amenaza ó gime.

LXXXVII.

En coloquio jovial entretenidos
Van, de la mano asidos,
Hácia donde, á merced de la marea
Que su ancha curva en las arenas raya,
Cual reina de la playa
La barca de Miguel se balancea.

LXXXVIII.

¡Qué es verla, el separarse de la orilla,
Con atrevida quilla
Surcar graciosa el líquido elemento,
Y mar afuera, inquieta y juguetona,
Tender la blanca lona
A las caricias pérfidas del viento!

LXXXIX.

¡Qué es ver cómo al peligro se aventura,
Cuando la sombra oscura
Se precipita sobre el mar de Atlante!
Y cuando viento duro el golfo riza,
¡Qué es ver cual se desliza
Por la espalda ondulosa del gigante!

XC.

Nunca el riesgo imprevisto la acobarda,
Y hiende tan gallarda
La inmensidad del piélago bravío,
Que no deja tras sí, rápida y suave,
Ni aún la huella que un ave,
Rozando con el ala, abre en el río.

XCI.

El noble pecho de Miguel se ensancha
Ante la airosa lancha
Que su fortuna y su ambición encierra,
Y le presta solícito el cuidado
Con que el bravo soldado
Mima y atiende á su corcel de guerra.

XCII.

Un mancebo, que estaba de atalaya,
Gritó á los de la playa:
—¡El patrón!—Y animosa la cuadrilla
A la dura jornada se dispuso.
Sólo absorto y confuso
Un pescador permaneció en la orilla.

XCIII.

Sentado en un montón de húmeda arena,
Extraño á la faena
Ocultaba su rostro entre las manos,
Mostrando sólo en su actitud doliente
La ancha y curtida frente
Orlada á trechos de cabellos canos.

XCIV.

Cual no maduro fruto, que la helada
Malogra, su hija amada
Cayó marchita al soplo de la muerte,
Y se le sale, sin sentir, del pecho
El corazón deshecho,
En las acerbas lágrimas que vierte.

XCV.

Quién ha sufrido la mortal congoja
Que, sin piedad, deshoja
Como agostada flor nuestra ventura
En ese instante de terrible prueba,
En que voraz se lleva
Parte de nuestro sér, la sepultura:

XCVI.

Cuando con lenta gradación se apaga
    La luz dudosa y vaga
Que colora la faz del moribundo,
¡Ay! y á medida que en sus ojos crece
    La sombra, nos parece
Que va cayendo en lobreguez el mundo;

XCVII.

Cuando vencidos en estéril lucha,
    Nuestra impotencia escucha
El tremendo estertor de la agonía,
Y con angustia alborotada y loca
    Posamos nuestra boca
Sobre otra boca descompuesta y fría,

XCVIII.

Casi cerrada en su letal reposo
    Al ritmo fatigoso
Que el pecho cadavérico le presta,
Y que ya de la muerte bajo el peso,
    Ni al anhelante beso,
Ni al tierno abrazo, ni á la voz contesta;

XCIX.

Cuando aún tibios los míseros despojos,
    Vemos con turbios ojos
Toda nuestra ilusión desvanecida,
Y en medio del pesar que nos destroza
    Sentimos cuál se goza
Traidor recuerdo en enconar la herida;

C.

Cuando envuelto en su fúnebre mortaja,
    Negra y medrosa caja
El bien amado para siempre encierra,
Y siente el corazón despavorido
    El ruido, el sordo ruido
Que hace al cubrir el féretro la tierra:

CI.

¡Ay! quien tenga grabada en su memoria
Esa trágica historia,
Sin cesar repetida y siempre nueva,
Verá, evocando su dolor pasado,
El dardo envenenado
Que el triste padre en sus entrañas lleva.

CII.

Al verle presa de aflicción tan viva,
Con frase compasiva
Le interrogó Miguel franco y abierto.
Alzó el viejo la faz desencajada,
Y con voz desmayada,
—¿No sabes?—sollozó—¡mi Juana ha muerto!—

CIII.

El sentimiento concentrado es mudo,
Mientras un choque rudo
No sacude el marasmo que le embota,
Porqué entonces el ansia comprimida,
Como por ancha herida
La hirviente sangre, atropellada brota.

CIV.

Y cuando el corazón rompe su valla,
En el dolor que estalla
Se mezclan y amalgaman con espanto
Como fundidos por el mismo fuego,
La imprecación y el ruego,
Y el gemido, y la cólera y el llanto.

CV.

Tal la voz de Miguel, blanda y serena,
Exasperó la pena
Que al tosco anciano le apretaba el cuello,
Y exaltándose al cabo poco á poco,
Con la rabia de un loco
Maldiciendo y mesándose el cabello,

CVI.

—¡Ay!—de pronto exclamó con ceño adusto:—
¡Mentira! Dios no es justo
Cuando se goza en aumentar mi cuita.
Tienen en buena paz muchos bribones
Tierras, barcos, millones....
¡Yo, una pobre muchacha.... y me la quita!

CVII.

¿Qué mal hacía la infeliz doncella?
¿Cómo vivir sin ella?....—
Y se apagó la voz en su garganta.
—Mas sin justicia ni razón me quejo,—
Gimió el honrado viejo:
—¡No nació para el mundo! ¡Era una santa!—

CVIII.

Miguel, tendiendo al afligido anciano
La encallecida mano,
—Vuelve á casa—le dijo—y llora y reza
Junto á la amada prenda que perdiste.
—¡No!—contestóle el triste
Moviendo gravemente la cabeza.

CIX.

—Aunque me falta el sol de la alegría,
Conservo todavía,
Gracias á Dios, mi voluntad de hierro.
¿Por qué te he de mentir, si eres mi amigo?
Saldré á la mar contigo.
¡Necesito el jornal para su entierro?

CX.

Quiero comprarle, si tenemos suerte,
Las galas de la muerte:
Una cruz, un sudario y una palma.—
Guardó breve silencio el desdichado
Y luégo desolado
Clamó con bronco acento:—¡Hija del alma!—

CXI.

Su misma voz, que reprimir no pudo,
Como puñal agudo
Clavósele en el pecho, y tan activa
Creció en su corazón la angustia fiera,
Cual la insaciable hoguera,
Que cuanto más devora, más se aviva.

CXII.

Enternecido ante infortunio tanto,
Y conteniendo el llanto
Miguel le respondió: — Tu pobre Juana
Tendrá lo que tu anhelo solicita:
La humilde cruz bendita,
La palma virgen y el sayal de lana.

CXIII.

Pero vuelve á tu hogar, porqué no quiero
Que un bravo compañero
A su propio tormento contribuya.
No serás, si te niegas, buen amigo,
Y atiende á lo que digo:
Hoy pesco para tí. ¡Mi parte es tuya! —

CXIV.

Cayó, cual dulce bálsamo, la oferta
Sobre la herida abierta
Del triste anciano, y mitigó su duelo
Llanto reparador, tranquilo y suave.
Siempre para quien sabe
Sentir, la gratitud es un consuelo.

CXV

— ¡Que Dios te colme de mercedes, hijo! —
Con blando acento dijo,
Las lágrimas secando en su mejilla.
Miguel para ocultar su sentimiento;
Ligero como el viento
A la barca saltó desde la orilla.

CXVI.

Toda su gente al tráfago dispuesta,
Con ansia manifiesta
Esperaba no más la voz de mando.
Dióla el patrón; y con vigor supremo,
El resistente remo
En las arenas de la playa hincando,

CXVII.

Puso á flote la lancha embarrancada,
Que lenta y sosegada
Siguió después por la canal angosta,
Unica vía, franca y descubierta,
Entre la barra incierta
Y las tajadas peñas de la costa.

CXVIII.

La roca, á modo de ciclópeo muro,
Inabordable, oscuro,
Desde la playa misma se adelanta,
Hasta la punta del siniestro Cabo
Do el mar potente y bravo
Con sorda intermitencia se quebranta.

CXIX.

Varias cruces sencillas de madera,
En pavorosa hilera
Resaltan del peñón de trecho en trecho,
Señalando en el áspero arrecife,
El sitio en que un esquife
Quedó, á los golpes de la mar, deshecho.

CXX.

Recuerda cada cruz alguna escena
De horror y espanto llena.
Más de un pobre marino halló su fosa
Entre el medroso y formidable estruendo
De la borrasca, oyendo
Los desolados ayes de su esposa.

CXXI.

Donde la punta del peñón termina,
Por mísera y mezquina
Pudiérase decir que el mar desdeña,
Aunque á veces su presa le disputa,
Una abrigada gruta
Labrada por las olas en la peña.

CXXII.

Gratas para las lanchas pescadoras,
Las apacibles horas
Trascurren sin sentir. Con los reflejos
De la luz que en las aguas reverbera,
El mar, como si fuera
De inflamado metal, brilla á lo lejos.

CXXIII.

Miguel, desde la popa de su barca,
Con la mirada abarca
El golfo en que indolente se aventura.
Está á sus piés sumiso y reposado
Como león cansado,
Y la atmósfera azul, diáfana y pura.

CXXIV.

Lánguida brisa, replegando el ala,
Mansamente resbala
Sin conmover el piélago sereno,
Como el aliento sosegado y leve,
Que apenas alza y mueve
De una virgen dormida el casto seno.

CXXV.

El barco, al apartarse de la playa,
Como argentada raya
Deja en las ondas su espumosa estela,
Y al avanzar con suave balanceo,
Va como si el deseo
Le sirviese de estímulo y de vela.

CXXVI.

Del tiempo, más que del trabajo, avara,
La gente se prepara,
El remo suelta, y su esperanza funda
En la corriente azul del Oceano,
Como el dolor humano,
Amarga, sí, pero también fecunda.

CXXVII.

Tres veces por el ámbito marino
Con provechoso tino
Tiende la fuerte red, y las tres veces
Al recogerla, abrillantó su trama,
La refulgente escama
Que en vívido montón lucen los peces.

CXXVIII.

—¡Te lo anuncié, Miguel! Ya ves si es cierto.—
Dice alegre Roberto,
Mientras que sujetando por la agalla
Con diligente mano desenreda
Al pez, que preso queda
En los hilos nudosos de la malla.

CXXIX.

Y con aire triunfal alzando á pulso
Un sollo, que convulso
Entre sus férreos dedos se torcía,
Regocijado exclama: —¡Brava presa!
No se pone en la mesa
Del rey, cosa mejor. ¡Este es gran día!—

CXXX.

El sol empieza á declinar. La gente,
A medida que siente
Su ganancia crecer, redobla el celo,
Y sin cejar un punto en su tarea,
Quién en la red se emplea,
Quién, sentado en la borda, echa un anzuelo,

CXXXI.

Quién al enorme pez, que agonizante
    Colea, en un instante
Con implacable actividad remata;
Y de la pesca el acre olor parece
    Que alienta y fortalece
Al marinero en su existencia ingrata.

CXXXII.

A poco, tenue y vaporoso velo
    Fué enturbiando del cielo
La limpia claridad. Oscura nube
Desde el confín remoto se avecina,
    Sorbiendo la neblina
Que de las ondas impalpable sube.

CXXXIII.

A medida que llega va aumentando:
    El mar plácido y blando
Por momentos se encrespa y alborota.
Estremécese el viento, antes dormido,
    Y hácia el agreste nido
Tiende el medroso vuelo la gaviota.

CXXXIV.

De improviso un racha fugitiva
    Del oleaje aviva
El ímpetu naciente. Las espesas
Nubes marchan en giro apresurado,
    Y al fin rompe el nublado
En gotas tan escasas como gruesas.

CXXXV.

—¡Hum!—exclama frunciendo el entrecejo
    Un pescador ya viejo:
—¡El tiempo muda, la borrasca avanza!—
Y otro añade después:—¡Se aguó la fiesta!—
    —¡Ah, cobardes!—contesta
Miguel en tono de amistosa chanza:

CXXXVI.

—¿Os asusta una nube de verano?—
—¡Sí!—responde el anciano.
—¡La galerna está encima!—No discuto—
Le interrumpe el patrón.—Mas Juana ha muerto,
Y yo no vuelvo al puerto
Si no llevo á su padre para el luto.—

CXXXVII.

Y la pesca siguió con mayor brío,
Sin que del mar bravío
La sorda turbación los contuviera.
Pues ¿quién fuerza al lebrel cuando en la pista
La ansiada res avista,
A pararse en mitad de su carrera?

CXXXVIII.

Mas de golpe la lluvia se desata
Cual rauda catarata;
El huracán sus ráfagas sacude
Como un corcel la crin; al llamamiento
Del alterado viento,
La ola, bramando de furor acude.

CXXXIX.

Y se empeña otra vez con recio embate
El eterno combate
Que presencian los siglos confundidos,
En que, después de trágicos horrores,
Los fieros gladiadores
Ceden cansados, pero no vencidos.

CXL.

Quédase muda de estupor la gente.
Negra, inmensa, rugiente
Rueda la tempestad: con ciego empuje
Cual fogoso bridón que se desboca,
La ola adelanta, choca
Contra la barca, retrocede y ruge.

CXLI.

—¡Hola!—grita Miguel.—¡Cortad la cuerda
Aunque la red se pierda!
Aún habrá tiempo de llegar al faro.
¡Animo, chicos! y forzad los remos,
Que pronto arribaremos.
¡La santa Vírgen nos dará su amparo!

CXLII.

El endeble timón Miguel aferra
Y á la cercana tierra
Dirige el rumbo como buen marino,
Mientras la gente, ante el peligro absorta,
Con ágil remo corta
La indócil ola, abriéndose camino.

CXLIII.

Como acosado por la voz del trueno,
El mar su turbio seno
Con resonante convulsión agita;
Cual irritada fiera el lomo enarca
Y hácia la frágil barca
Sus gigantescas olas precipita.

CXLIV.

A merced de la mar arrolladora,
La lancha pescadora
Los golpes sufre, pero no desmaya.
Y los vecinos del lugar, en tanto,
Vuelan llenos de espanto,
En confuso tropel hácia la playa.

CXLV.

Mozos, ancianos, niños y mujeres,
Imploran por los seres
Que amenaza el furor del mar sombrío,
Y ardiente quejas, alteradas voces
Revueltas y veloces,
Pueblan el aire en ronco griterío.

CXLVI.

Luégo el tropel desordenado y vario
Invade el santuario
Que la escarpada cúspide corona,
Donde al pié del altar, una y cien veces
Con dolorosas preces,
Pide auxilio á su célica Patrona.

CXLVII.

Joven esposa sus cabellos mesa,
Otra, en silencio besa
Desesperada á un párvulo inocente,
Un débil niño en su pueril despecho,
Golpeándose el pecho,
En el polvo del templo hunde su frente,

CXLVIII.

Otro ofrece á la Virgen con devoto
Fervor, sencillo voto;
Y del concurso general, movido
Por el temor, la angustia y el deseo,
El alto clamoreo,
¡Ay! más que una oración, es un gemido.

CXLIX.

En el lugar más árduo de la costa,
Hácia la boca angosta
Del canal, siempre al marinero aciaga,
Bulle otra multitud, dando á los vientos
Sus ayes y lamentos,
Que el recio són del temporal apaga.

CL.

Pintándose en su faz el extravío,
Por medio del gentío,
La madre de Miguel, como una sombra,
Se mueve sin cesar. Corre, pregunta,
Reza, las manos junta,
Y al hijo amado, inconsolable nombra.

CLI.

Rosa trémula y muda la acompaña;
    Copioso llanto baña
Sus claros ojos que oscurece el duelo
Tiene el lívido rostro de una muerta,
    Y la razón cubierta
De tormentosas nubes como el cielo.

CLII.

Todos enternecidos la abren paso.
    ¿Conocerán acaso
La noticia fatal? La incertidumbre
De Rosa, surge á tan horrible idea,
    Y con terror pasea
Su vista por la absorta muchedumbre.

CLIII.

Aquel silencio lúgubre la mata.
    Frenética, insensata,
A una amiga se acerca: —¿Dónde, dónde
Está Miguel? ¡Ten lástima! — solloza.
    La sorprendida moza
Mírala estupefacta, y no responde.

CLIV.

—¡Ha muerto!—añade acongojada.—¡Ha muerto!—
    Pero un marinero experto
En los trances del mar, compadecido
De la atroz inquietud que la enajena,
    Para templar su pena
Dícele con amor: —¡Cobra el sentido!

CLV.

¿A qué viene apurarse de esa suerte?
    ¿Qué sacas con ponerte
En el último extremo? Cuando tarda
La barca en presentarse, conjeturo
    Que ya en lugar seguro,
Tan sólo el fin del temporal aguarda

CLVI.

¡Ea! Enjuga tus lágrimas: no llores,
Porque riesgos mayores
Ha vencido Miguel, que es tan resuelto.—
—Mas ¿le viste volver?—pregunta Rosa
Turbada y anhelosa,
Y le contesta el pescador:—No ha vuelto.—

CLVII.

Entonces trepa á la escarpada cima,
Al borde se aproxima
Del saliente peñón, como una idiota,
Y expuesta á peligroso paroxismo,
Avanza hácia el abismo
La descompuesta faz, que el viento azota.

CLVIII.

En medio del pesar que la anonada,
La atónita mirada
Hunde en la inmensidad, y es su porfía
Tan profunda y tenaz, que si pudiera,
La mar rebelde y fiera
Con sus ávidos ojos sorbería.

CLIX.

¡Ay! ¡si lograse traspasar la bruma!....
¡Si entre la blanca espuma
Viese al mortal por quien suspira y ruega!....
Cuando divisa un barco en lontananza,
Renace su esperanza
Y clama, llena de ansiedad:—¡Ya llega!—

CLX.

¡Estéril impaciencia! ¡Vano empeño!
¿En dónde está su dueño
Que no acude á su voz? ¿Por qué no viene?
Su amante madre la acaricia y calma.
¡Compadeced al alma
Que da consuelos ¡ay! y no los tiene!

CLXI.

Allá en la playa un grupo generoso,
    Sin tregua ni reposo
Anuda cuerdas y apareja un bote,
Sometido al mandato soberano
    De respetado anciano,
Mezcla de marinero y sacerdote.

CLXII.

Viril arrojo en sus pupilas arde
    Sin ostentoso alarde,
Y aunque á los años la cerviz inclina,
Presta vigor á su cabeza cana
    La fortaleza humana,
Templada al fuego de la fe divína.

CLXIII.

Al cabo por la estrecha cortadura,
    Luchando á la ventura
Con el viento y las olas, impelida
Por la borrasca hácia el difícil paso,
    En donde puede acaso
Quedar á salvo ó perecer hundida,

CLXIV.

Entre el fragor que por momentos crece,
    Intrépida aparece
La barca de Miguel; pero ¡en qué estado!
Cual gladiador que tras inútil prueba
    Huye vencido, lleva
Cien heridas de muerte en su costado.

CLXV.

Resistiendo la cólera salvaje
    Del soberbio oleaje,
La gente fuerzas del peligro cobra;
Y aunque la lancha, como leve pluma,
    Entre montes de espuma
Parece á cada instante que zozobra,

CLXVI.

Cien veces con impávido heroísmo,
Resurte del abismo
Obediente á la mano que la guía.
Ninguna voz en su interior se escucha,
Que el riesgo de la lucha
Tiene una majestad muda y sombría.

CLXVII.

¡Oh! ¡van á perecer!—¿Queréis seguirme?—
Con voz entera y firme
Pregunta el cura.—¡A vuestro amor apelo!
Arrancaremos á la mar su presa,
Y si en tan santa empresa
Morimos, ¿qué es morir? ¡Ganar el cielo!—

CLXVIII.

El religioso impulso que le mueve
Su aliento dobla, leve
Cual fornido mancebo, al bote salta.
El peligro conoce y no le esquiva:
Pues ¿á quién, si arde viva
La fe en su pecho, el ánimo le falta?

CLXIX.

Todos se aprestan á seguir su suerte,
Que aquel combate á muerte
De generosa emulación los llena.
¡Oh humanidad, tan pronta al sacrificio,
Podrá mancharte el vicio
y ofuscarte el error; pero eres buena!

CLXX.

El bote listo ya, con seis remeros
Hábiles y ligeros,
Abrirse paso hácia el canal ensaya.
¡Vana ilusión! ¡La mar embravecida
Con fuerte sacudida,
Pedazos hecho le arrojó á la playa!

CLXXI.

—¡Señor! Tus altos juicios no escudriño!—
Llorando como un niño,
Gimió en su angustia el viejo venerable.
—Pero no hay tiempo que perder. ¡Subamos,
Hijos! Tal vez podamos
Desde el mismo peñón echar un cable.—

CLXXII.

Respondiendo á su voz, según costumbre,
A la empinada cumbre
El grupo corre, y con empeño lanza
El recio cabo á la corriente ciega;
Mas ¡ay! que nunca llega
Al náufrago batel. ¡No hay esperanza!

CLXXIII.

¡No hay esperanza! El cura consternado
Increpa al mar airado.
Sin freno alguno que su empuje venza,
La tempestad incontrastable brama.
Y el noble anciano exclama:
—¡Hijos míos! ¡Yo acabo, y Dios comienza!—

CLXXIV.

¡No hay esperanza! Y la barquilla aún flota
Desgobernada y rota.
Aún los pobres remeros, más audaces
Cuanto más la borrasca se acrecienta,
Lidian con la tormenta
Desesperados, sí, pero tenaces.

CLXXV.

¿Dónde tender la salvadora amarra?
¿Cómo cruzar la barra
Que el paso cierra del canal estrecho,
Si ya tiene la barca pescadora,
Quebrantada la prora,
El casco hendido y el timón deshecho?

CLXXVI.

El avariento mar la presa ansía.
¡Ya es suya! Todavía,
Resistiendo en los frágiles despojos
Del roto barco, en su ansiedad suprema,
La gente rema, rema,
Rema, y nublan las lágrimas sus ojos.

CLXXVII.

¿Qué busca? ¿A dónde va? ¿Por qué se afana?
Su resistencia es vana.
¡Ay! la esperanza al corazón se aferra
En los casos adversos é infelices.
Aún más que las raíces
A las duras entrañas de la tierra.

CLXXVIII.

—¡Juan, lárgame una estacha!—grita el bravo
Miguel,—y por un cabo
Atala pronto y bien, que si consigo
Con el otro nadar hasta la orilla,
Podrá nuestra barquilla
En la gruta del faro hallar abrigo.—

CLXXIX.

Dobló la frente oscurecida y grave.
¿En qué pensaba? ¿Cabe
Dudarlo un punto? En el edén perdido,
En su infeliz mujer, en el risueño
Angel, que vió en un sueño,
Huérfano ¡ay triste! aún antes de nacido.

CLXXX.

De pronto grita Juan:—¡Ahí va la estacha!—
Miguel la frente agacha
Para esquivar el golpe: mas Roberto,
Cogiéndola en el aire de improviso,
Prorrumpe: — No es preciso:
Yo llegaré á la costa, vivo ó muerto. —

CLXXXI.

La pasión que alimenta su ternura,
Y en él, como la pura
Lámpara de un altar, arde escondida,
Le inspiró, en su postrera llamarada,
Ofrecer á su amada
No sólo el corazón, sino la vida.

CLXXXII.

De su mojado traje se desnuda,
Y á su cintura anuda
La retorcida cuerda. Intenta en vano
Resistirse Miguel en són de queja,
Y se obstina, y forceja,
Y arrancársela quiere de la mano.

CLXXXIII.

—¡Quita!—Roberto exclama:—¡Si en un credo
Ganar la costa puedo!
¡Es inútil que chilles: no te escucho!
Esto sería asesinar á Rosa.—
Y con voz temblorosa
Dice, saltando al mar:—¡Quiérela mucho!—

CLXXXIV.

Hácia el negro peñón el rumbo guía,
Y sin temor confía
A sus robustos brazos su defensa.
Pero de pronto, en turbio remolino,
A trastornarle vino
Ola veloz, arrolladora, inmensa.

CLXXXV.

Sobre su frente de improviso estalla,
Y en desigual batalla
Le revuelca, le arrastra y le sofoca.
Desaparece el desdichado, juega
La onda con él, y ciega
Le estrella al fin contra la enorme roca.

CLXXXVI.

Ante aquel espectáculo de muerte,
Desencajada, inerte,
De pie sobre la mole de granito
Que sacude la mar tempestuosa,
Lanzó de pronto Rosa
Un grito aterrador. ¡Qué horrible grito!

CLXXXVII

El ¡ay! desgarrador, como una espada,
De quien no espera nada;
¡Ay! que del corazón en lo más hondo
Las heces amarguísimas remueve
Del cáliz en que bebe
La humanidad, para el dolor sin fondo.

CLXXXVIII.

Cual mies que cede al ímpetu del viento,
Convulsa, sin aliento,
Levantando sus manos, ya inactivas,
La humilde multitud se postra en tierra,
Y con fervor que aterra
Eleva á Dios sus preces aflictivas.

CLXXXIX.

¡Oh momento solemne! Austero y triste
La majestad reviste
De su augusta misión el sacro anciano,
Y humedeciendo el llanto sus mejillas,
Se dobla de rodillas
Ante la inmensidad del Oceano.

CXC.

Su mano extiende trémula y cansada,
Levanta la mirada
A la celeste bóveda, testigo
Mudo de tanto horror, y con acento
Parecido á un lamento:
—¡Hijos!—grita,—¡Os absuelvo y os bendigo!—

CXCI.

¿Qué vió después la multitud? Ver pudo
El cielo siempre mudo,
Desierto el mar, la barca destruída,
Y una hermosa mujer, rígida y yerta,
Lo mismo que una muerta,
En el estéril peñascal tendida.

CXCII.

Un año ha trascurrido. La alta cumbre
Con su postrera lumbre
Baña fúlgido sol desde el ocaso,
Y en hora tal de paz y de misterio,
Al santo cementerio
Una débil mujer dirige el paso.

CXCIII.

¡Cuán sola está, cuán pobre, cuán cambiada!
Rosa de pronto ajada
En mitad de su alegre primavera,
Bajo el vivaz recuerdo que la excita,
Aquella flor marchita
¡Ni sombra es ya de lo que entonces fuera!

CXCIV.

Abraza y besa con febril cariño
A un escuálido niño
Nacido entre miserias y trabajos.
El hatillo de príncipe, que un día
Soñó la fantasía
Del infeliz Miguel, era de andrajos.

CXCV.

Recrudeciendo el duelo que la enerva,
Entre la fresca hierba
Dos fosas busca, se prosterna y ora.
Y cobrando calor de un seno amante,
El desvalido infante
Sus manecitas mueve, y también llora.

CXCVI.

¡Ay! ¿Podrá ser que el leño de la selva
A engalanarse vuelva?
¿Renovará sus cánticos el ave
Que dejó la borrasca, herida y muda?
¿La infortunada viuda
Olvidará algún día? ¡Dios lo sabe!

CXCVII.

Todo lo gasta y borra el tiempo ingrato:
El ardiente arrebato
Del amor, la ilusión que se deshoja,
La fe que espira, el gozo y el tormento:
Que el hondo pensamiento,
Como el mar, sus cadáveres arroja.

CXCVIII.

Mas cuando alguno en nuestra mente queda,
Cuando tenaz se enreda
Al débil corazón, y en él dilata
Su raíz, como hiedra trepadora,
Entonces nos devora,
Porque el triste recuerdo, ó muere ó mata.



POEMAS CORTOS

EN EL CREPÚSCULO VESPERTINO.

(EL PRIMER BESO DE AMOR)

I.

Al morir el invierno, el mundo siente
renacer su agostada lozanía
y cobra de improviso la energía
con que despierta el alma adolescente.

Corre la savia, como oculta fuente,
por el árbol, sin hojas todavía,
y so la tierra aletargada y fría
palpitan el insecto y la simiente.

Cuando sus auras germinales lleva
Marzo ventoso hasta el sepulto grano,
todo se anima y todo se renueva.

Sólo, como un sarcasmo de la vida,
en el marchito corazón humano
¡ay! no retoña la ilusión perdida.

II.

Amorosos y tiernos desvaríos
que encendísteis la sangre de mis venas
ya tan lejanos de mi edad, que apenas
tengo valor para llamaros míos,

surgid de mi pasado, y luego hundíos
en el profundo abismo de mis penas,
como las ondas claras y serenas
que en el inmenso mar vuelcan los ríos.

Rasgad la negra noche de mis males,
cual atraviesa repentino lampo
las nubes más cerradas y sombrías.

Y sed como las lluvias otoñales,
que hacen brotar en el desnudo campo,
quemado por el sol, flores tardías.

III.

Huyeron ya mis años de pelea,
y de la ardiente lucha retraído,
sólo á mis vagos pensamientos pido
la calma que mi espíritu desea.

Soy como el veterano que, en la aldea
donde ignorado vive y escondido,
en contar los azares que ha corrido
sus veladas inútiles emplea.

¿Quién os puede borrar de la memoria,
sueños de la ambición, locos deslices
de la edad juvenil y ansias de gloria

si, como las honrosas cicatrices,
para siempre fijáis en nuestra historia
el recuerdo de tiempos más felices?

IV.

Quiero buscar reparador abrigo
bajo mi antigua y olvidada tienda,
que intervenir en la social contienda
no es ya honor para mí, sino castigo.

¿En dónde, en dónde están los que conmigo
se aventuraron en la lid tremenda?
Dejando voy por la escarpada senda,
uno tras otro, al deudo y al amigo.

Fué nuestra vida atormentada y triste,
amargo el pan y la labor penosa;
pero el templo que alzámos aún subsiste.

Y una voz inefable y misteriosa
me dice ya: — Con tu deber cumpliste.
Tienes derecho á descansar; reposa. —

V.

Viviré, ni envidioso ni envidiado,
en la quietud que el cielo me conceda,
y nada habrá que importunarme pueda
como lo que he sentido y he pensado.

¿A qué seguir con paso acongojado
de la fortuna la mudable rueda?
Toda mi vida á mis espaldas queda
y flota, como un sueño, en lo pasado.

¿Por qué, teniendo al fin de la jornada
la luz detrás, la lobreguez delante,
no tornar á otros tiempos la mirada?

Vuelva hácia tí mi corazón amante
¡oh aurora de mi vida, inmaculada,
más luminosa cuanto más distante!

VI.

De mi niñez la dócil compañera,
abrasada en la fe de sus mayores,
iba, llena de místicos temores,
á recibir su comunión primera.

La luz de anticipada primavera,
quebrándose en los vidrios de colores,
con nimbo de irisados resplandores
coronaba su rubia cabellera.

Cuando al pie del altar, con la creciente
exaltación de su cristiano celo,
rindióse á Dios la vírgen inocente,

me pareció que en sosegado vuelo,
agolpándose en torno de su frente,
la besaban los ángeles del cielo.

VII.

Nunca gozó la tierra castellana
más gentil y perfecta crïatura.
Era su tez tan sonrosada y pura
como el nítido albor de la mañana.

Tenía su mirada soberana
el brillo de un lucero en noche obscura,
y exhalaba su púbera hermosura
el fresco aroma de la flor temprana.

Como el gorjeo halagador del ave
que canta en libertad, era su acento,
á un tiempo mismo, arrebatado y suave.

¿Quién competía, en el risueño coro
de alegres niñas, con aquel portento
de ojos azules y cabellos de oro?

VIII.

Ajenos al temor y á la tristeza
crecimos cual los frutos de una rama,
y aún alumbra el confuso panorama
de mi vida, su cándida belleza.

Mas cuando la inmortal Naturaleza
dice á la juventud: — ¡Despierta y ama! —
y alcanzamos la edad en que la llama
de la pasión á embravecerse empieza,

su genio se volvió, para mi daño,
cayendo en singulares extravíos,
suspicaz, melancólico y huraño.

Ya extremaba, impaciente, sus desvíos
y ya, sumida en estupor extraño,
no apartaba sus ojos de los míos.

IX.

A veces se escapaba de su pecho
forzado gozo y sin razón reía;
otras, entre sus manos escondía
su hermoso rostro, en lágrimas deshecho.

Siempre alterado y nunca satisfecho,
yo con ávidos ojos la seguía,
que era su angustia causa de la mía
y origen su esquivez de mi despecho.

¿Quién, turbando de pronto las serenas
horas de nuestra paz íntima y santa,
rompió nuestras dulcísimas cadenas?

Preguntádselo al pájaro que canta,
labrando el nido, sus ocultas penas,
y al insecto, y al germen, y á la planta.

X.

Los dos, un día, en solitario huerto,
nos vimos con placer, fingiendo en vano,
junto á un almendro, que se alzaba ufano
de vigorosa floración cubierto.

Ya del invierno entumecido y yerto
presentía la tierra el fin cercano,
y de verde matiz vistiendo el llano
esmaltaba la mies el surco incierto.

Cruzáronse al azar nuestras miradas,
llenas de fuego, como en lid reñida
centellando se cruzan dos espadas.

Y envolvió nuestras almas de tal modo
aquel desbordamiento de la vida,
que, sin hablar, nos lo dijimos todo.

XI.

No sé qué impulso irresistible y rudo
me sacó de mi extático embeleso:
sé que en su casta boca estampé un beso
y la abracé con apretado nudo.

La pobre niña, que evitar no pudo
de mi pasión el temerario exceso,
vaciló, temblorosa, bajo el peso
de aquel ósculo ardiente, intenso y mudo.

Haciéndome sentir de sus enojos
el noble arranque, con nervioso brío
mis ímpetus contuvo y mis antojos.

Pero ¿cómo ofenderme su desvío,
si el amor, asomándose á sus ojos,
á traición me entregaba su albedrío?

XII.

¡Ay! ¡No era para mí ventura tanta!
Tenaz dolencia arrebatóme aleve
de mi tierna ilusión la dicha breve,
que aún muerta en mi memoria se levanta.

Del seno virginal de aquella santa,
como nube de incienso undosa y leve,
voló el alma tan pura, cual la nieve
que no manchó jamás humana planta.

Cuando en su casto lecho, con profundo
recogimiento, el pan de eterna vida
recibió, despidiéndose del mundo,

clavó en mí su mirada entorpecida
con el supremo afán del moribundo,
y quedó, al parecer, como dormida.

XIII.

Han pasado los años, y aún la veo.
Aún; dejando tras sí radiante huella,
surca la obscuridad su imagen bella
como fulguración de mi deseo.

Cuando en la lucha del deber flaqueo
y el brutal desengaño me atropella,
fijo el cansado pensamiento en *ella*
y, como en tiempos venturosos, creo.

Hoy que, ceñido el corazón de espinas,
del sol poniente al resplandor escaso,
me siento á meditar sobre mis ruinas,

por vez postrera, apresurando el paso,
¡Ay! Llega con sus tintas matutinas
á templar las tristezas de mi ocaso.

EL ÚNICO DÍA DEL PARAISO

I.

En la bóveda azul, antes sombría,
el fulgor de la gloria reverbera,
y es el mundo en su breve primavera
todo amor, todo paz, todo armonía.

¡Con qué infantil y extática alegría
alzan su vista á la insondable esfera
Eva y Adán, cuando por vez primera
abren los ojos á la luz del día!

Rinden al hombre, sazonado fruto
la tierra, el cielo su vital fluído,
música el bosque y obediencia el bruto.

Todos vienen á un signo de su dedo,
que, en brazos del dolor, aun no ha nacido
de las entrañas de la culpa el miedo.

II.

Despliega el sol, que por Oriente asoma
con regia majestad, su intensa llama
y el calor de la vida desparrama
por la extendida vega y fértil loma.

Gustando, incautos, la madura poma
cuyo jugo sus picos embalsama,
juntos se posan en la misma rama
el halcón y la tímida paloma.

Por el llano, feraz sin que la reja
le desgarre inclemente, en paz bendita
pastan el lobo y la sufrida oveja.

Y en el Edén florido, que palpita
como un seno fecundo, se refleja
la calma de los cielos infinita.

III.

Eva, que aspira en el jardín ameno
el húmedo frescor de la alborada,
ve su casta hermosura retratada
de manso arroyo en el cristal sereno.

Céfiro besa, de perfumes lleno,
su cabellera, como el sol, dorada,
que cae en leves ondas desatada
sobre el ebúrneo y delicado seno.

Quédase un punto atónita, indecisa,
quiere luego abrazar la imagen pura
que en la corriente trémula divisa,

y, al ver rota en el agua su figura,
lanza á los ecos su vibrante risa
perdiéndose al través de la espesura.

IV.

La muda soledad del firmamento,
como un lago, tranquila y transparente,
el murmullo apacible de la fuente,
la rumorosa ondulación del viento,

de la vida el perpetuo movimiento
que Adán, embelesado, admira y siente,
todo sume su espíritu inocente
en grave y religioso arrobamiento.

Con el llanto agolpándose á sus ojos,
sobrecogido ante grandeza tanta,
póstrase, en tierna adoración, de hinojos.

Y es, bajo el solio del espacio inmenso,
la primera oración que á Dios levanta,
pura cual nube de oloroso incienso.

V.

Eva, por la serpiente seducida,
cede al funesto ardor que la devora
y vuelve á Adán, confusa y tentadora,
de su belleza virginal vestida.

Por gustar de la fruta apetecida
que despierta sus ansias en mal hora,
suplica humilde, apasionada llora
y en su inquietud febril de Dios se olvida.

Fuego devorador y repentino
de Adán enciende el contenido celo
y abre á su infausta rebelión camino.

Y cuando en lucha con su propio anhelo,
sucumbe al dulce halago femenino,
va el sol llegando á la mitad del cielo.

VI.

¡Cuán tremendo el estigma del pecado
sobre sus almas consternadas pesa
al ver pasar, como fugaz pavesa
barrida por el viento, el goce hurtado!

Núblase el cielo de repente, el prado
se agosta, el canto de las aves cesa
y huyen rugiendo por la selva espesa
las fieras en tropel desordenado.

Como vagas imágenes de un sueño,
brillan y se deshacen de improviso
las dichas del Edén, antes risueño.

Y en la gran dispersión del Paraíso,
sólo queda á las plantas de su dueño,
aullando de terror, el can sumiso.

VII.

—«¡Gemid, gemid por vuestra infausta suerte
—truena la voz de Dios desde la altura;—
la paz del mundo en negra desventura
vuestra soberbia ingratitud convierte!

Tú, Adán, tú labrarás, como más fuerte,
desde hoy la tierra, á tus esfuerzos dura,
y será siempre tu progenie impura
esclava del dolor y de la muerte.

Salid, hasta que en hora venidera,
el pie de una mujer inmaculada
la frente aplaste de la sierpe artera ». —

Dijo, y blandiendo su fulmínea espada,
el ángel del Señor echólos fuera
del mustio Edén, y les cerró la entrada.

VIII.

La tarde empieza á declinar. Con paso
medroso y torpe, la infeliz pareja
de aquel lugar de perdición se aleja,
dirigiendo su rumbo hácia el caso.

El tímido pudor ante el fracaso
de la ventura humana, huye y los deja,
y con rígida piel de blanca oveja
cubren su cuerpo macilento y laso.

Cada vez es más áspero el camino:
difusa franja de matices rojos
arrebola el celaje vespertino.

Avanzan, y al través de los abrojos
con susto ven, del animal dañino
que está en acecho, relucir los ojos.

IX.

La rencorosa culpa que con ellos
marcha invisible, sus conciencias muerde
para que el bien pasado les recuerde
el dolor, y se ericen sus cabellos.

Ya la tierra, á los pálidos destellos
de amortiguada luz, sus galas pierde
y no muestran el monte, ni la verde
selva, ni el cielo azul tonos tan bellos.

La tristeza aumentando del paisaje
oyen, por donde van, lúgubre y queda
la voz de su delito que los nombra.

Y lejos, por los troncos y el follaje
de la intrincada y tétrica arboleda
ven flotar los fantasmas de la sombra.

X.

El sol, al trasponer la última cumbre,
su disco agranda y por instantes crece,
y está tan encendido que parece
el rojizo horizonte un mar de lumbre.

—¡Oh Dios! Bajo su enorme pesadumbre
se precipita el sol. ¡Todo fenece!—
Eva temblando grita y desfallece,
presa de su mortal incertidumbre.

—¡Es el incendio, es el incendio!—gime
desesperado Adán.—¡Tal vez la llama
que purifica el alma y la redime!—

Y alzando al alto cielo que se inflama
la faz inquieta, en su terror sublime,
—¡Dios que ofendí, misericordia!—clama.

XI.

Rendidos por la angustia y el espanto
caen en honda congoja, y mientras dura
su lánguido sopor, la noche obscura
cubre los cielos con su negro manto.

¡Ay! al volver de su estupor, ¡con cuánto
afán, mezcla de asombro y de pavura,
clavan en las tinieblas de la altura
su mirada tenaz, que ciega el llanto!

Con el aura que calla el ruido expira.
Un astro sin calor, por el sombrío
y mudo espacio, amarillento gira.

Y, abrazándose á Adán en su extravío,
Eva balbuce sollozando:—¡Mira!
¡Es el sol que se muere! ¡Siento frío!—

XII.

Y la celeste bóveda enlutada
es para su creciente desconcierto,
urna de un mundo desquiciado y muerto
que toca en los confines de la nada.

Llenos de horror, con la razón turbada
y el semblante de lágrimas cubierto,
por aquel vasto y lóbrego desierto
van á tientas siguiendo su jornada.

Su propio pensamiento los hostiga,
la sombra todos los caminos cierra,
y es mayor por momentos su fatiga.

Hasta que el susto embarga sus sentidos
y dan, como cadáveres, en tierra
por su medrosa ofuscación vencidos.

XIII.

¡Oh claridad del alba, precursora
de un día inesperado! Tú viniste
á libertar á Adán de aquella triste
noche, como el pecado, abrumadora.

Despiértase la vida, el sol colora
la tierra, el cielo de fulgor se viste,
y en jubiloso coro cuanto existe
canta el himno sublime de la aurora.

Desde que, envuelto en santa poesía,
un rayo matinal tenue y fecundo
calmó de nuestros padres la agonía.

para el mísero, el pobre, el moribundo,
en el primer destello de aquel día,
¡tú, Esperanza inmortal, bajaste al mundo!

LEYENDO EL MONÓLOGO DE HAMLET.

HAMLET.

¡Ser ó no ser! ¡La alternativa es ésta!
Si es á la luz de la razón más digno
sufrir los golpes y punzantes dardos
de suerte horrenda, ó terminar la lucha
en guerra contra un piélago de males.
Morir; dormir. No más. Y con un sueño
pensar que concluyeron las congojas,
los mil tormentos de la carne herencia,
debe término ser apetecido.
Morir; dormir, ¿Dormir? ¡Soñar acaso!
¡Ah! la rémora es esa; pues qué sueños
podrán ser los que acaso sobrevengan
en el dormir profundo de la muerte,
ya de mortal envuelta despojados,
suspende la razón: ahí el motivo
que á la desgracia da tan larga vida.
¿Quién las contrariedades, el azote
de la fortuna soportar pudiera,
la sinrazón del déspota, del vano
el ceño, de la ley las dilaciones,
de un amor despreciado las angustias,
del poder los insultos, y el escarnio
que del menguado el mérito tolera,
cuando él mismo su paz conseguiría
con un mero punzón? ¿Quién soportara
cargas, que con gemidos y dolores
ha de llevar en vida fatigosa,
si el recelo de un algo tras la muerte,
incógnita región de donde nunca

vuelve el viajero, no turbara el juicio,
haciéndonos sufrir el mal presente,
antes que en busca ir de lo ignorado?

SHAKESPEARE (*Hamlet, acto II, escena I*) (1)

¿Quién, sin morir, en el obscuro abismo
de lo ignorado penetrar pudiera,
saber la suerte del torrente humano
que el impulso del tiempo, hora por hora,
vuelca en la muda eternidad, y luego
volver al mundo, iluminar las almas
y disipar la tenebrosa duda
en que, siglo tras siglo, se consumen?
Mas Dios no quiere que mortales ojos
profanen, atrevidos, el misterio
donde, como en un templo, están ocultos
el principio y el fin de cuanto alienta.
Y á la manera con que frágil orla
de leve arena el ímpetu contiene
del proceloso mar, así la tumba
dice al soberbio y loco pensamiento:
—¡No pasarás de aquí!—

Si no arraigara
en nuestra mente la tenaz idea
de un *más allá* sin fondo y sin orillas,
do reparten el premio y el castigo
la Justicia absoluta, el Bien supremo
y la excelsa Verdad; si nuestra vida
fuese como el relámpago, que nace
y muere en las entrañas de la nube,
sin dejar de su paso huella alguna,
y no tuvieran ulterior destino
ni el bien ni el mal, ni el sacrificio santo,
ni la torpe ambición; si el mismo sueño
durmiesen en el lecho de la nada,

(1) Me he permitido copiar el *monólogo de Hamlet*, por parecerme el que más se ajusta al texto original, de la excelente traducción castellana que ha hecho de las obras dramáticas de Shakespeare el distinguido literato y poeta D. Guillermo Macpherson. Pido perdón á mi illustre y estimadísimo amigo por la libertad que me he tomado, contando de antemano con su proverbial benevolencia.

indiferente, inalterable y ciega,
el déspota y el siervo, el noble mártir
y el verdugo feroz, el alma pura
y el corazón dañado, no serías
¡oh Sumo Dios, en quien adoro y creo!
ordenación, y providencia, y eje
del universo que en tu amor descansa.

Pero es, Señor, tan grande la tragedia
de los hijos del hombre, tan profundo
é incurable su mal, y la aparente
complicidad de los callados cielos
con tal pujanza á la razón se impone,
que á veces ¡ay! hasta la fe más viva
vacila temerosa y desespera,
semejante á la roca que, azotada
por el vaivén continuo de los mares,
retiembla en sus cimientos de granito.
Cuando desde las cumbres de la Historia
el abatido espíritu, rompiendo
la densa lobreguez de lo pasado,
contempla absorto la intrincada ruta
que, manchada de lágrimas y sangre,
la humanidad ha recorrido, siente
como un vago terror, y en el silencio
de la noche, en las páginas del libro
sobre el cual, melancólico, medita,
piensa escuchar, como el fragor confuso
de un mar, oculto á la mirada, el ronco
grito de espanto, el lúgubre lamento
de cien generaciones ya sepultas.
Desde que el hombre amaneció en la tierra,
hácia la huesa inescrutable y fría
revueltos van esclavos y señores
torciéndose de angustia, atormentados
de misterioso afán y siendo todos,
en la incesante y bárbara pelea,
á la vez vencedores y vencidos.
Allá van los asiáticos imperios
con su abominación; con sus crueles
iniquidades, sus atroces fiestas
y sus infamias la cesárea Roma.
Allá van razas, tribus y naciones
al fraude y á la fuerza sometidas,
y en lo más hondo de su negro seno,

sin pan el pobre, sin clemencia el rico,
sin el alivio de su pena el triste,
y todos sin amor. Así ¡oh desdicha!
fueron y van, tras la impalpable sombra
de su ilusión, los míseros mortales,
arrastrando en su curso tumultuoso
hácia el voraz sepulcro, sus ensueños
de gloria, sus quiméricas grandezas,
las breves y ostentosas creaciones
de su incierta razón, hasta los vanos
dioses, que en las catástrofes del mundo,
incrusta el miedo en la flaqueza humana;
tal como lleva desbordado río,
entre sus turbias aguas, los despojos
de las comarcas fértiles que asuela.
Así fueron é irán, hasta que el tiempo
toque en su plenitud y el sol se apague,
todos los seres de mujer nacidos,
siempre elevando el pensamiento, y siempre
cayendo en un dolor sin esperanza.
¡Revuélcate en tu inmundo estercolero,
Job sin paciencia ni virtud, y llora!
¡Llora, pues nunca te dará la tierra
la soñada ventura que persigues!
¡Viniste sólo á combatir, combate
y sangra sin cesar, hasta que llegue
la muerte redentora y te desnude
de la gran podredumbre de la vida!

Mas ¿y después? ¡Después!... La luz excelsa
para el ciego, la paz consoladora
para el vencido, el lauro para el mártir
y el eterno dolor para el verdugo.
¡No, Dios, mil veces no! ¡Tú no has creado
el espacio infinito en donde giran
con firme ritmo innúmeras estrellas,
para entregar á las monstruosas fauces
de un insaciable azar, tanta hermosura!
Ni has ornado de vivos resplandores
el pabellón cerúleo, que cobija
la humilde tierra, ni con franca mano
das á los prados floreciente alfombra,
verdor á las frondosas arboledas,
ondas de plata diáfana á los ríos,
nieve á las cumbres y olas á los mares,

para que tan magnífico escenario
sea tan sólo el campo de batalla
donde en inútil lucha se devoren,
sin paz ni tregua, los humanos séres
engañados por ti. ¡Caiga mi lengua;
como fruto podrido de la rama,
antes que lance contra tí, Dios mío,
tan vil calumnia y tan horrendo ultraje!

MINIATURA.

(JULIETA Y ROMEO)

Pronto á partir, temiendo que la aurora
á sus contrarios delatarle pueda,
de pie en la escala de torcida seda,
suspira el joven con pesar;—¡Ya es hora!—

Y envuelta en la hojarasca trepadora
que por los vidrios del balcón se enreda,
con voz, la dama, entrecortada y queda
retiene al dulce bien que le enamora.

Tan sólo el canto, precursor del día,
de la impaciente alondra, quebrar pudo
del furtivo coloquio el embeleso.

—¡Ya va el alba á llegar; vete, alma mía!—
ella gimió, y en el silencio mudo
de la vencida noche, estalla un beso.

LA ESFINGE.

I.

La caravana por camino incierto
con recelosa indecisión avanza,
temiendo á cada paso la asechanza
de las nómadas tribus del Desierto.

Por todas partes el espacio abierto
se pierde en fatigosa lontananza,
y donde quiera que la vista alcanza
todo está triste, desolado, muerto.

Ni verde selva, ni azulado monte
el mar limitan de infecunda arena
en que el dócil camello hunde su planta,

y sólo al fin del diáfano horizonte,
brillando al sol, inmóvil y serena,
la misteriosa Esfinge se levanta.

II.

Sembrado está de huesos, que calcina
sol inclemente, el árido contorno,
y por el aire, ardiente como un horno,
no cruza ni una humilde golondrina.

Alza polvo sutil densa neblina
de la cansada caravana en torno,
que, rindiéndose al peso del bochorno,
con soñolienta postración camina.

Nada su sed inextinguible aplaca,
antes se irrita más, cuanto más finje
gratos *oasis* el febril anhelo.

Y en la remota línea se destaca
la gigantesca mole de la Esfinge,
impenetrable y muda como el cielo.

III.

Buscando alivio á sus atroces penas
en su camello el árabe dormita;
mas ¡ay! de pronto se incorpora, y grita,
y siente hervir la sangre de sus venas.

Es que el *simum,* rompiendo sus cadenas.
obscurece la bóveda infinita
y con terrible convulsión agita
el vasto mar de líbicas arenas.

El monstruo asolador todo lo arrasa,
arrolla en desatado torbellino
la caravana sin ventura, y pasa.

Y cuando vuelve á sosegarse el llano,
allá ciega y brutal como el Destino,
corta la Esfinge el término lejano.

GRANDEZA HUMANA.

«¿Quién contra mí? Con el misterio en guerra,
nada resiste á mi potente anhelo:
Esclavizo la luz, escalo el cielo,
bajo al fondo del mar, reino en la tierra.

De los secretos que Natura encierra
voy desgarrando el tenebroso velo,
y cuando, en mi ambición, remonto el vuelo,
Dios no me espanta ni el dolor me aterra.

¡Cuán grande soy! Dispongo del estrago.
Los mismos dioses que adoré en mi aurora,
hoy, con desdén sacrílego, deshago...»

—

—¡Bah! No tu loco orgullo se desmande:
el átomo invisible que devora
tu vida y tu soberbia, ése es más grande.

Á UN AGITADOR.

I.

En vano mueves la opinión, y en vano
tu palabra de fuego centellea.
Para que llegue á germinar la idea
que arrojaste en el surco, aún es temprano.

Fundiendo el tiempo en un crisol humano
razas y tribus, las naciones crea.
¿Hay, por ventura, alguna que no sea
lenta labor de su invisible mano?

Por más que ceda á la presión del hecho,
no sacrifica un pueblo dócilmente
su fe, su tradición y su derecho.

Y cual río caudal, cuya corriente
cambiando avanza por su antiguo lecho,
siempre es el mismo y siempre diferente.

II.

Cuando la nieve que el invierno frío
en las abruptas cumbres aglomera,
licuada por la tibia primavera,
baja de peña en peña al valle umbrío,
el revuelto turbión que afluye al río
márgenes rompe, y la corriente fiera,
dilatando el estrago por doquiera,
lánzase al mar con indomado brío.

El soberbio raudal devasta el llano,
arrebata los rústicos hogares,
descuaja el bosque y la ciudad inunda:

hasta que Dios, con inflexible mano,
le reduce á sus cauces seculares,
y las campiñas que asoló, fecunda

FIN.

ÍNDICE

PARTE PRIMERA.

Poesías.

PARTE SEGUNDA.

Poemas.

Poemas Cortos.


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 13 07 10 017 6